La monarquía, la privanza y el ingenio : narraciones históricas compuestas en devoción del tiempo viejo

Diego San José

DIEGO SAN JOSÉ

LA MONARQUÍA
LA PRIVANZA
Y EL INGENIO

NARRACIONES HISTÓRICAS

COMPUESTAS EN DEVOCIÓN DEL TIEMPO VIEJO

DEDICATORIA-PRÓLOGO

A vosotros, camaradas de la tertulia de *El Gato Negro* (nieto de aquel famoso café del Príncipe, donde germinó y floreció el romanticismo), a vosotros digo, que me visteis escribir la mayoría de las páginas que componen este libro, y habéis sido sus primeros lectores, quiero ofrendároslas como débil prueba de lo mucho en que os tengo, ya que en todos y en cada uno de vosotros vibra entera la reciedumbre del alma española. Sois luchadores triunfantes de la Vida, y recreáis el tiempo que vuestros menesteres os dejan libres en asomaros a la revuelta República de las Letras.

Ya sabéis que este librito, aunque tan empírico título le ampara, no es un tratado en el que se defienda o ataque a la Monarquía, se satirice la Privanza y se discuta el Ingenio, y así no abriréis sus páginas con recelo de que podáis ver profanadas vuestras ideas. Los Monarcas son tratados según la huella que dejaron en la Historia, sin ahondar mucho en su psicología, ni en el daño o favor que hicieron a la Patria con las medidas de su Gobierno.

Los Privados (polilla y carcoma de toda república), se muestran aquí en el postrero acto de su vida, cuando, olvidados del amo a quien sirvieron y despreciados del pueblo a quien esquilmaron, aparecen tan desnudos e indefensos como al dar en los caminos del mundo.

Los Poetas, reverenciados son con toda la pleitesía que merecen sus altísimos nombres, y de cada uno no se ensalzan o ponen en título de crítica, ni aun siquiera de comentario, las gloriosas obras que les llevaron a la cumbre del Parnaso; se traen a cuento algunas intimidades de sus vidas (aunque familiares de los eruditos poco o nada conocidas del gran público), y por ellas se ve algo tal y como eran fuera de la hermandad de Apolo...

Así pues, hermano Albar, comediante y poeta; virtuoso Fortea (virtuoso en el sentido puramente artístico de la palabra); hidalgo Albea, paladín de toda causa que le parezca justa y noble; camarada Más, sevillano por encima de la Giralda; D. Eduardo y José Vega, que en la amenidad del trato hacéis gala de buen ingenio y de mejor memoria; cultísimos Pobil, Peredo, Palazón y Velasco, que no habéis de tardar en ser maestros de la ciencia médica, recibid, con la mitad, por lo menos, del cariño con que le pone en vuestras manos y ante vuestros ojos, este libro humilde que solo intenta que al cabo de los años os acordéis de estos gratos momentos pasados en la hermandad de *El Gato Negro.*

Sabéis que es muy de todos vosotros hasta que la vida nos separe,

Diego San José.

Madrid, abril 1922.

LA MONARQUÍA

La Reina loca de amor

A doce días del mes de julio de 1506, las Cortes, reunidas en la ciudad de Valladolid, juraron a Doña Juana, infeliz hija de los Reyes Católicos Doña Isabel y Don Fernando, como Reina propietaria de Castilla, al Archiduque Don Felipe de Austria, como su legítimo marido, y al príncipe Don Carlos, como primogénito y sucesor de la Corona y Monarquía de España.

Se hizo esto, viendo cómo el aprovechado flamenco todo lo procuraba para sí y los suyos, haciendo menos a su esposa, so pretexto de estar incapacitada, y vejando en toda ocasión oportuna para su logro a la más rancia nobleza de Castilla, a la que floreció junto a Doña Isabel y fue como la base de los más insignes abolengos de hoy.

No bastó el que muchos grandes, haciendo poco aprecio de su sangre española, pero muy codiciosos (entre ellos el Arzobispo de Toledo), se pusieran de parte el Archiduque y dieran por buenas las pretensiones del advenedizo, que los procuradores de las ciudades, apoyados por el Almirante de Castilla, deudo de la familia real, se opusieran con toda energía, irritados de que toda una Reina de España fuese tratada de forma tan indigna y despreciable.

Don Felipe se preocupó mucho de la protesta, y en virtud de la última concordia con su suegro Don Fernando, empezó a despachar por sí mismo y sin participación de Doña Juana los negocios de Estado.

Los primeros y más importantes cargos los otorgó a sus favoritos (en modo especial a los flamencos), arrojando de ellos desconsideradamente a los que desde la muerte de Doña Isabel los desempeñaban. Tal acaeció con los Marqueses de Moya, alcaides del Alcázar de Segovia, de donde los arrojó para dar el gobierno de aquella fortaleza a su privado Don Juan Manuel.

Con estas cosas y el cruel e inhumano trato que es fama solía dar a la Reina, no había corazón castellano que le fuese leal, y todos le ansiaban una hora menguada que la quitase de en medio o le echase a sus tierras flamencas.

Aun una determinación sana y enérgica que tomó contra los inquisidores de Córdoba y Toro por abusar criminalmente de su autoridad fue tomada de mala guisa solo por ser cosa suya. Mas estos odios de los naturales y afectos de los agradecidos no fueron pasiones de mucha duración, que presto la gran igualadora mudó las tornas y puso el juego favorable a los que no le querían bien, que eran los más.

Había dado el gobierno del Castillo de Burgos a su privado señor Don Juan Manuel, quien, como reconocido a tales mercedes que le encumbraban sobre la primera nobleza, quiso mostrar su agradecimiento espléndidamente cuando Su Alteza pasó a tomar posesión de aquella insigne ciudad.

Llegado el día solemne, lo tomó el Rey con notable brío y donaire por mejor hacer honra al agasajo. Corrió en justas, se lució en torneos, y poco antes de mediodía jugó a la pelota.

Con tal empuje tomó la diversión, que no le fueran a la mano los más diestros jugadores de Vizcaya.

Siendo como era invierno, sudó tan copiosamente, que no le ocurriera tanto en un día de agosto segando mies en Castilla.

Descansó y pidió que le sirvieran un gran vaso de agua fría sacada de aljibe.

Le advirtieron cómo podría hacerle mal, tanto por lo sofocado que estaba como por lo crudo del tiempo; pero la sed y la angustia de la fatiga eran tantas, que no quiso atender la advertencia, y fue como no atender a su vida.

Le trajeron el vaso, que era como de cuartillo, lleno hasta los bordes de un agua fina y fría. La bebió con ansia, y fue como beber el *miserere*. Presto se sintió mal, se retiró y de allí a las pocas horas se le presentaron unas fiebres epidémicas que por aquel tiempo eran plaga mortal.

Los médicos flamencos que traía consigo no acertaron con el tratamiento, y de allí a seis días, el 25 de noviembre, contando los veintiocho años, pasó a dar a Dios cuenta de sus actos como hombre y como Rey.

Y aquí fue donde el extravío mental de Doña Juana comenzó a ser locura.

Durante los breves días en que el mal abrió camino para la jornada final de su idolatrado esposo, constantemente, sin dormir, estuvo a la cabecera del lecho, y cuando llegó el trance fatal dijo que más hubo de luchar con ella la muerte que con el mismo enfermo.

Le hizo embalsamar al uso de Flandes, y luego le mandó sacar a una espaciosa cámara y colocar sobre un suntuoso lecho.

Amortajado estaba el cadáver por las mismas manos de la Reina (que no quiso que otras le tocasen y menos como fuesen femeninas) con un rico traje de brocado, todo guarnecido de armiño, una gorra adornada por riquísimo joyel, una cruz de piedras entre las manos cruzadas, que eran como lirios marchitos, y calzado a la flamenca, como Su Alteza tenía por costumbre.

Durante los días que según la etiqueta palaciega estuvo el cadáver de cuerpo presente, ni un solo instante se apartó de su lado la dolorida...

Era la más trágica figura de la pena, porque de sus ojos no salía ni una sola lágrima.

Por entonces se dio tierra al cuerpo muerto en la Cartuja de Miraflores, hasta tanto que fuese tiempo de trasladarle a la capilla real de la ciudad de Granada.

***

En las postrimerías de aquel mismo año y llevando una vida nueva en las entrañas, quiso Doña Juana volver a preocuparse de la muerte. Ordenó que fuese entonces la traslación del cadáver de su esposo al enterramiento definitivo, siguiendo ella el penoso tránsito.

Se dispuso la partida, pero antes quiso ver los queridos restos. No bastaron a disuadirla las razonables observaciones de la Corte ni los ruegos de la Comunidad. Fue menester exhumar el cadáver y abrir las diversas cajas que le guardaban.

La regia carroña apareció llena de podredumbre; pero ni la hediondez de la muerte pudo vencer el buen amor de Doña Juana, que con sus manos tocó aquellas lacerias y con sus labios besó aquella boca, hervidero de gusanos.

No vertió ni una lágrima, igual que el día que le viera expirar en sus brazos, pues dicen que, desde un día que lloró tanto por haberle sorprendido en amoroso coloquio con una dama flamenca, tenía secos los manantiales de los ojos.

Hizo colocar el nuevo féretro sobre un magnífico carro y la jornada fue emprendida.

Toda la Corte y lo más granado de la grandeza iban en pos; la Reina, encubierta por un luengo manto, seguía una larga escolta de gente de a pie y de a caballo con hachas encendidas.

Doña Juana no quería caminar más que de noche, porque decía *que una mujer honesta, después de haber perdido su esposo, que es su sol, debe huir de la luz del día*.

En los pueblos del tránsito se hacían funerales y no permitía que mujer alguna entrara en el templo.

¡La infeliz tan mal herida de amor tenía celos más allá de la muerte!

Entre las villas de Torquemada y Hornillos arreció tanto la crudeza del tiempo, que fue necesario cobijarse al amparo de un monasterio. Accedió la Reina; pero como a poco de entrar en él supiere que era de monjas, mandó que sacasen el féretro y le pusieran en pleno campo, donde no se podía sufrir el rigor de la temperatura; pues el viento y el agua apagaban las luces y ponían las vidas en peligro.

De tiempo en tiempo hacía abrir el ataúd para cerciorarse de que no le habían robado las cenizas de su amor.

De esta suerte se cumplió el pronóstico que una vieja agorera hizo al Archiduque cuando desembarcó en Galicia, para sentarse en el trono de España.

Id, Príncipe infeliz, que poco estaréis con nosotros, y más andaréis llevado por Castilla después de muerto que de vivo...

El Solitario de Yuste

Feneció en la madrugada del 21 de septiembre de 1558.

Desde los finales del agosto iba desmoronándose la salud del Emperador y como por la posta marchaba hacia las lindes de la otra vida.

Todo el monasterio anda revuelto, y la intranquilidad y el desasosiego, como los fuertes huracanes, esparce sus ramalazos por todas las vastas tierras que a la corona de España están sujetas.

La culpa toda, si se va a ver claro, no es más que de unas malditas truchas empanadas comidas al sol el postrero día de aquel mes de agosto.

Aunque Su Majestad, harto de carne como dicen del diablo, escogió este santo y apartado retiro para recogerse de las vanidades de la Corte y pesadumbres del Gobierno, no fue quién para sustraerse a los arraigados gustos y amables comodidades y aun a inmiscuirse muy enteramente en los negocios que dejara puestos en las manos de sus hijos.

Así fue que, placiéndole mucho más el aire libre que la estrechez de su celda, quiso aquella tarde comer en la libertad de una azotea, y apenas finó el yantar comenzó a dar los pasos para la sepultura. Fueron el comienzo unas pertinaces y desalmadas calenturas que ya desde allí adelante no dejaron de acuciarle un solo día.

No acertaron los médicos con remedio que les hiciera remitir un punto. Más bien puede decirse que desde que ellos tomaran por su cuenta al ilustre enfermo apretaron ellas con más saña, por lo que no sabemos cuál de ambos males le dio el fin.

Ya el día 3 de septiembre miró el trance tan apretado que quiso recibir los auxilios espirituales, cosa que hizo con tan cristiana ejemplaridad que maravilló a todo el convento.

***

Anda suelta una patraña, y es aquella de haber tenido capricho de celebrar en vida sus funerales.

Ello no ha de creerse, pues es cosa de bajos y aduladores cronistas, pues en documentos ciertos y dignos de veracidad, como son las cartas del secretario Luis Quijada, no se halla un solo párrafo que haga mención de tan soberana insensatez.

Lo que sí es cierto es que tuvo la absoluta visión de su muerte, y durante todo el tiempo que transcurriera hasta el fatal instante no dejó de hacer los ejercicios piadosos que estimaba necesarios para la salvación de su alma...

***

Corrieron las horas con angustiosa lentitud para el augusto paciente y vertiginosa celeridad para sus fieles vasallos, encadenaron días hasta llegar al 21 de septiembre, en que ya vio claramente a la *Descarnada* a los pies del lecho.

Con frecuencia repetía que la luz del sol no le daría en los ojos, y ello era como eco de una voz lejana que le llegaba desde los misterios insondables de la Eternidad.

Desde por la mañana no se le separaban (sirviéndole su presencia de mucho consuelo y grande descanso a sus congojas) los médicos, su confesor, Fray Juan Martín Regla; Fray Martín de Angulo, prior de la Orden; Fray Francisco de Villabra, predicador, y el secretario, Luis Quijada.

Con notabilísima atención escuchaba las predicaciones de los agonizantes, y las veces estos, por parecerles que descansaba, dejaban de encomendarle; les mandaba él:

—Decidme tal salmo, tal oración, tal letanía.

Fray Bartolomé de Carranza, Arzobispo de Toledo, que también le asistió la mayoría de las horas de aquel día, se retiró poco después de media tarde a cumplir con sus rezos, y fue preciso llamarle antes de cerrar la noche.

Llegó y tornó a darle el consuelo de la palabra divina, a que Su Majestad respondía besando de vez en vez con mucho fervor un crucifijo de marfil que con las ansias de la muerte agarrotaba entre las manos.

Así estuvo hasta cerca de las dos de la madrugada, en que con más precisa certeza sintió que le era llegado el colofón de su vivir. Viendo entonces todos los presentes cómo se acababa, se acercó el secretario Luis Quijada y le puso una candela en la diestra.

Los ojos del Emperador se abrieron desmesuradamente y se fijaron en su fiel servidor; le reconoció muy bien, y aunque con mucha angustia, le habló de esta manera:

—Luis Quijada: yo creo que me voy acabando, de que doy muchas gracias a Dios, puesto que es su divina voluntad. Diréis al rey mi hijo que yo le pido que tenga cuenta con mis criados, principalmente con los que aquí me han servido hasta el punto de acabar, y que mande que en esta casa no se deje entrar huéspedes, y en cuanto a mí hace, no quiero hablar por ser parte...

Extendió luego la mano para tomar el crucifijo, que se le había caído de ella, y exclamó:

—Ya es tiempo —y luego:— ¡Jesús!

Dio unas boqueadas, que fueron el hálito por donde se le escapó el ánima en busca su paz eterna...

***

En la mañana siguiente, después de vestido el cuerpo, fue colocado en una caja de plomo que a su vez se encerró dentro de otra de castaño forrada de terciopelo negro, y durante tres días celebró la comunidad solemnes exequias.

Por disposición testamentaria fue enterrado en la iglesia del Monasterio bajo el altar mayor, de manera que el cuerpo descansase en la parte que ha de pisar el sacerdote a tiempo de celebrar la misa.

***

Quince años y medio más tarde, el 24 de febrero de 1574, le trasladó su hijo Don Felipe al Monasterio de San Lorenzo, donde sin corromperse (dígase ahora que este es privilegio reservado a los santos) espera el día en que ha de tornar la carne a los huesos y a los cuerpos las almas...

Cómo acaban las grandezas del mundo

Fragmento epistolar escrito por un cortesano en 14 de septiembre de 1598.

«...Como Dios no dé en protegernos, tengo por casi seguro que el favor se aparta de nosotros, y, tras ello, así que se eclipse nuestra buena suerte, verás hacerse verdad aquella frase que dicen de tornarse cañas las lanzas.

No te pienses, mujer mía, que has de tener de aquí a muy poco la cohorte aduladora de antes; ni yo aquellos emplastos de amigos oficiosos que apenas si nos dejaban más tiempo de lugar a solas que aquel que empleábamos en el descanso.

Los vientos nuevos que soplan no traen resabios de pasar por nuestra casa... Pero no hay por qué afligirse demasiado, que gracias a Dios y a nuestra industria hemos recogido lo bastante para llorarles con mucha tranquilidad.

Ya será no más de cuestión de días el vernos, pues la muerte del Monarca, acaecida ayer a las cinco de la mañana, ha de trastrocarlo todo para dejar sitio a los próceres, ministros y sabandijas del nuevo reinado.

Pronto repercutirá en toda España la voz de los reyes de Armas, gritando tres veces: ¡Silencio, silencio, silencio! Oíd. ¡Castilla por Don Felipe III!

Al fin, la muerte ha sido piadosa con el Augusto Felipo, y le ahorró sufrir tan cruelmente como sufría.

Alguna vez he visitado las cámaras de tormento del Santo Tribunal, y he visto en ellas padecer cruentas torturas, pero ninguna pienso que podría codearse con *las aguantadas ejemplarmente por el hijo del Emperador.*

Desde el 6 de julio, que dimos en El Escorial, no me he separado de él hasta el preciso instante en que se huyó de este mundo; y bien puedes creerme que ha sido buena prueba de lealtad.

Te hiciera aquí relación sucinta de tanta podredumbre, y más arcadas sufrirías que en aquellos meses pasados que fueron prólogo de nuestro Lope Félix.

No creo que exista enfermo en hospital alguno que inspire más repugnancia.

Ello pienso que lo ha traído no tanto la crudeza y rigor de las varias enfermedades que ya de tiempo traían amenazada la vida de Su Majestad, la gota, las fiebres éticas y la tisis, como el insensato y desmedido fanatismo.

La hidropesía le había abierto un ojal en cada poro, y aunque mucho pugnaban los médicos por reducirlos, con los escasos medios de que la Ciencia dispone, todo lo desgobernaba él, puesto que, ebrio de fe y ansioso de vida, se aplicaba a las purulentas úlceras huesos y piltrafas venerables, infectadas de tierra y de polvo, que tenía por milagrosas.

Si se viera pocos días hace con cuánto valor y entereza sufría el sajamiento que de un tumor maligno le hizo nuestro deudo Juan de Vergara.

Todos pensábamos que por el extremado decaimiento no habría de ser Su Majestad hombre para resistirlo, mas pasó toda la carnicería, que duró cosa de una hora, sin exhalar un solo ¡ay!, aunque sí destrozando entre los dientes los apretados dobleces de tres pañizuelos.

Este momento fue ya como quien dice el empujón hacia la rampa de la sepultura, pues desde aquel punto y hora se le recrudeció el mal, y se le presentaba cada hora un nuevo achaque.

Con no ser posible trasladarle de lecho ni mudarle las ropas, porque cada movimiento que hacía le era como una estocada, tenía que permanecer constantemente tendido, entre la fetidez que despedían las llagas y el penetrante olor de las pócimas, se hacía imposible permanecer en el regio aposento....

Anteayer, día 11, conociendo que todo era perdido y que no había remedio para tornar a la vida, tuvo la entereza de que le mostraran el ataúd en que ya descansa; se hizo prestamente (que porque nada falte al menor gusto de los reyes, has de saber que aun la caja la tienen hecha con mucha anticipación).

Así de como la tuvo al par de la revuelta y pestífera cama, la contempló muy despaciosamente y por un buen rato estuvo callado, paseando los tristes ojos desde su miseria hasta el féretro, y dándose cuenta de cómo estaba, dijo a su secretario Don Cristóbal de Mora, que era de entre todos quien mostraba espíritu para estar más cercano:

«—Bien acondicionado y magnifico es mi último lecho...»

Y se sumió en meditación otro poco de tiempo, y continuó luego:

—Pero, tal y como Dios se ha servido ponerme, pronto necesitaré otro. ¿No te parece, amigo, que en lugar de este blando raso, cuya comodidad ya no sentiré, me pongan sobre él, a manera de un cajón de plomo? Si no, será lo mismo que enterrarme desnudo y sin caja. Manda que se haga así, y, si da lugar, muéstramele. Pero, no le dio...

En fin, querida mía, repugnancia y dolor me causa seguir. Sabe que desde ayer a las cinco de la mañana hasta dentro de breves días está España sin Rey.

Ejemplar y de todo punto humilde ha sido su muerte.

Se despidió con mucha ternura de sus hijos, y, al besarle la descarnada diestra el Príncipe de Asturias, dijo lastimosamente el que dejaba el vasto señorío de dos mundos, y pasando la vista por toda la hueste cortesana:

—¡Cómo temo que me le han de gobernar!

Reza, Lucía, por el alma atormentada de Don Felipe, que a la postre cuanto somos le debemos, y bien poca cosa podemos esperar del que viene a reemplazarle.

De toda suerte, no dejes de ver en estos sucesivos días y halagar cuanto puedas a la Duquesa de Denia; el Duque su marido parece que ha de ser el cetro de España...

El Rey abúlico y devoto

Don Felipe III de Austria fue el Monarca abúlico y devoto por excelencia; merced a capricho y casualidad del destino subió al trono de España, puesto que no fue primogénito de los nietos del César.

De su padre no heredó más del nombre y el cetro, que la voluntad y energía parece que en aquel monarca fueron intransferibles; ningún otro soberano de su dinastía, ni aun de la siguiente, volvió a regir por sí solo, sin menester de privados ni secretarios, los destinos del reino.

Felipe III subió al trono el 13 de septiembre de 1598, y hasta el 31 de marzo de 1621, en que fue su *dichoso y apacible* tránsito, no hizo sino afianzar de manera indudable la decadencia de la nación española comenzada bajo muy buenos auspicios en la anterior Monarquía.

No más que la devoción y el fanatismo sacó de su padre.

En esta desdicha aun estoy por decir que le dio quince y raya, ya que aumentó de manera notable la fundación de iglesias y monasterios, y creyendo hacer un gran servicio a la cristiandad, expulsó a los moriscos, dando con ello un golpe mortal a la Agricultura, la Industria y las Artes.

Puso el Gobierno en manos de privados trúhanes y ministros logreros a fin de quedar él completamente libre para mejor entregarse a sus devociones.

El Duque de Lerma y el de Uceda fueron los puntales de su trono.

Por las tardes asistía a los locutorios de los conventos, y por las noches perdía en el tapete verde lo poco que le dejaba la rapiña de sus privados. ¿Mas qué se le daba de esto, ni qué podría quitarle el sueño, si sabía que los alcabaleros exprimían al reino como si fuese un limón, y en caso apurado allí estaban los frailes y los vicarios, que pedirían miserablemente de puerta en puerta para sustentarle el vivir a él y los suyos y mantener el decoro del rango?

Por ley de la vida, que no es eterna, murió su esposa Doña Margarita el 3 de octubre de 1611, y con esta desgracia, como era hombre, dentro de su rango, acostumbrado (según el dicho vulgar) a *su olla, su misa y su doña Luisa*, se le agrió el humor con exceso y dio en extremar profundamente la devoción y el fanatismo.

Multiplicaba las fiestas.

A todas horas se veían procesiones por las calles, y él se honró muchas veces con llevar un cirio en las manos como el cofrade más humilde.

En su tiempo comenzó a perder España su poderío, pero ganó para el Cielo cinco insignes bienaventurados: San Isidro del Campo, Santa María de la Cabeza, San Felipe Neri, Santa Teresa de Jesús y San Francisco Xavier.

Solo una vez se le ocurrió visitar los Estados de sus reinos; fue a Lisboa, y desde aquel punto y hora pudo darse a Portugal por arrancado de la república de España...

De allí tornó para no volver a secundar en los viajes políticos, puesto que vino tan acabado que de allí a poco acabó las jornadas de su vida...

Ya por entonces comenzaba a tener la Casa Real de España la complicada etiqueta y farragosa servidumbre con que ha llegado hasta nosotros (plegue a Dios que sea por pocos años), y de ello vino a tejerse una absurda y grotesca leyenda alrededor de la muerte de este Monarca, la cual acoge en su *Viaje a España* la Condesa D'Aulnoy.

Dice que un día de marzo estaba el Rey en su cuarto de estudio junto a un enorme brasero; el calor era sofocante y el Monarca sudaba como en una tarde de agosto; el Marqués de Tobar reparó en ello y lo advirtió al Duque de Alba, gentilhombre de Cámara, para que mandase apartar el brasero; pero el de Alba dijo que aquel cuidado no le correspondía, y dijo que era preciso ponerlo en conocimiento del Duque de Uceda; se buscó a este por todo el Alcázar, pero no estaba en él, sino fuera de Madrid, en un lugar cercano; se dio aviso de nuevo al Duque de Alba, pero ni con esto se resolvió a quitar el brasero, sino que mandó que se fuese a buscar a Uceda, y cuando este quiso llegar a cumplir su menester, el Rey, a fuerza de sudar (porque también era faltar gravemente a la etiqueta el apartarse mas que se incendiase el Alcázar), estaba casi extenuado.

Aquella misma noche tuvo fiebre muy alta y se le presentó una erisipela tan grande, que dio con él en la sepultura...

Como sátira contra el ridículo protocolo de etiquetas y ceremonias no está mal; pero lo cierto es que la regia calamidad de Felipe III feneció de erisipela sin otra complicación que los favoritos que le rodeaban y los médicos que le asistían...

Léase cómo cuenta este trance postrero un capellán de Palacio, que por lo que se ve anduvo muy cerca de la regia cámara en la hora suprema de Su Majestad Católica:

«... En la madrugada de hoy, 31 de marzo de 1621, ha tenido el triste desenlace que se esperaba la vida del Rey.

Con ello cambiarán próceres y magnates sus ascendencias y destinos y todo se trastrocará al ímpetu terrible del odio personal y de la intriga cortesana.

De muy poco han servido procesiones y rogativas por la salud del Monarca, ni traer ni llevar hasta Casarrubios del Monte el preciado cuerpo del glorioso San Isidro, que bien se ve que a Dios no le convenía que hiciese el Santo prodigio alguno. Sin duda que viendo Su Divina Majestad lo descuidadas que están las cosas de España, se ha dicho: Mejor se está sin Rey.

Bien recelaba su augusto padre cuando, puesto ya al borde del sepulcro y hecho una inmunda pestilencia, exclamó mirándole tan mozo y tan débil: “Y cómo temo que me le han de gobernar...”. Así ha sido.

Todo el tiempo que tuvo la nación en sus manos, no fue más que escarnio, juego y mofa de sus privados los Duques de Lerma y Uceda, y del ambicioso e intrigante Padre Aliaga.

Por cierto que ahora se cuentan cosas infamemente peregrinas del penúltimo, a quien pienso que habrá de acabar Dios de mala muerte por hijo desnaturalizado y mal ministro.

Parece que su padre el Cardenal había pensado en él para descansar de las trapacerías de su cargo y le llevó a Palacio; pero se metió de tal suerte y tan presto en el ánimo del abúlico Monarca, que no tardó en desbancar al viejo privado y hacerle la contra, y aun se cuenta que más de dos veces, en la misma cámara real, hubieron de sostener violentísimas escenas, en las que faltó hasta poco para que padre e hijo dieran el monstruoso espectáculo de venir a las manos...

Venció Uceda por entero en la voluntad del Soberano, y salió desterrado para su casa solariega de Lerma el favorito en desgracia.

Ayer noche, en un momento de lucidez, quiso el monarca moribundo reconciliarse con sus enemigos, para tener en ellos, sin duda, un montón de rogativas por la bienaventuranza de su alma después de que dejare este mundo, y mandó que le llevasen una lista de todos cuantos por orden suya padecían pena de destierro.

Se hizo como mandaba, y el mismo Duque de Uceda escribió de su mano los nombres de todos, entre los que por indicación del P. Aliaga puso el de su progenitor.

Presentó la lista al Rey; pidió una pluma y conforme iba pasando los ojos por la lista tachaba el renglón leído, con lo que el reo de quien era el nombre quedaba perdonado. Pero he aquí que no había llegado ni a la mitad, cuando cayeron de sus manos pluma y papel sin dejar finalizada la piadosa obra; de suerte que los nombres que estaban sin tachadura se interpretó arteramente que no habían merecido la gracia del perdón... El último de todos estaba inscrito el Duque de Lerma».

«Mañana trasladarán el cuerpo al Panteón de El Escorial, y ya hoy han comenzado los preparativos, que no hay pie ni mano que sosieguen dentro del Alcázar.

Esta mañana siendo mediodía me correspondió velar el cadáver y rogar a Dios por que le dé eterno descanso, aunque si tanto da en descansar allá en el Cielo como aquí en la Tierra, no pienso que haya justo más reposado en toda la Corte celestial.

Le tienen puesto en la capilla sobre un rico túmulo que muy bien pudiera elogiarse con el magnífico soneto de Miguel de Cervantes... Por la altura en que está no alcanza a verse el cuerpo, y únicamente asoma un poco el perfil y las manos cruzadas sobre el pecho, en las que sustenta un primoroso crucifijo de plata.

Todo el templo está cuajado de paños negros, y solamente alumbrado por los blandones que rodean el túmulo, los cuales están embutidos en riquísimos candelabros de plata labrada, de doce brazos cada uno.

Velan continuamente los Monteros de Espinosa».

***

«Fue hoy el entierro de S. M. No hay para qué me canse en asentar aquí cómo y en qué manera hubo de llevarse a efecto tan triste acto, pues que notables ingenios y celosos cronistas tiene la corte, los cuales dejarán escrito este postrero capítulo de un reinado...

Se dice que el Rey nuevo alzará mucho la mano con la gente patricia que cayó en desgracia, y también se da por seguro que muchas de aquellas altas torres que amenazaban con tocar el cielo ya comienzan a resquebrajarse y hay muy serio peligro de que se desplomen.

Parece que la grande fuerza que les está minando es Don Gaspar Melchor y Baltasar de Guzmán, Conde de Olivares, hasta ayer ayo del Príncipe de Asturias».

El Rey-Poeta

I

He aquí al Monarca representativo de nuestro *Siglo de Oro.*

Como Soberano fue una calamidad más; pero hay que estar reconocidos a su memoria, porque durante su reinado tuvieron florecimiento en España las artes liberales.

Los poetas más insignes del Parnaso Español triunfaron en su tiempo, los pintores más ilustres tejieron su lauro en esta égida, y desde aquella edad a la nuestra viene como desde un astro remoto un chorro de luz deslumbradora.

La suerte política de España caminaba vertiginosamente a su derrumbamiento, las mismas polillas del reinado anterior la corroían, las mismas plagas la asolaban, y eso que habían mudado los favoritos y los consejeros; solo continuaban los ingenios logrados durante las dos últimas Monarquías: Lope, Quevedo, Tirso de Molina, Alarcón, Vélez de Guevara, Rojas, Calderón... y estos solos, con su pluma, hicieron más por su tierra que los ministros con sus medidas de Gobierno, la diplomacia con sus tratados y la milicia con las armas. Las instituciones todas, con la Iglesia como cabeza visible, desprestigiaron a España; el corazón y el cerebro de un puñado de españoles la encumbraron sobre siglos venideros...

Felipe IV prefirió la amistad de estos hombres, su vida libre y franca, a las arideces de la política y etiquetas cortesanas, y fue un mal Rey sin haber logrado ser siquiera un mediano ingenio.

Dejó el peso del Gobierno sobre la codicia y soberbia del Conde-Duque, a quien no pidió cuentas de su conducta sino cuando, detrás de la miel de los placeres y el fuego de las pasiones, se le metieron la amargura de los achaques y la nieve de los años.

En los brazos de la *Calderona*, que le fue cedida por baja adulación del Duque de Medina de las Torres, halló la página más intensa de su amor, pues no tuvo escrúpulo en hacer ostentación de aquel idilio, ni en afrontar los disturbios conyugales con su primera esposa, Doña Isabel de Borbón.

Para la cómica se hizo en una noche en la Plaza un balcón desde donde al día siguiente habría de asistir a la fiesta de toros celebrada en honor del Príncipe de Gales. La plebe, que de todo hace chacota y vejamen, llamó a este balcón *el balcón de Marizápalos*.

El fruto de aquel idilio, que se bautizó en la iglesia de San Justo de esta corte con el nombre humilde de Juan, hijo de la Tierra, fue acaso el vástago a quien más quiso, y a buen seguro que de estar en su mano le hiciera Príncipe heredero... Sin embargo, a la hora de la muerte le miró como hijo del pecado y no quiso recibirle...

No se busquen en los anales de Don Felipe hechos famosos de armas ni ventajosos tratados con naciones extranjeras, puesto que provocó la rebelión de Cataluña, perdió a Portugal y sus banderas quedaron maltrechas en Rocroy; pero, en cambio, contribuyó al Renacimiento de nuestra Literatura, de la que en el Teatro y en el libro han quedado páginas de oro tan puro que no habrá vaho que las empañe.

Y es que los poetas, contra lo que pensaba Eulogio Florentino Sanz, no suelen valer más que para hacer versos.

II

Si al cabo de vidas procelosas y desordenadas suelen darse muertes ejemplares, pocas se registran de tanta ejemplaridad y valentía de ánimo como la del Rey gentil y enamoradizo que antes que testa coronada quiso ser primer galán de una comedia al uso de su tiempo.

Un poco largas y lamentables fueron para el reino las jornadas de la tal comedia, pero el primer actor de ella supo finarla con dignidad y grandeza de arrepentido...

Toda la gama pintoresca de su tiempo se congregó alrededor de su lecho de muerte; la Superstición, la Intriga, las ambiciones y el Fanatismo. Solo faltó el cuidado de una esposa amante y la lealtad de unos servidores.

Estando rodeado de ministros y palaciegos en su última hora, puede decirse, sin miedo de caer en lo hiperbólico, que murió en la más espantosa soledad, porque ninguno estaba en la mortuoria estancia con el corazón, doliéndose de las angustias del agonizante, sino meditando en el propio porvenir, cuando subiera las gradas del trono el nuevo soberano…

Al finar el año 1664, Fran Francisco Monterón, franciscano descalzo de gran prestigio, porque gozaba fama de vidente, hizo el pronóstico para el próximo año, siendo la primera profecía trascendental tras la muerte del Monarca.

Ciertamente que no era presumir de profeta, viendo la poca salud de que gozaba la real persona, pues no teniendo más de sesenta años parecía un viejo de noventa.

A tal extremo le había traído su vida bullanguera y galante, que no las cavilaciones ni las pesadumbres del Gobierno. Solo a última hora, cuando se vio sin hombres de confianza, quiso remediar el daño, pero ya no había espacio; estaba muy hondo el mal que corroía a España.

Trabajaba los días enteros sin ayuda del secretario, pero, como le faltaban talento político y la férrea voluntad de su abuelo, no conseguía sino debilitarse más y caminar muy deprisa hacia el cabo de sus días.

Desde que muriera su primer Ministro, Don Luis de Haro, se levantaba a las siete en verano y a las ocho en invierno, renunciando a todas aquellas diversiones y placeres a que antes tuvo tan desmedida afición.

Los cólicos nefríticos que solía padecer se le agudizaron desde 1663 con tal intensidad que no daban tregua al dolor.

La muerte de sor María de Agreda, su confidenta y consejera, más la derrota de Villaviciosa, fueron dos golpes crueles que le aceleraron el fin.

El pueblo no se dolía al considerarse que se quedaba sin Rey, antes hacía mofa tomando pie aun del régimen alimenticio a que el augusto enfermo estaba sometido, y así en las mismas puertas de Palacio aparecían pasquines como estos:

Entre dos niños tetando está la pobre Castilla. El Rey está malo, el Príncipe malito, la Reina con jaquecas, la Infanta se irá. ¿A quién esta casa se alquilará?

Le mataban los médicos a puras recetas, pues que ni por acaso daban con una que no le empeorase, acertando a causarle tal desconcierto, que el malaventurado se iba por la posta camino de su sepultura en *El Escorial*.

Advirtió que su fin estaba próximo y miró cara a cara a la muerte, sin cobrarle espanto ni dolerse de dejar la vida.

El 14 de septiembre mandó llamar al director de su conciencia, Fray Juan Martínez, y se dispuso para el trance postrero con verdadera devoción, haciendo que le dieran el Viático con asistencia de toda la nobleza.

El fanatismo absurdo de algunos palaciegos amontonó en la regia estancia cantidad grande de reliquias, y aun no faltó quien, pareciéndolo poco para aliviar la agonía del moribundo, le preguntase si tendría gusto en recibir el cuerpo de San Isidro al lado del de San Diego, que ya tenía junto al lecho, a lo que dignamente y con un poco de socarronería respondió:

—Donde le tienen está con más decencia, y para lo que le puedo pedir, no estorba la distancia.

Al día siguiente recibió la Unción de manos del Patriarca de las Indias, y con pasmosa serenidad de espíritu se fue despidiendo de cuantos le rodeaban. Para cada cual tuvo una frase. Al Duque de Medina de las Torres le dijo:

—Duque, yo os aseguro que en mí perdéis un buen amigo; procurad que la Reina y el Príncipe lo sean.

Y al Conde de Castrillo, que llevó su ambición a pedirle que antes de morir, como postrera merced, le hiciera Grande de España, le respondió despectivamente:

—Acudid a la Reina, que ella hará lo que mejor convenga.

Abrazó al Príncipe Don Carlos diciéndole:

—Hijo mío, Dios por su divina misericordia os haga más dichoso que a mí.

Por cierto que Dios no tuvo a bien de escuchar la súplica, pues no hubo sobre la tierra monarca más desventurado que Carlos II de Austria.

Quedó un poco traspuesto, y durante este espacio llegó desde Consuegra el bastardo Don Juan, que ansiaba recoger el postrero suspiro de su padre; mas, en cuanto este tuvo noticia por el Conde de Castrillo, respondió con notable severidad:

— ¿Quién le ha mandado que venga? Decidle que se vaya. Esta no es hora sino de morir.

Y comenzó a rezar con mucha devoción.

Desde que se hizo noche, prohibieron los médicos de cámara al mayordomo Conde de Medellín que variase de postura al enfermo, cuyo cuidado tuvo hasta entonces.

A este tiempo ordenó Don Felipe que quitaran de la cabecera del lecho el famoso cuadro de Rubens que reproduce el encuentro de Rodolfo de Habsburgo con un sacerdote portador del Viático y pusieran en su lugar una imagen de Cristo.

El Marqués de Aytona le colocó entre las yertas manos el mismo Crucifijo que tuvo el César entre las suyas cuando pasó por el mismo trance, y cuidaba de vez en vez de acercársele a los cárdenos labios.

—¡¡Misericordia, Señor, misericordia!! —exclamó por dos veces con indescriptible voz de arrepentimiento, y clavando en la enseña cristiana los ojos ya sin luz, se durmió para siempre.

Eran las cuatro y cuarto de la mañana del jueves 17 de septiembre de 1665.

Con el Rey-Poeta se acabó el *Siglo de Oro*.

El paño del ataúd

Suceso acaecido en el entierro de la Reina viuda Doña Marta de Neuburg.

Doña María de Neuburg, que fue esposa del desdichado Carlos II, postrero monarca de la Casa de Austria, tomó por obra y gracia de su intriga tanta ley a nuestra nación, que no quiso apartarse de ella, y aquí vivió y murió apegada a los recuerdos de su pasada grandeza.

Durante los treinta y nueve años de su viudez, bogó como bien pudo en las revueltas políticas y no dejó de hacer cuanto pudo de su parte porque la dinastía austríaca tornara a tomar el cetro de España, aunque no se mostró muy francamente hasta que viera ocupada la ciudad de Toledo por las tropas del Archiduque intruso, y entonces fue cuando Felipe V, para evitar compromisos de allí adelante, mandó al Duque de Osuna que la pusiese en la frontera francesa.

Fijó, pues, tan *revoltosa* dama su residencia en Bayona el año 1706, y en dicha ciudad permaneció hasta que por influjo de su sobrina la Reina Isabel de Francia consiguió tornar a España.

Recibida fue por la Corte de Madrid con toda la pompa que su rango requería, celebrando la recepción en la ciudad doctora de Alcalá de Henares, y hubo por tres días notables fiestas y agasajos.

Pasadas que fueron estas fiestas, trasladó Doña María su residencia a Guadalajara, donde vivió oscurecida hasta el 16 de julio de 1740, en que finó la fecunda jornada de su vida.

***

Mandó el Rey que fuese trasladado el cadáver al Monasterio de *El Escorial* y exhumado en el panteón de Infantes, en el lugar donde yacen las Reinas que finaron sin dejar sucesión.

El 17 de junio se puso en marcha la fúnebre comitiva desde la vieja ciudad alcarreña, y cuentan que era notable la pompa del entierro, al que asistió toda la hispana nobleza.

Hacía lúgubre y notable efecto ver en la quietud y tinieblas de la noche iluminados los campos y los caminos por la amarillenta luz de los cirios y escuchar los cantos funerales que daban el postrero honor al cuerpo sin vida.

***

El día 25 llegó a El Escorial la fúnebre comitiva. Como es uso y costumbre salieron los frailes en procesión hasta el pórtico principal.

Así como llegara la litera mortuoria delante de la puerta y entregada que fue la orden del Rey, tomó el prior el pliego y lo pasó a su secretario, quien leyó en alta voz.

Según la fórmula ritual desde el enterramiento de Felipe IV, decía así:

«Venerables y devotos prior y religiosos del Monasterio de San Lorenzo el Real.

Habiéndose Dios servido de llevarse para sí a la señora Doña María Ana de Neuburg, viuda de S. M. el Rey Don Carlos II de Austria (que su gloria haya) el 16 del corriente, he mandado que el Duque de Liria, gentilhombre de mi cámara, vaya acompañando y os entregue el real cuerpo difunto. Y así os encargo y ordeno le recibáis y coloquéis en el lugar que se tiene señalado en el panteón de Infantes a las Reinas que mueren sin descendencia.

De Madrid a 17 de julio de 1740.— *Yo el Rey*».

Acabada que fue la lectura, se adelantó el prior con la comunidad para hacerse cargo del cadáver; pero entonces, ¡oh poder innoble de la humana codicia!, aconteció un hecho inaudito y vergonzoso, y fue que los lacayos del cortejo asieron del paño de brocado que cubría el féretro y se alzaron con él.

Desde tiempo inmemorial era costumbre que en los entierros de personas reales viniese el ataúd envuelto de esta suerte, el cual paño no se quitaba hasta el tiempo de colocar el cuerpo en el pudridero.

El protocolo palaciego concedía la posesión de la rica tela a los servidores que venían custodiando el féretro, y por otra parte la comunidad del monasterio se estimaba con derecho a guardarlo en la sacristía para hacer ornamentos.

Hasta entonces, parece que los frailes habían andado más listos que los palafreneros y siempre se habían quedado con la reliquia, pero esta vez traían aquellos concertado desde Madrid no dejarse ganar por la mano, y así estuvo cada uno con cien ojos, como Argos...

De que vieron tal desmán sus paternidades, así como ponían las preces en el Cielo para el eterno descanso del alma, pusieron los denuestos y protestas contra los madrugadores criados, y aun por entero se olvidaron también de su ministerio, como era pedir el reconocimiento de la muerta. Tanto podía en ellos el verse en peligro de quedarse sin aquella merced, y así empañados la conciencia y los sentidos.

El prior, Juan de Lerena, quiso detener a los *adelantados* e interpeló de esta suerte al mayordomo Duque de Liria:

—Excelentísimo señor: ¿Me dirá vuecelencia qué desmán es este? ¿Cómo consiente esta falta de respeto con el real cadáver? Tenga vuecelencia entendido que antes consentiré en negarme que se le dé sepultura que a que entre en la iglesia sin la decencia que le corresponde y como se tuvo por costumbre con cuantos cuerpos yacen en el panteón...

Los dichos lacayos, como si nada fuese con ellos, continuaron doblando la codiciada tela, y si alguien afecto a la comunidad se determinó a acercárseles, supieron despedirles con no muy corteses maneras, diciéndoles que ya ellos sabían muy bien sus derechos y que sobre ellos nadie tenía jurisdicción como no fuese el señor mayordomo.

El Duque, por su parte, tampoco mostró mucho interés por castigar la osadía, y por toda respuesta a las palabras del prior se limitó a encogerse de hombros diciendo que a la postre qué mejor podía esperarse de gente baja y sin discernimiento.

Fray Juan de Lorena se descompuso con la gentil respuesta y los frailes no le fueron a la zaga.

El Duque, que se vio tratar sin respeto por cosa a la que él no le concedía importancia, tampoco tuvo ociosa la lengua, y dijo grandes cosas no muy a propósito para ser escuchadas por gente eclesiástica. Le hicieron coro palaciegos y soldados, y todo llevaba camino de que moviera otra zalagarda como aquella famosa que dio origen a la fundación del Monasterio.

Al fin, como no había sino dar tierra al cadáver, todo paró en que los padres, rezando más para adentro que para fuera, cumplieron con la piadosa obra de misericordia para que fueron puestos en aquel santo lugar...

Los palaciegos tornaron a Madrid comentando el suceso a su favor, y los religiosos quedaron poniendo su piedra en su rollo, y dicen que fue tan grande la sofoquina que produjo el lance al venerable Fray Juan de Lerena, que de resultas falleció de allí a poco.

***

Desde este suceso hasta los entierros de Carlos IV y María Luisa (18 de septiembre de 1819) se dejaba el codiciado paño en la sacristía, dando los frailes a los lacayos del cortejo 1.500 reales como gratificación; pero de allí adelante, apenas cantado el responso se alzan con la tela sin esperarse a más...

La devoción de un Monarca

Bien conocidas son la piedad y devoción del malaventurado Monarca Don Carlos II, último vástago reinante de la Casa de Austria.

A tal punto llegó su celo religioso, que él puede decirse que fue la causa de su muerte; porque, después de la religiosidad extremada, dio paso en su ánima a la superstición.

Y no estuvo en la poquedad de su espíritu todo el mal; que lo vergonzoso y triste es que fue su misma madre, la Reina Doña Mariana, quien curó de mantener aquel miserable estado en el espíritu y en la inteligencia de su hijo.

Poco se le daba al aniñado Monarca de los negocios del reino, y para ninguna otra cosa mostraba buen talante como para las fiestas religiosas y los autos de fe, tanto, que en su tiempo, en 1680, se celebró el más terrible y solemne de cuantos se habían celebrado en España desde que los Reyes Católicos instituyeron el Tribunal de la Inquisición, el año 1492.

Este preámbulo y elogio de la piedad del Monarca embrujado traigo a cuento para hacerte relación, amable lector, de un suceso en que desbordó Su Majestad toda la savia devota que cabía en su alma.

Era el 20 de enero de 1685, y la temperatura había cedido tanto los rigores propios de la estación, que más semejaba día de otoño que de invierno.

Carlos II, desde los ventanales de Palacio, contemplaba el oro del sol que se tendía por las cresterías de la Sierra y sobre la desnuda arboleda de la Casa de Campo. En su cuerpo enfermizo y desmayado repercutían los vitales reflejos de aquel día espléndido.

Mirando hacia los portillos de Segovia y de la Vega, que eran entradas de la corte, contemplaba la gente que iba hacia las riberas y los sotos del río a disfrutar de aquel adelanto de primavera; grande nostalgia le producía aquel asueto de sus vasallos; pues él, con ser quien era, no podía permitírsele por rigurosa prohibición de sus médicos de cámara, que en todo recelaban peligro para su importante salud.

Al fin quiso ser dueño de su persona y, desoyendo los consejos de los médicos, que, bajo pretexto de pobreza de salud, le tenían forzada la voluntad, pidió que fuese dispuesta su carroza, y, de allí a poco espacio, salió por el portillo de San Bernardino, escoltado por la guardia *chamberga*.

Mandó echar por el camino de El Pardo, y solo de mirarse entre sus súbditos, sin ceremonias ni trabas de etiquetas, parecía alegrarse demasiado su rostro y erguirse su cuerpo enfermizo.

Mas apenas las fogosas mulas del coche habían pisado la alegre senda que va a finar en el espeso monte, advirtió que la gente se detenía en su paseo, y aun los mismos soldados de su guardia se prosternaban de rodillas. Al mismo tiempo vio que por entre los árboles caminaba un sacerdote revestido de sobrepelliz y estola, y acompañado de un monaguillo que portaba un farol con candela encendida.

Sin duda algún vecino de aquellos lugares estaba puesto ya un pie en el estribo para emprender el viaje que no tiene retorno.

Su Majestad se acordó del paso de Rodolfo de Hapsbourg, que mora en la cámara de su difunto padre, representado por el diestro pincel de Rubens, y quiso imitar tan piadoso trance.

Se apeó del coche y, acercándose al ministro del Señor que iba en funciones de su divino ministerio, le preguntó con mucha humildad:

—Pues, ¿dónde va, padre?

A que respondió el clérigo:

—Señor, soy teniente cura de San Marcos, que va a llevar el Señor a un pobre hortelano del soto de *Migas Calientes*.

Pues yo le suplico, por la sacra Majestad que lleva entre sus manos, que luego sea servido de subir en mi coche, que yo me honraré mucho en irle sirviendo al estribo hasta la misma casa del enfermo, y desde allí a la parroquia.

Y así lo hizo el buen Monarca, con no poco asombro y alabanza de los circunstantes.

Hasta la cabecera misma del enfermo llegó el señor de ambos mundos, sirviendo de paje al Señor de Tierra y Cielo, y de rodillas, como todos, rezó las preces de los agonizantes, e hizo de todo corazón la recomendación del alma.

Después de que el sacerdote cumplió con su menester, emprendió Carlos conversación con el enfermo, quien tuvo alientos para sostenerla muy bien, diciendo que no sentía tanto abandonar este mundo como por el desamparo en que dejaba a una hija suya, moza (y no fea), como de hasta quince años.

Le dijo el Rey palabras de mucho consuelo, como fue el asegurarle que, si Dios era servido de llevarle a su diestra, él curaría del porvenir de la huérfana; dejó luego una bolsa de oro sobre las ropas de la cama, caridad en que más humildemente le imitaron los cortesanos; salió tras del sacerdote, al que, como ofreciera, hizo subir al coche, y le acompañó hasta la misma parroquia de San Marcos...

***

Desde entonces dicen que data la piadosa y cristianísima costumbre de que los reyes de España cedan su coche al Rey de los Cielos cuando le hallan en su camino...

El fin de una dinastía

1 de noviembre de 1700

Con el siglo estaba a punto de eclipsarse la dinastía austríaca en España, que tan briosamente comenzara también con los albores de la centuria decimoquinta.

No se diría sino que, harta la nación de negruras y pesadumbres, quería respirar aire libre y bañarse en sol.

Del alcázar de Madrid manaban sombras, que bajo su tristeza envolvían toda la Península.

No había más claridad que la que daban las llamas de los cirios en torno del Monarca embrujado y el resplandor de las hogueras de la Inquisición.

Se vestía constantemente de luto; se había desterrado el espectáculo de las comedias, que tanto auge alcanzara durante el anterior reinado, y solo se encontraban en las calles luengas y tétricas procesiones.

La Reina viuda e hipócrita vestía tocas monjiles, y ya que tuviera el demonio en el cuerpo, jamás dejaba el *rosario* de la mano.

El Monarca, enfermo desque naciera, se iba acabando como la débil llama de una pajuela, entre la indiferencia de los españoles, la codicia de los Monarcas extranjeros, que ansiaban su corona, y el desamor de dos Reinas: su madre y su esposa.

El único problema que al pueblo intrigaba era el de en qué manos caería, a punto de bajar Carlos a la paz y descanso de la tierra sin dejar ningún hijo en el trono...

Desde aquel infame instante en que se comenzó a creer que el infeliz vástago del Rey poeta se había sorbido todos los demonios del infierno en un pocillo de chocolate, su arrumbada salud fue de mal en peor, y ni una sola hora dejaron en paz su medrosa conciencia, ni un día su pobre cuerpo sin martirio.

Las voces estentóreas de aquellos frailes Mario Tenda y Froilán Díaz, y las bárbaras tomas de aceites y purgas para que ayudaran a los anatemas y exorcismos de la Iglesia a expulsarle el enemigo, hicieron tan buena obra, que, al cabo, asustada el alma del infeliz, abandonó el cuerpo dolorido por no sufrir tales y tan continuas molestias.

Ya él se sabía muy bien este mal fin, y no pedía sino que le dejaran esperar la última hora solo, con sus achaques; pero el empleo de su madre, los ministros, consejeros, embajadores y confesores no parecía ser otro que el de precipitarle a la tumba, para conseguir todos y cada uno su ansia de medro.

Así, a 20 de septiembre de 1700, comenzó la enfermedad a ser lenta agonía; se metió en el lecho, y ya no salió de él sino yerto, entre cuatro monteros de Espinosa.

El 28 de aquel mismo mes le administró los Sacramentos el Patriarca de las Indias, siendo recibidos con ejemplarísima devoción por el augusto enfermo.

Después del imponente acto, pareció recobrarse algo, y, como si hubiera sido un mal Monarca, plaga y azote de su pueblo, no siendo como era sino víctima de todos, pidió perdón a cuantos le rodeaban.

—Que yo sepa —decía—, a conciencia, en toda mi vida hice mal a nadie; pero si alguna vez, contra mi deseo, fue de esta manera, discúlpenme los que fueron dañados.

En lugar de atenderle con eficacia los médicos, le llenaron la alcoba de reliquias y carroñas, que hacían irrespirable el ambiente de la habitación, y era preciso llevarse unos estorbos para hacer sitio a otros.

Lamentable, fanática y antihigiénica costumbre es esta, de la que aún no nos hemos curado (a pesar de la evolución del tiempo).

Así, junto a las imágenes de las Vírgenes de la Soledad, de Atocha, de Belén y de la Almudena, no faltaron las momias de San Diego, San Isidro y Santa María de la Cabeza.

El Cardenal Portocarrero se instaló en la alcoba para hablar constantemente al enfermo de las cosas que tocaban al bien y salvación de su alma, y fue su primer cuidado para procurarle sosiego a su afligido espíritu ahuyentar a la Reina madre, al inquisidor general Mendoza, al confesor Torres Padmota, y a Ubilla, secretario del despacho universal.

Quedó, pues, solo, con dos religiosos de su hechura, y comenzó a un tiempo su labor política, dorándola de catolicismos.

Suave y blandamente comenzó a exponer a Su Majestad el desamparo en que el reino quedaba si Dios fuese servido de llamarle a su diestra, y cómo para evitar a España los horrores de una guerra civil tendría que hacer testamento y designar al heredero del trono, sin escuchar la voz de la sangre ni de las afecciones terrenas, ya que tan próximo estaba de la otra vida.

Y en este punto, el Cardenal abogó por su candidato el Duque de Anjou, que era el que proponía el Consejo de Estado, compuesto por Su Eminencia, el Duque de Medina-Sidonia, los marqueses de Villafranca, Maceda y el Fresno; los Condes del Montijo, San Esteban, Frigiliana y Fuensalida; solo estos dos últimos disentían del parecer de sus compañeros.

Las palabras de Portocarrero hicieron notable mella en el moribundo, y creyó su cumplimiento como punto esencialísimo para salvar el alma; mandó llamar al secretario Ubilla, y le ordenó que, como notario mayor de sus reinos, extendiera su última voluntad ante los Cardenales Portocarrero y Borja; los Duques de Sessa, Infantado y Medina-Sidonia; el Conde de Benavente y Don Manuel Arias.

De allí a pocos días, el 3 de octubre, firmó el testamento, hecho lo cual se cerró y selló.

Con aquella postrera firma del infeliz Soberano, quedaba desterrada de la Monarquía española la Casa de Austria, que había imperado durante siglo y medio, y entraba, nueva y flamante, la de Borbón.

Aun hasta dar en la última hora del Rey, acaecieron muchas intrigas y capítulos vergonzosos por parte de la Reina madre y de los grandes, que veían disolverse su poder como la sal en el agua.

Mas amaneció el 1 de noviembre, y aquella vida enferma desde que nació y atormentada desde la infancia, dejó las miserias de este mundo para dar en los misteriosos laberintos del otro.

A las tres de la tarde, las campanas de todas las iglesias de la corte doblaron por la muerte del Rey y de la dinastía austríaca.

Los reyes de armas gritaron de allí a poco en la plaza de Palacio, y ante las Casas Consistoriales.

—El Rey ha muerto. ¡Viva el Rey! ¡España, España, España, por Felipe V de Borbón!

LA PRIVANZA

El Cardenal dictador

Feneció de pesadumbre en la villa de Roa a 8 de noviembre de 1517.

Ya tenía la edad de cincuenta y cinco años (que es frontera de la vejez) Fray Francisco Jiménez de Cisneros, cuando por voluntad de la Reina Católica y consejo del gran Cardenal de España Don Pedro González de Mendoza, fue sacado de su retiro de *El Castañar*, para regir la conciencia regia y mezclarse en las empresas políticas.

Comenzó primero siendo remediador y curador de las costumbres monásticas, que no eran ni con mucho lo ejemplares y austeras que se necesita para el buen servicio y fama de una religión de humildad.

Por el entonces estaba la Iglesia hecha una verdadera república en todo el vicioso sentido de la palabra, y cada ministro de Dios no se conducía sino para el más productivo logro de sus ansias de medro y regalo de la vida.

Tiempo hacía que Isabel y Fernando trabajaban por atacar tamañas irregularidades; pero sus buenos propósitos reformadores habían topado siempre contra la dura resistencia de las Órdenes más importantes, sobre todo en lo que tocaba al sostenimiento de la riqueza, a cuyo fin se decían autorizados y amparados por bulas pontificias.

La misma Orden franciscana, a la que Cisneros pertenecía, no era de las menos rebeldes a la reforma...

***

No poco trabajo debió de costarle a la Soberana hacerle aceptar el Arzobispado de Toledo a la muerte del Cardenal Mendoza, y aun cuenta la Historia que de manera hasta ruda y tumultuosa salió su reverencia del Alcázar, así como la Soberana le comunicó la fausta nueva. Se había alongado muy gran trecho de Madrid y fue necesario que la Reina despachase propios, que al fin le alcanzaron a tres leguas de la corte en compañía de tres religiosos de su misma Orden.

Pero tan firme y decidido era su tesón en no aceptar el alto puesto, que sin él tuvieron los emisarios que tomar la vuelta.

Por más de medio año se mantuvo en el mismo criterio, hasta que dio lugar a una segunda bula en la que el Pontífice, no ya le exhortaba, sino que le mandaba con toda su autoridad que aceptase sin más dilación ni excusa el nombramiento que se dignaba hacerle, y fue consagrado Arzobispo de Toledo en Tarazona a once días del mes de octubre de 1495.

***

Fue durante toda su vida el pilar más fuerte que sostuvo el trono hispano, y de no señalarse con harto rigor y fanatismo cuando fue inquisidor general, cuya terrible institución había combatido antes, no hubiese tacha que poner en tan ejemplar y brillante vida.

Hombre de una independencia casi selvática, era inflexible y recto en sus resoluciones, sin importársele que la intriga le hiciera perder su alto cargo. Le pinta reciamente el caso acaecido con Don Pedro Hurtado de Mendoza, hermano del anterior Cardenal, a quien Cisneros debía su encumbramiento.

Este hidalgo, que era Adelantado de Cazorla, por nombramiento de su dicho hermano, el cual destino era anexo al Arzobispado, temió que con las reformas del nuevo prelado peligrase su

destino, y apoyado por toda la nobleza demandó el apoyo de la Soberana recordando las consideraciones de que el prelado a la sazón era deudor al Arzobispo muerto.

Escuchó Cisneros la recomendación y, después de oída, dijo:

«—El Arzobispo de Toledo debe disponer libremente, y no por recomendaciones, de los empleos que le pertenecen; los Reyes, mis señores, podrán enviarme a la celda de donde me han sacado, pero no obligarme a hacer cosa alguna contra mi conciencia ni contra los derechos de la Iglesia...».

... Algún tiempo después, se halló Cisneros con Hurtado de Mendoza, y pareciéndole que le rehuía desalentado por el anterior desaire, le llamó:

«—Adelantado de Cazorla...».

No respondió el hidalgo, pensando no iba con él; pero repitió Su Eminencia:

«—Adelantado de Cazorla, ahora que estoy en plena libertad, os confirmo en este cargo, que no he querido dar a otro alguno por seros debido de justicia, y espero que en adelante sirváis al trono, al Estado y al Arzobispo como antes lo hicisteis».

Mendoza se mostró altamente reconocido, y durante todos los días de su vida fue gran servidor del fraile Cardenal.

***

Tan solo a la alta jerarquía que representaba dio el rango debido, mas para su persona particular conservó la humildad y abstinencia a las que estaba acostumbrado y que a su Orden monástica correspondía.

Se servía profusamente la mesa en público y él solo tomaba yerbas y raíces.

Ostentaba en la alcoba arzobispal un lecho adornado con ricas telas y espléndidas colgaduras, y el prelado dormía en pobre jergón mal dispuesto con dura paja de maíz.

Bajo las episcopales vestiduras, confeccionadas con los más ricos tejidos, se ceñía la camisa de lana por el fundador de su Orden, que el mismo Cardenal solía zurcir y recoser.

Cuando acaeció la muerte de Don Fernando *el Católico*, embargaban a Cisneros múltiples ocupaciones.

Desde su regreso de la gloriosa expedición a Orán, vivía consagrado al gobierno de su diócesis, al mayor florecimiento de la Universidad complutense, que fundara el 28 de febrero de 1498, los negocios de Estado y el sostenimiento del poderío español en suelos rebeldes y en tierras infiernos. Era, en fin, el alma de la nación, puesto que el abatido Monarca no hacía cosa sin someterla primero al consejo del sabio Arzobispo.

Fue servida Natura de que finara el Rey católico sus andanzas por el mundo, y la regencia dio en manos del Cardenal.

No poco tuvo que luchar para mantener los derechos del Príncipe don Carlos sobre los de los demás pretendientes, y después de conseguidos, aún tuvo que sufrir los egoísmos e impertinencias de los nobles, que no perdonaron medio de indisponerle con el nuevo Monarca.

A 19 de septiembre de 1517 desembarcó el nieto de Maximiliano de Austria y de los Reyes Católicos en Villaviciosa de Asturias.

Acudieron a recibirle muchos nobles de Castilla y descontentos del Cardenal, los cuales se encargaron muy bien de vejarle y humillarle, sembrando en el real ánimo la indiferencia.

Cisneros, que había salido al encuentro de su Soberano, tuvo que detenerse enfermo en Boceguillas, cerca de Aranda de Duero. Como le fue posible prosiguió el viaje con dirección a Mojados, lugar en que habría de celebrarse la entrevista entre Monarca y magnate; pero al llegar este a Roa, recibió aquella carta real que se ha hecho famosa, en la que se le mandaba, bajo pretexto de darle licencia para descansar, que se retirase a su diócesis y no tornara a ocuparse de los negocios de Estado y cuidados del Gobierno...

Tan honda sensación debió de hacerle esta ingratitud, florecida en un Príncipe que tanto le debía, que se le agravó el mal y feneció de pura pesadumbre el 8 de noviembre, a los ochenta y un años.

Un drama de celos

Mal suceso acaecido en Madrid la noche del 31 de marzo de 1578.

Esta polilla de los celos que un grande hombre del «Siglo áureo» llamó hijos del Amor, es tan sutil como el agua, y por ende tiene entrada en todos los corazones, así en el del Monarca como en el del más ínfimo villano.

Amor es la semilla que la desparrama y hace crecer a todo su talante y gusto.

He aquí, lector amigo, que una furibunda tromba de celos fue quien trajo por la mano este mal acaecimiento.

Ve aquí, pues, cómo las humanas pasiones, que son en cada individuo fruta sabrosa del corazón, vienen muchas veces a madurar en sucesos trascendentales que caen después con mucha justeza dentro de la historia política de un reino, habiéndose tamizado antes por las veleidades secretas de un Monarca.

***

Era por el entonces árbitro y dueño de los destinos de España el señor Rey Don Felipe II de Austria, hijo del Emperador, fuerte brazo de la Fe y gran maestro de la astucia y el disimulo.

Por muerte de su secretario de Estado, Gonzalo Pérez, arcediano de la iglesia de Sepúlveda, ocupaba este empleo desde 1576 su hijo Antonio, y por lo que se sabe lo hacía a las mil maravillas para servicio del Rey, satisfacción de los grandes, desesperación de los bajos y medro suyo.

El austero Monarca, fuera de las horas que le dejaban libre las áridas empresas del Gobierno y los piadosos deberes de su conciencia cristiana, buscaba solapadamente esparcimientos al ánimo con parrafillos amorosos dentro y fuera del Alcázar.

Además, que él pensaría muy cuerdamente que esto nunca pudiera constituir culpa, pues de coro sabía que a la diestra de Dios Padre asentaban muchos bienaventurados como María Magdalena, que si a tanto subieron fue precisamente porque amaron mucho en la tierra.

Pero he aquí que tan compenetrado estaba Antonio Pérez con su amo y señor, así en las manipulaciones gobernadoras como en los gustos privados, que dio en aficionarse de la misma dama, y miró a rendirla de igual suerte.

Era esta la Princesa de Éboli, y de ínclito Doña Ana de la Cerda, peregrina hermosura aun teniendo la desdicha de no tener más que un sol en el cielo de su cara, y ello dio ocasión a que andando los siglos la pintara de esta gentil manera la musa galante de un clérigo poeta:

«Un párpado levantado
mostraba negra pupila,
que con su fuego aniquila
cuanto una vez ha mirado;
el otro cubre caído,
como venda bienhechora,
la pupila matadora
que cerrada se ha dormido...».

Antonio Pérez parece que consiguió ser aún más dueño de la voluntad de la serenísima cortesana que el mismo Rey; pero a ambos ganó por la mano la gallardía, apostura y buena gracia de Juan de Escobedo.

No tardó mucho en enterarse el astuto secretario real, y enseguida formó determinación de tomar venganza fiera amparado por el favor del Rey, para que esta fuera más cierta.

Como por hallarse dentro de la misma intriga no podía exponer a Su Majestad la causa cierta sobre que fundaba el castigo, arguyó que era por demasiada osadía de Escobedo en el cargo de secretario con su excelencia[1] el Príncipe, y desmedido encumbramiento.

Este ya era bastante desmán para que Felipe II, partidario como Napoleón, andando los años, de que no hubiera más que dos Reyes, uno en los cielos y otro en la tierra, y que este fuese él, le pareció muy bien el arbitrio, y así abrió la mano y cerró los ojos para consentir el crimen.

Y ahora se me acude a la mente una duda perversa, que acaso, amigo lector, tenga también un vivo reflejo en la inquieta soledad de tus pensamientos.

¿No pudo ser esta misma la clave de la temprana y repentina muerte del señor Don Juan de Austria?

Subió muy deprisa así en las alas de la fama como en el corazón del pueblo.

***

Mas volvamos a nuestro discreto oficio de cronistas, dando de lado a toda digresión y parecer por nuestra cuenta.

Pensó el ministro ambicioso y desleal que el veneno era el más eficaz y callado verdugo, y a él, pues, recurrió primero que a todo otro sistema.

Con muestras de mucho afecto y estrecha amistad convidó Antonio Pérez al más fino amante de la de Éboli, a lo que este, confiado y satisfecho, no dudó en aceptar.

El «convite» estuvo en que Antonio Enríquez, mayordomo del privado, pusiera en la copa de Escobedo cada vez que bebiera (y se sabe que fue hasta dos veces) la porción de agua venenosa que cupiera en una cáscara de nuez. Mas no correspondió el resultado al propósito.

Pasaron breves días y reincidió el favorito, esta vez en su misma casa de la plaza del Cordón, e hizo asistir (sin duda para darle más carácter de intimidad) a su esposa, doña Juana Coello.

Se reforzó el agua de la anterior jornada con unos polvillos como harina, y ello fue más derechamente para los deseos del vengativo, puesto que apenas terminado el ágape se sintió el hombre con las ansias de la muerte, y a su puerta, como mendigo hambriento, estuvo por espacio de muchos días.

Durante la convalecencia, avisado o sospechoso de lo ocurrido, solo comía de una olla que le ponía una esclava, la cual no atendía a otro menester.

Pero como todo estaba prevenido para acarrearle a la otra vida, de la que nadie torna, fue ganado su cocinero por un Juan Rubio, pícaro o pinche en la cocina de Palacio, haciéndole echar en la olla de aquellos polvos de marras. Se descubrió a tiempo el «mal guisado», y pagó la esclava bailando la «zarabanda» al fin de una soga en la Plaza Mayor, y esto a ciencia y conciencia del Rey y del favorito.

---

[1] Digo excelencia tratándose de persona real, porque ya es bien sabido que Felipe II negó a su hermano el tratamiento de alteza.

Viendo el tal cuán poco adelantaba su negocio por aquellos solapados medios, resolvió acabarle radicalmente.

Se valió para ello de seis compadres de la misma calaña, cuyos nombres ha tenido la Historia capricho de conservar entre sus apergaminados folios, para ejemplo de pícaros y devoción de asesinos. Fueron el mayordomo de su señoría, Diego Martínez; Antonio Enríquez, Juan Rubio, N. Insausti, Miguel Bosque y Juan Mesa...

Todo quedó concertado y prevenido para la noche del lunes de Pascua en un callejón que había frente a los Consejos, llamado «El Camarín de la Virgen», adonde caía una puerta secreta de la casa de Éboli, por donde acostumbraba a salir Escobedo.

Se emboscaron todos en la sombra, y así como el infeliz pisó los guijos de la calle, que fue a cosa de las diez, Insausti, Rubio y Bosque se abalanzaron sobre él, y de una furibunda estocada le abrió el primero de aquellos malvados las puertas de la eternidad. Los otros tres quedaron como guardas para detener a cualquier ronda si acaso se descarriara por aquellos lugares.

De esta alevosa suerte acabaron los días del «Verdinegro», como llamaban a Escobedo el Monarca y el favorito. Y todo lo trajo el mayor monstruo del mundo, que es los celos.

***

Poco después, cuando descubierta la verdadera causa de esta venganza fue Antonio Pérez encarcelado por su amo y puesto a cuestión de tormento, parece que declaró que el mismo Monarca presenció la alevosa tragedia resguardado en el quicio de un portal, junto a la iglesia de Santa María, de cuya excelsa señora era muy devoto el grave y austero hijo del Emperador Carlos de Austria.

Y he aquí un ejemplo certísimo de cómo las pasiones humanas, que son en cada individuo frutos del corazón, vienen a veces a madurar en sucesos trascendentales que caen después con mucha justeza dentro de la historia política de un reino...

Don Rodrigo el del orgullo

Muy gran verdad es aquella de que las torres más altas son las que suelen padecer más lamentable ruina; lo afirmaría si pudiera aquel Don Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias, que en las postrimerías del reinado del tercero Filipo tuvo por suya la riqueza de España.

La intriga le hizo subir tan alto siendo tanto en la corte como el mismo Duque de Lerma, más ínfulas tenía que el Rey, más repletas estaban sus arcas que las del Tesoro real y sus haciendas eran verdaderos feudos en las que privaba como un señor de horca y cuchillo, rezagado de los tiempos en que la Católica Isabel acabó con el feudalismo en España...

Se espantaron al cabo los *covachuelos de Palacio*, que hubiese quien pudiera irles a la mano con tanta ventaja en la garra y en el orgullo y concertaron su perdición de suerte que fuese cosa segura y fatal.

Fue lo primero acusarle de haber envenenado a la Reina Margarita, de haber hechizado al Rey con bebedizos, de acaparamiento indebido de riquezas y de la muerte alevosa de un hombre.

El débil ánimo del Rey fue ganado por los múltiples enemigos del Marqués, y se le formó proceso tejido con tan sólidas mallas que fuera imposible salir de él mas que tuviese pacto con el Diablo.

Ninguna apelación, ninguna de las recusaciones que hizo de jueces, le fue admitida. Solo le quedaba la esperanza de que el Rey moribundo le indultara; así cuando oyó desde su prisión que las campanas de Madrid doblaban por la muerte del Soberano, exclamó lleno de amargura y desesperanza:

—Ya es cierta mi desventura. No tardaré mucho en seguir a Su Majestad...

***

Su misma casa de la calle de Convalecientes[2] le servía de cárcel desde el comienzo del embrollado y vengativo proceso...

Es la noche del martes 19 de octubre de 1621. Poco hace que trajera el eco desde un campanario vecino el toque de ánimas. Don Rodrigo, desde que lo oyera, se fue al reclinatorio en que a todas horas le aguardan los brazos abiertos de un crucifijo; quedamente se descorre un tapiz y en el centro de la puerta que oculta aparece la blanca figura del religioso carmelita Fray Gabriel de la Concepción...

Así como Don Rodrigo se da cuenta de que no está solo en la estancia, suspende la devoción y acude a recibir a su paternidad; entendía que fuera su confesor Fray Gabriel del Santísimo Sacramento, pero queda enterado de que una repentina dolencia le obliga a enviar sustituto, el cual, en virtud de orden recibida del Gobierno de Su Majestad, lleva la terrible misión de comunicarle que aquella será la noche postrera que pase en este valle de lágrimas.

—Pues, ¿qué le trae, padre? —pregunta Don Rodrigo.

—Deseos de pasar la noche con vuecelencia, si no enfado —responde el religioso dejando para más tarde la terrible verdad de su visita.

---

[2] Esta casa es el palacio que en la calle de San Bernardo hay esquina a la de la Estrella.

—Antes será de mucho contento el pasarla toda ella hablando de cosas que me son tan necesarias para la salud del alma, ya que el cuerpo habrá de quedarse aquí en siendo el Rey servido —replicó humilde el Marqués.

Tras esto, se comienza la charla piadosa, que por la mucha erudición de ambos personajes, más parece coloquio entre dos graves doctores de la Iglesia.

—Bien puede advertir —dice Don Rodrigo— que tengo gran deseo de trocar estas miserias de la vida temporal por las sublimes venturas de la eterna, donde todo es grande y sin mancha de pecado, y esté seguro de que iré hacia ella sin llevar en mi ánimo la más pequeña sombra de rencor contra los enemigos que me perdieron.

Piensa entonces el Padre Gabriel que por la serenidad de conciencia y olvido de todas las pasiones humanas con que habla el malaventurado, sufrirá con fuerzas el fatal advertimiento, y le dice:

—Pues, por esa misma conformidad, para dar a vuestra señoría prendas de su gloria, quiere el mismo Señor Rey de los Cielos y la Tierra venir mañana a darle las gracias por su buen propósito, pues el jueves sin más demora ha de tener vuestra señoría que emprender un largo viaje.

Por un breve espacio se quedó el Marqués con los ojos fijos en el suelo, pues en su claro entendimiento asentó muy bien el sentido de las palabras del fraile.

Se arrodilla ante su compañero y maestro de agonía, que es el Crucifijo, y dice por tres veces: «Hágase en mí, Señor, vuestra santa voluntad, que siempre, sabiendo que vos me la enviáis, paso con gusto todas las tribulaciones y congojas».

Y en ejercicios piadosos y devotas controversias pasa toda la noche, hasta que la luz primera del nuevo día entra por las empañadas vidrieras del balcón.

Se reclinó un poco sobre el duro camastro que le sirve de lecho; pero la impresión terrible que le produce el considerar que de allí a las dos de la tarde no existirá en el mundo, les quita al espíritu y al cuerpo sosiego para el descanso...

***

Se viste por sí mismo la sotana que ha de servirle de mortaja, y él mismo corta el cuello de la prenda para dejar más desembarazado al verdugo el sitio por donde tiene de quitarle la vida.

Al advertir que no campa sobre el pecho la cruz de Santiago, de cuya Orden es comendador, pide que luego se la pongan, a lo que el confesor le dice que así ha de ir porque está mandado; mas en lo que de él dependa, el reo ha de ir honrado a la muerte, y por ello pide la capa de su uso, en la que está bordada la venerable enseña...

En un reloj cercano suenan pausadamente nueve campanadas que marcan la hora de aquella mañana, última que ha de vivir Don Rodrigo, cuando entra en el aposento el Alcalde de Corte Don Pedro de Mansilla, grande amigo de S. E. y deudor de su jerarquía.

Un gran espacio hablan solos, como de hermano a hermano. En los ojos de Siete Iglesias brilla una entereza melancólica, en los del usía asoman lágrimas; en la voz de Don Rodrigo hay blandura y humildad, en la de Don Pedro lamentos y censuras, aunque también hay un elogio para el austero magistrado Don Diego del Corral, que fue el único miembro del tribunal que se negara a poner su firma al pie de la cruel sentencia.

Son las diez y tres cuartos cuando Fr. Gregorio de Pedrosa entra diciendo con voz que en vano pugna por hacer entera:

—Ya dicen que nos llama Dios, y que es hora de irle a buscar.

Don Rodrigo besa la tierra, se alza y dice con gran mansedumbre:

—Puesto que Dios nos llama, vayamos deprisa.

Se quita la capa de caballero y un lacayo de su servidumbre acude a ponerle el capuz.

Y aquí es donde realmente sufre el malaventurado la primera congoja de su agonía. Se demuda tanto al romper a andar que ya parece que está difunto, y tiene necesidad de apoyarse en el hombro del agonizante para no dar en el suelo:

—¡Padre mío! —le dice—, muy flaco me siento de cuerpo y de alma.

De entre las muchas y hermosas mulas que componían sus vastas caballerizas, hay una por la que S. E. tenía particular predilección, y esta es la que, ricamente enjaezada, le espera para hacer la vía hasta el cadalso.

Después de que por sí, sin ayuda de alguien, cabalga sobre ella, acude el verdugo para atarle las piernas con un galón negro por debajo de la cincha.

—No me ates, amigo, ¿piensas que me voy a ir? —le amonestó el Marqués.

Le aconseja el confesor que se sosiegue, pues ello es necesario por ser orden superior, y humilde, se deja entrabar...

Calle de Convalecientes arriba marcha el fúnebre cortejo, y aquel infeliz caballero, tan odiado poco antes, camina sobre un río de sinceras lágrimas. El pueblo que tantas veces hubo de gritar «¿Por qué no se le castiga?», dice ahora «¿Por qué no se le perdona?»; pero no tiene alma para reparar aquella bárbara injusticia que se va a acometer en nombre del Rey.

Se ha dado orden de que no se pida limosna para los sufragios de su alma como es costumbre con los reos ordinarios, y también se ha prevenido que las campanillas de las cofradías y el pregonero vayan muy delante, de suerte que Don Rodrigo no se dé cuenta.

Ante la puerta de Santo Domingo el Real se echa el primer pregón:

«Estas son la justicia y la sentencia que manda hacer el Rey Nuestro Señor a este hombre porque mató a otro alevosamente y por la culpa que tuvo en la muerte de otro hombre y otros delitos que del proceso resultan, por los cuales le manda degollar. Quien tal hizo, que tal pague».

Siguen por los Caños del Peral y le pasan por las casas de cada uno de sus jueces, que ya se miró bien a tiempo de hacer el itinerario, de suerte que no falte una.

Así en cuanto se mira en la calle Mayor rehúsa el entrar en la plaza por el callejón común a los reos, que es el que dicen de la *Amargura*. Por un momento cede el paso la humildad cristiana al orgullo del caballero y protesta con firme voz:

—Yo no soy criminal ni traidor al Rey, soy un hombre honrado que va a sacrificar su vida por la envidia y el rencor de sus émulos...

***

¡Cuán honrado sube los peldaños del suplicio...! Advierte que el patíbulo no está enlutado como a su alcurnia corresponde y hace protesta de ello.

Así como dicen que César se cuidó de caer bien al morir, Don Rodrigo tiene notable empeño en no hacer mala figura en la hora suprema, y en cuanto lo consigue torna a poner en su alma la humildad y mansedumbre que es bien tenga todo cristiano.

Su única y postrera mira es que el verdugo le hinque el cuchillo por la garganta, como a caballero, y no por detrás como es uso con los traidores[3].

Le venda el verdugo los ojos con una cinta de seda negra que el mismo reo trae prevenida en la faltriquera, le mandan los agonizantes que rece el credo, y, mientras lo hace, con su misma diestra se aparta la espesa barba, crecida de treinta y dos meses, a fin de dejar llano el camino de la mortal cuchilla...

A las primeras palabras de la oración le entra fieramente el acero por la garganta, y en un borbotón de sangre se le fue la vida...

***

Ejemplar y cristiana fue la muerte de Don Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias y Conde la Oliva.

Al correr su sangre por las tablas del cadalso parecía buscar su cauce en las conciencias romas de Olivares y de Felipe IV el Grande, a la manera de los pozos, que cuanta más tierra se les quita son mayores...

[3] Por esta entereza de alma dijo el vulgo el adagio vulgar: *Andar más honrado que Don Rodrigo en la horca*, y bien se ve cómo erró en esto, puesto que no fue ahorcado sino degollado.

Todo lo puede la intriga

Comenzaba el abril florido y bello con ansias de verano, que era gala de la tierra.

Las verdes riberas del *Manzanares*, «arroyo aprendiz de río...», comenzaban a verse pobladas de gente bullanguera que en el rasgueo de las vihuelas, en la donosura de las coplas y en la agilidad de los pies (que en los bailes al uso se trenzaban), querían solaz y esparcimiento, aunque no tan pacíficamente que no acabaran por salir con los cascos rotos.

Lo más granado de la corte, y aun los mismos Soberanos, acontecían tener a bien el codearse con el pueblo y gustar de lo agradable de la estación y algazara franca, como en la gente madrileña es costumbre.

El Soberano era joven y tenía despierto humor. No parecía sacar la vena huraña de su abuelo, ni la fanática de su padre.

Felipe IV solo recordaba al autor de sus días en la indolencia y en el poco amor al oficio, pues entendía que el ser primer ciudadano de un reino consistía solo en hacer cuanto le viniera en voluntad y exprimir al pueblo hasta la última gota de sangre, teniéndole muy sin cuidado que a la sombra de su abulia medrasen la intriga y el crimen.

El Conde-Duque de Olivares fue rey de España; a su antojo y codicia estuvieron sujetos por muchos años los destinos de esta malaventurada y sufrida república.

Fue el primer cuidado el del favorito el de perseguir y anular a cuantos medraron en el reinado anterior; y aunque preciso es reconocer que en algunos, como el Duque de Uceda, hizo justicia al darles la cárcel por cabo de la vida y antesala de la muerte, en otros, como el magnífico Don Pedro Téllez de Girón, Duque de Osuna, dio rienda suelta al rencor y a la envidia.

Sabido es que este ilustre magnate, a quien tanto deben las doradas letras de entonces, por haber sido amparador y mecenas de los más notables ingenios que a este tiempo brillan en las cumbres del Parnaso con luz clarísima y propia, tuvo durante la Monarquía del otro Rey gran influencia y notable predicamento. Rigió los negocios de España en Sicilia y Nápoles, teniendo la más escogida corte que pudiera soñar un Soberano, puesto que toda ella estaba compuesta por artistas y poetas, entre los que privaba como sol de todos Don Francisco de Quevedo y Villegas, que también sufrió persecución por la injusticia, muriendo pobre y olvidado.

Más de un año hacía que Don Pedro Téllez asistía en la corte, pretendiendo que se le hiciera justicia del abandono de su persona y desprecio de sus méritos en que le tenía Su Majestad.

Por mejor olvidar las pesadumbres, ostentaba los pudorosos ocasos de su grandeza, que fue extremada y se hizo famosa, llegando a ser escándalo de tacaños y sombras de pródigos.

Su indumentaria, su mesa y su tren eran tan ricos, que a los del mismo Monarca hacían sombra, y más satélites tenía en su alrededor que Febo, padre del día.

Las envidias, que tan villanamente le habían arrancado de los virreinatos de Italia, comenzaron de nuevo a hincar el diente en su fama, diciendo que tanto lujo y desmedida ostentación no podía ser otra cosa que lo que había estafado al Tesoro real, y que por bastante menos había muchos infelices remando sin sueldo en las galeras del Rey.

Raro era el día que no escuchara Olivares la voz de algún maldiciente que le dijera:

—Pero, vuecencia, señor Don Gaspar, férreo sostén de la Corona de España, ¿no tiene ojos para ver que ese hombre es el cinismo que anda suelto por la villa y que no hay paciencia ni decoro

que puedan consentirlo? Trátele, señor, como se tiene merecido; mire que algún día puede caer en ello Su Majestad y dará en pedirle cuentas.

Y cuando el malquerencioso faltase, allí estaba la sátira venenosa de algún poetilla postergado por el de Osuna, que después de burlarse con no mucho ingenio de la cohorte poética de Su Excelencia, finaba con llamarle ladrón y otras lindezas, que hacían aparecer vida tan honrada e ilustre como fruta de cuelga.

Uno y otro día tejiendo tan malas voluntades en el ánimo enconado del Conde-Duque, dieron por resultado el florecimiento de la intriga, que vino, en fin, a perder al viejo ministro de Felipe III.

Secretamente, como proceso de Estado, se llevó a cabo este asunto; tanto que, teniendo el de Osuna muchos amigos, no hubo uno solo que pudiera advertirle del grande riesgo que corría.

Tranquilo se hallaba en su mansión, empleado en el recreo de sus más valiosas e insignes amistades (que eran los libros), la noche del 7 de abril de 1621, cuando unos fuertes aldabonazos, dados en el postigo, vinieron a alborotarle la atención del estudio.

La forma de llamar era tan rara y descortés, que no daba lugar a presumir que la mano alborotadora fuese muy amiga.

Quitó los ojos del libro y esperó.

Volvió el estrépito, y a poco advirtió el descorrer de cerrojos, el chirriar de cadenas y el girar del pesado postigo. Voces de gente descomedida, tintineo de espuelas y ruido de arneses.

—Señor —exclamó un paje, entrando en la estancia ducal todo azorado y medroso—, salve la vida vuecencia, que vienen a prenderle.

—¿Quién? —preguntó el prócer.

—Tropas de Su Majestad —respondió el mozo. Y a este tiempo entraba descortésmente en la Cámara Don Agustín Mejía, Consejero de Estado, y el Marqués de Tovar, capitán de la Guardia.

—En nombre del Rey, Señor Don Pedro —dijo este—, daos preso.

—¿Por qué? —inquirió Su Excelencia.

—Eso, ya lo sabrá —le contestó el Consejero—. A nosotros no nos cumple más que esto.

El aposento se había llenado de gente de armas que rodeaban al Duque, y sin permitirle tomar otras prendas de su vestido que la capa y el sombrero, le pusieron en medio y salieron con él.

La intriga y el rencor habían triunfado.

Mal le supo al pueblo esta determinación tan fuera de tiempo, y se extrañó mucho de que no se hubieran tenido en cuenta los grandes servicios que tenía prestados a la Corona, y dicen que muchos de los que antes preguntaban: «¿Por qué no se le prende?», decían después: «¿Por qué no se le suelta?».

También el luminoso sagitario de los espejuelos, Don Francisco de Quevedo, padeció pena de prisión y confiscación de bienes por su alma esclava del amor del Duque, que de bien nacidos es el seguir la senda de los bienhechores, así en la ventura como en la desgracia...

El Conde-Duque

Don Melchor Gaspar y Baltasar de Guzmán fue el dueño y señor de España durante el primer tercio de la *dorada centuria*. La nación toda se movía a su capricho y gusto y no había otra voluntad sobre la suya, ni la del mismo Monarca, pues ya se curaba él de alejarle dulcemente de los cuidados del Gobierno y decirle a cada paso que no había cosa tan ingrata y pesada como el gobernar.

Felipe IV, que parecía no haber nacido sino para holgarse y gozar de los placeres de la vida, creyó muy de veras las palabras de su privado y en él abandonó por entero los cuidados del reino.

El Monarca reinaba en los vergeles del Buen Retiro, en los cotos de *El Pardo* y *Riofrío*, en los corazones de las damas de Palacio y en los aposentos de las comediantas...; de allí no pasaba su monarquía, y aun hubo que agradecerle que las pocas veces que se acordó de que era Rey hizo bueno al Conde-Duque.

Este hombre fue un caso de voluntad y un maestro de la intriga, a la que debió su encumbramiento.

Entró en Palacio como ayo del Príncipe de Asturias, muy contra la voluntad de este, a quien no fue simpático; pero a fuerza de una constante labor aduladora fue ganando de suerte el corazón de su señor, que después le fue tan necesario como el aire que respiraba, llegando a tener sobre él tal dominio y tan notable ascendiente, que muchas se dudaba de que estuviesen trocados los papeles.

Don Gaspar de Guzmán era hijo segundo del señor Don Enrique, Conde de Olivares, Contador mayor de Castilla, Alcaide de los alcázares de Sevilla, Virrey de las Dos Sicilias y Embajador de España en Roma, donde vino a nacer el Privado por los años de 1587.

Estudió en la docta Universidad de Salamanca y fue lector de ella. Felipe III le concedió una encomienda, uniendo de esta suerte a la toga de las escuelas el hábito militar del Orden de Calatrava.

A la muerte de su padre, como faltaba el mayorazgo, se vincularon en él los títulos de la familia.

En 1607 matrimonió con su prima hermana Doña Inés de Zúñiga, dama de la Reina Doña Margarita e hija de aquel insigne Virrey del Perú que murió tan pobre que la Audiencia de Lima tuvo que enterrarle de limosna.

Aún no había cumplido Don Gaspar los veinticuatro años cuando pretendió la Embajada de Roma, más que por interés de servirla por jactancia de desempeñar tal empleo con tan poca edad.

En 1615, protegido por el Duque de Lerma, fue nombrado gentilhombre de la cámara del Príncipe, y de aquí adelante creció su encumbramiento como la espuma hasta ser árbitro y señor de los destinos de España.

Aunque de entonces a acá es gloriosamente conocido merced a los magníficos traslados que de su persona hizo el maravilloso pincel de Don Diego Velázquez, trataré de bosquejarle a pluma...

Era su excelencia de alta estatura sin dar en la demasía, aunque le hacía algo arrumbado de espaldas; por ello solía decir en los ratos de buen humor que los verdugos habían ahorrado mucho con que él no saliera pícaro ni rufián, pues tenía un envés que pedía los azotes como los peces el agua...

El rostro era largo, la frente amplia; pero, como traía peluca muy echada hacia adelante, parecía mezquina y oprimida. Los ojos eran vivos y pequeños, y a veces, cuando estaba colérico, le brillaban como de gato.

La color del rostro era trigueña, y cuando empalidecía más tiraba a verdosa que a blanca.

El ingenio lo tenía agudo y elevado, siendo elocuente y ampuloso en los discursos. En apariencias parecía asequible y fácil de convencer, pero en el fondo era invulnerable, y nadie hubo que pudiera jactarse de conocer su alma.

La salud era sanísima; a ello contribuía sobre todas las preocupaciones y cuidados la frugalidad que observaba en la mesa. Comía no más de lo preciso para mantenerse bien, sin que el comer constituyera ni un gusto ni un vicio. El agua era su bebida predilecta, pues el vino lo empleaba solamente para tonificar el estómago.

Una hora antes de amanecer, así en verano como en invierno, dejaba la blandura del lecho y trabajaba en su estudio hasta la hora de despachar con el Monarca, que solía ser entre nueve y diez de la mañana.

En la asistencia de los servicios personales al Rey era tan puntual, celoso y diligente, que este no se ponía vestido que aquel no viese primero, ni se encajaba camisa que no pasara por sus manos...

***

Cuando el príncipe de Asturias subió al trono, solo fio en Olivares; asimismo el pueblo, pues había echado a volar tan admirables planes políticos, que de él solo se esperaba el florecimiento de España.

Mas puesto en el Poder, no fue ni mejor ni peor que los otros, pues todos hicieron como él, que fue atender a su medro y conveniencia, mas que todo se lo llevase la trampa.

Con sus despotismos y desmanes trajo el enfado de los aragoneses, la rebelión de Cataluña y la pérdida de Portugal, y esta fue la primera vez que el Monarca despertó un poco de su sueño y se dio cuenta de cómo el Privado le llevaba fatalmente a estrellarse contra la enemiga de las Cortes y del pueblo, y comenzó a separarle con desvíos hasta que enteramente se le apartó de su lado.

***

Las postrimerías del valimiento de Olivares se dan con más precisión en unas cartas perdidas, escritas en distintas fechas, que han llegado a nuestras manos, y, por lo que parece, son de algún covachuelo o cuando menos de algún pretendiente asiduo concurridor a las Losas de Palacio.

Van a continuación, algo refundidas, porque la acción del tiempo halas quebrantado mucho...

***

10 de diciembre de 1642.

Núñez de Guzmán anda hace unos días con mala color en el rostro y mucha flojedad en los andares, así como si estuviera enfermo. No cruza ya las *Losas* con aquella premura estudiada de hará poco, respondiendo con excusas a los pretendientes, mirando con altanería a los palaciegos y tratando como a iguales a los príncipes de la Iglesia.

Tampoco las gentes le ofrecen con tanta cordialidad los respetos, y alguno que le debe tanto como la posición en que se halla le vuelve la espalda por ahorrarse el saludo.

Las sátiras que contra él andaban por la villa, ahora han entrado en los patios de Palacio, han subido las escaleras, han cruzado por corredores y antecámaras y han llegado al Rey.

Ese Portugal perdido, ese Aragón descontento y esa Cataluña levantisca le han hecho tanto daño a su excelencia que es muy de temer que su privanza esté herida de muerte.

En la Reina Doña Isabel tiene el peor enemigo cerca del Rey; culpa primordial de esto parece que es la Condesa, que desde consiguió la almohada han confundido el empleo de dama de honor con el de celosa carcelera y no deja a Su Majestad un punto...

20 de diciembre de 1642.

Veinte años de apretada tiranía han caído hoy en el vacío.

Parece que a su excelencia se le tornará el turrón en rejalgar de lo fino.

Como ya el Príncipe Don Baltasar Carlos (q. D. g.) cumplió los dieciséis años, ha decidido el Rey sacarle de la tutoría y cuido de las damas, poniéndole casa. Ya miró a hacerlo antes de ahora queriendo darle entrada en los Consejos; pero siempre se lo quitó de la cabeza Olivares, porque con ello veía peligrar su ascendiente, que el egregio mozo no parece de la savia pasiva e indolente de su padre. Mirando este al cuidado de poner casa a su primogénito, hizo de su mano una lista de los criados que habrían de acompañar a Su Alteza y se la dio al Conde-Duque para que la fuese proveyendo; la repasó este como hasta allí tenía por costumbre con todos los papeles y puso no sé qué reparos a alguno de los nombres; se le quedó el Rey mirando y al fin exclamó:

—Estos criados han de servir y no otros, y de aquí adelante, en cosa que yo determine no volváis a replicarme, porque sentiréis mi enojo...

Fue la primera vez que de labios del Soberano escuchara tan ásperas razones.

Pidió perdón y prosiguió el despacho.

Al tratar qué habitaciones podrían ser buenas para alojar a Su Alteza, propuso Olivares las del Infante Cardenal, a lo que todo descompuesto replicó el Monarca:

— Y, ¿por qué, Conde, no estará mejor en las que vos habitáis ahora? En ellas estuvo mi padre y estuve yo cuando éramos príncipes; desocupadlas, pues, inmediatamente y tomad casa fuera de Palacio...

17 de enero de 1643.

Su Majestad ha salido de caza.

Antes de salir ha dejado un billete para el Privado, que es cédula de destierro. Dice así:

«Muchas veces me habéis pedido licencia para retiraros y no he venido en dárosla, y ahora os la doy para que lo hagáis luego adonde os pareciese, para que miréis por vuestra salud y vuestro sosiego...».

Guzmán ha recibido la orden sosegado y humildemente como si la estuviera esperando, y en este mismo día partió para su villa de Loeches...

25 de febrero de 1643.

Ningún duelo ha causado en la corte y fuera de ella la desgracia del Conde-Duque, antes con universal regocijo ha sido celebrada y se tiene por un gran bien acaecido a la república.

Así y todo, dicen que el Rey en el momento de apartarle de su servicio no le trató con extrema dureza, sino que blandamente pasó noticia de su determinación a los Consejos, fundando su determinación en la no buena salud de su excelencia, y ha consentido en que la Condesa continúe asistiendo a Palacio.

En las puertas del Alcázar amaneció esta mañana pegado un pasquín que dice:

Ahora serás Felipe el Grande, pues el Conde-Duque no te hará pequeño.

Y un papel con esta redondilla:
El día de San Antonio
se hicieron milagros dos,
pues comenzó a reinar Dios
y del Rey se echó al demonio.

Entre los muchos papeles que han salido festejando la mala estrella del Privado hay uno que dice entre otras muchas cosas:

«Prometió a Vuestra Majestad a su entrada hacerle el Monarca más rico del mundo, y después de haber sacado en estos reinos más de 200 millones en veintidós años, le ha dejado en suma pobreza. Mire Vuestra Majestad qué bien cumplió su palabra.

A Vuestra Majestad le ha sucedido puntualmente lo que al señor Rey Don Enrique el tercero, que cuando los grandes estaban muy sobrados le servían una espalda de carnero, y aun no se dice de aquel tiempo que faltara la botica de Palacio como en este... En tiempos de su abuelo de Vuestra Majestad, ningún presidente tuvo más de un cuento de maravedís por salario ni el consejero más de medio, e iban al Consejo en unas mulas y con un lacayo, teniendo en sus casas unos guadamecíes y lienzos de Flandes que costaban seis reales, y ahora tienen las caballerizas más cumplidas que los grandes y tantas telas de tapicerías ricas, que no son tales las de Vuestra Majestad; de suerte, que ellos son los grandes de en tiempo del Rey Don Enrique...».

Contra estos papeles y en defensa del caído, se ha publicado uno muy mordaz y atrevido que dicen que es de Don Francisco de Rojas; se titula:

Nicandro o antídoto contra las calumnias que la ignorancia y la envidia han esparcido para destruir y manchar las heroicas e inmortales acciones del Conde-Duque después de su retirada.

24 de enero de 1644.

A los pocos días de estar el Conde-Duque retirado en Loeches, pidió licencia al Rey para trasladarse a Toro, y allí, tanto por consideración de la villa como por no perder la costumbre autoritaria, aunque fuese en pequeña cantidad, fue regidor.

Aun en esta quietud aldeana, le ha perseguido el encono de los que no le quieren bien y no perdonan medio para procurarle el mismo acabamiento que el Marqués de Siete Iglesias.

Ya es cumplido un año de que cayera en desgracia.

Está que no es conocido de humilde, solícito y curado de vanidades. Dice el Concejo que nunca hubo en Toro tan celoso corregidor...

24 de julio de 1645.

De mañana le llegó al desterrado correo de la corte. Llevaba carta de Su Majestad.

Con ansia parece que la tomó su excelencia, como agua de nieve en el verano, y le ha sido su lectura golpe mortal.

Se ha sabido que era este el último párrafo de la carta:

«... en fin, Conde, yo he de reinar y mi hijo se ha de coronar en Aragón, y no es esto muy fácil si no entrego vuestra cabeza a mis vasallos, que a una vez la piden todos y es preciso no disgustarles más...».

Por más de dos horas quedó el malaventurado suspenso con el cruel pliego entre las manos. Se echó en la cama, y llorando se pasó el día diciendo cómo era cierta su muerte.

Al once día perdió la razón y dio en no comer. De esta suerte estuvo cuatro fechas, al cabo de las cuales recobró enteramente el juicio y pidió confesarse. Le llevaron el 17 la imagen de la Soledad y una canilla de San Ildefonso, que adoró con mucho fervor. Pidió luego de comer y lo hizo con gran exceso, tanto que ello aceleró su fin, pues murió el día 22, siendo las nueve de la mañana.

¡Dios le tenga en su santa gloria! Y las pesadumbres que ha sufrido en estos últimos dos años, tómeselas como descargo de su vida y milagros en más de cuatro lustros que fue rey absoluto de España.

Le embalsamaron el 24. Le sacaron agua como para llenar un cántaro. El corazón era de un tamaño asombroso.

No le pusieron mortaja alguna, sino que le vistieron como él usaba en la corte: calzón y ropilla de seda noguerada, con bordados de oro, botas blancas y espuelas doradas, guantes bordados, sombrero blanco con cuatro plumas doradas, manto capitular de la Orden de Alcántara y bengala de general.

Le llevaron a la iglesia de San Ildefonso, y le colocaron en la misma tribuna en que tenía por costumbre de oír la misa.

El sábado 29, cumpliendo su postrera voluntad, trasladarán el cuerpo a la villa de Loeches...

¡Dios sea con su ánima!

El confesor de la Reina

25 de febrero de 1669.

¡Cuán cierto es que pobre porfiado saca limosna y que la piedra más dura la socava y hiende la constante gota de agua!

Durante muchos años estuvo la nación española mostrando su descontento y enemiga por aquel ambicioso jesuita Everardo de Nithard, que para director espiritual de la Reina Doña Mariana vino de la tierra tudesca, y tan tenaz fue la constancia, que al cabo de los días consiguió ver salir para siempre de entre nosotros impopular discípulo de Íñigo de Loyola.

Doña Mariana de Austria, de suyo fanática y de no buenos instintos, puesto que, en lugar de atender a su desdichado hijo Carlos II con los solícitos cuidados y extremas atenciones que suelen las buenas madres, no procuró sino cultivarle las dolencias del cuerpo y sobresaltos del espíritu, fue ascendiendo al fraile intrigante desde el tribunal de la penitencia al estrado de los Consejos, y hay quien dice que hasta su mismo corazón.

Es lo cierto que no hubo para ella, durante la minoría del Rey, más voluntad ni más afectos que los del padre confesor, quien, habiendo asentado en la corte con la humildad hipócrita y aleve de los individuos de su Orden, fue alzándose, de suerte que, desde 1665 a 1669, fue el verdadero Soberano de la Monarquía española.

Para sostenerse tenazmente como árbitro y señor de los destinos de la república, le importó poco a la voluntariosa Reina desatender a Don Juan de Austria, que amenazaba con envolver a España en los horrores de una guerra civil, ni menos menoscabar a la grandeza, cometer atrocidades, como la mala muerte de Malladas, al que, con pretexto de que había venido desde Zaragoza para atentar contra la vida del confesor, mandó ejecutar secretamente, sin formación de causa.

Don Juan, que se hallaba a la sazón con sus tropas a diez leguas de la corte, amenazó con no entrar en ella mansamente si no salía el Padre Nithard, causa inicial de todas las lacerías de las que agonizaba el reino.

Y tan mal se vio el partido que, contra el parecer de la orgullosa austríaca, acordaron los Consejos la expulsión de Su Excelencia.

Los mismos hermanos de su Orden se creyeron en el caso de persuadirle a que se marchase, aunque tampoco lo hacían por beneficiar a la opinión, sino por asegurarse ellos, atendiendo a que el pueblo, en su encono, antes que «¡Abajo el Padre Nithard!», gritaba: «¡Muera el jesuita!».

Y... al cabo, la Reina no pudo negarse a firmar la carta de destierro. Y cuenta que le costó más lágrimas que tinta.

Así y todo, quiso despedirle con todos los honores, como si más que desterrado por mal ministro le diera licencia por motivos de salud, dejándole en el usufructo de sus altos empleos.

No habiendo, pues, otro remedio, se dispuso a partir de España el que jamás debió venir a ella. Era el hombre muy pedante, y tan llena de humo traía la mollera como falta de talento, y así hizo mil ridículas majaderías antes de determinarse a partir. El día antes, que era domingo, lo pasó orando ante una imagen de Jesús en el Huerto, y ello, más que por verdadera fe, lo hacía por imitar aquellos crueles momentos que pasó Cristo antes de caer en la inhumanidad y desagradecimiento de los hombres. Se azotó y encarneció de manera que lo viesen sus familiares y pajes, para que lo contasen después por la villa. Escribió luego una despedida a Su Majestad, tan farragosa, huera y

antiliteraria, que ella solo (si no tuviese sobre su conciencia tan graves culpas) fuese bastante ocasión para el destierro…

***

Obra sería de las cuatro de la tarde cuando entró en la calle de Corito[4], donde se asentaba el Palacio de la Inquisición, la carroza del Cardenal Arzobispo de Toledo, llevando por escolta los ministros de la Suprema y algunos caballeros, que en pleitesía de la Reina Madreo se ofrecieron a acompañar al expulsado.

La calle hervía de gente, que no dejaba de alborotar, lanzando denuestos y maldiciones contra Nithard. Eran los laudos que el desdichado oía como adiós de los madrileños...

Poco después apareció el Padre Everardo en la puerta de la mansión inquisitorial, sin más equipaje que un libro de rezos en la diestra.

Se acrecentaron los silbidos y denuestos, y aun fue mucho que los más exaltados no llegaran a poner sus manos en el religioso. Entró al fin en el coche, y dicen que los que estaban más cercanos le oyeron decir, con voz cortada, que pugnaba por ser de evangélica humildad y no era sino de sordo rencor:

—«¡Callad, hijos, que ya me voy!».

Se colocó a la derecha del Cardenal, que debía acompañarle hasta las afueras, y enseguida partió el coche a buen paso, dando un rodeo para no entrar en la calle de Leganitos, en donde los partidarios de Don Juan estaban apercibidos para dar su despedida al forzado viajero.

Así y todo, no pudo evitársele el regalo de una lluvia de piedras con que le obsequió un grupo apostado en la Cuesta de Doña María de Aragón.

A punto de anochecer llegó la comitiva al pueblo de Fuencarral. El Primado de las Españas dio por finada en aquel lugar su cortesía, y se tornó a la corte, no sin dejar al desterrado recibiendo muestras de afecto y regalos de la Reina beata, borrón de la Monarquía y desdicha de España...

[4] Hoy calle de Torrija.

Un favorito en desgracia

Muchos ejemplos de ruina de altas torres del favoritismo registra el libro de la Historia, y en todos ellos no se ve el mal fin y desdichada suerte de un hombre ilustre, sino el justo castigo de un ambicioso, que antes hubo de atender al propio medro que a la prosperidad de los altos destinos que el azar puso en sus manos.

Quiero hoy traer a cuento la ruidosa caída de aquel mimado del favor real que fue en el siglo Don Fernando de Valenzuela.

Mas este no cayó como sus antecesores Luna, Lerma y Olivares, por hastío del Soberano en turno, sino a la saña de sus enemigos políticos y personales, que quisieron protestar sobre el galán favorito el amor licencioso de la Reina.

Este Don Fernando (q. D. h.) no tenía otros méritos para ser primer ministro que el ser buen mozo y de muy cortesanas prendas (hasta tenía sus puntas y collares de poeta). Así se metió, como por viña vendimiada, por el avellanado corazón de doña Mariana de Austria, madre y regente del malaventurado Carlos II.

Llegó un tiempo en que el escándalo comprometió de manera tan grave la majestad del trono, que parte de la grandeza se decidió a quitar la ocasión, apoderándose del privado.

El infeliz Monarca, víctima de las banalidades de su madre, influido en todo por ella, fue quien procuró, de acuerdo con el prior del Monasterio de El Escorial, la huida del ministro residenciado. Mas no había medio de sacar a su excelencia de Madrid sin que lo advirtieran sus contrarios, puesto que a toda hora velaban, y así fue menester una noche fría y lluviosa, que fue la del 24 de diciembre de 1676. ¡Mala Nochebuena le esperaba al triste Don Fernando!

En la tarde de aquel señalado día recibió fray Marcos de Herrera, prior del histórico Monasterio, un papel escrito de puño y letra del Monarca, que decía: «Mañana al amanecer».

El buen religioso, a pesar de la crudeza del tiempo, fue puntual a la cita.

El «caído» salió de Palacio acompañado por Don Alonso de Herreros, oficial de la Secretaría de Estado, única persona que le era adicta en la adversidad. En otro coche con dos monjes esperaba el prior. Les seguía una escolta de veinte soldados.

Así como se hallaron, emprendieron la triste jornada por distintos caminos: Valenzuela por El Pardo, y fray Marcos por Torrelodones.

La noche era infernal, de las peores de aquel crudísimo invierno. La lluvia caía torrencialmente; los arroyos habían crecido con tal caudal que, al vadear muchos de ellos, entraba el agua en los carruajes.

Después de mil riesgos llegaron al Real Sitio en la tarde de aquel mismo día.

Aunque pocos favores debió el prior al ministro cuando estuvo en auge, le trató la comunidad con toda suerte de comodidades y respetos. Su excelencia solía consolarse de su desdicha con la charla docta y amena de los religiosos, y con mirar desde las ventanas de su aposento el camino que llevaba a la corte, en donde su grandeza quedara por tan entero fenecida.

***

Era una tarde serena de enero que pugnaba con mucha fortuna remedar las del abril florido. Distraído estaba Don Fernando en mirar la esplendidez del paisaje, cuando allá, en un recodo del

camino, vio aparecer nutrido tropel de gente de a caballo. Presto conoció que eran soldados, y, pensando que no a otra cosa que a buscarle podían venir, acudió a buscar amparo en fray Marcos de Herrera. Este salió al encuentro de la tropa, hasta la puerta del Monasterio.

Se componía la fuerza de quinientos soldados de caballería, al mando del Duque de Medina-Sidonia, al que acompañaban Don Antonio de Toledo, primogénito de la casa de Alba; el Marqués de Falces, Don Luis de Peralta, el Conde de Fuentes, el Marqués de Valparaíso y Don Bernardino Sarmiento, capitán de la artillería de Cataluña, cuyo título debía al mismo favorito en desgracia.

El venerable prelado invitó cortésmente a los jefes; pero estos, no queriendo ser más de hombres de guerra, rechazaron el ofrecimiento.

—Nada queremos —habló por todos Don Antonio de Toledo— sino que nos entreguéis a Valenzuela.

Sin desconcertarse fray Marcos, le respondió que lo haría tan pronto como fuesen servidos de mostrarles la orden escrita que Su Majestad les diera.

Replicaron ellos que la orden la traían de palabra, a lo que tornó a replicar el religioso que de esa manera no entregaría el preso, demás que allí estaba amparado por el derecho de inmunidad que disfruta todo lugar sagrado.

El furor de los enemigos de Don Fernando fue grande, y se desataron en denuestos contra la comunidad; pero no pudieron otra cosa más que cercar el formidable recinto, para evitar la fuga de su excelencia.

Al día siguiente, después de dar al enérgico prior toda clase de seguridades de que sería respetada la persona de Valenzuela, y retirada toda la fuerza, tuvieron con el perseguido, y ante toda la comunidad, una entrevista el de Medina-Sidonia y el de Alba, de la que este no salió muy bien parado por Don Fernando, el cual le echó en cara, valientemente, cuantos favores le debía y que se prestara en pago a ser cabeza de motín para acudir a prenderle.

Medina-Sidonia procuraba convencer a Valenzuela de que se entregase por su voluntad, con lo que evitaría mayores males; pero escuchando las justificadas quejas del ministro contra Toledo, acabó por decir:

—Confieso que, si tanto bien se me hubiera hecho, nunca me apartara de vuecelencia.

Viendo que nada lograban por la vía diplomática, miraron si les estaría mejor por la fuerza, para lo cual aumentaron las guardas de fuera y colocaron algunas en el interior de los claustros.

El prior, advirtiendo cómo el peligro crecía y que al fin se apoderarían del malaventurado, escogió un escondrijo, a espaldas de la iglesia, encima del dormitorio del Rey, y le trasladó allí, aconsejándole paciencia y quietud. Si no era la libertad, ninguna otra cosa podría echar de menos.

Al fin, los enemigos decidieron no esperar más dilaciones; allanaron el Monasterio y rompieron la clausura. Fulminó fray Marcos en ceremonia solemne todos los anatemas de la Iglesia; pero ni esto les contuvo, que en todas partes ponían el pie como en país conquistado.

Don Fernando, lleno de pavor, oía desde su escondite el ir y venir de sus perseguidores, y no pensaba sino en que su vida se encontraba en los mismos umbrales de la muerte. Creía que en ningún sitio había tanto peligro como en su escondite, y miró a ponerse en salvo.

Con la ropa de la cama hizo una cuerda, y atándola a la ventana, se descolgó por el empizarrado, yendo a parar a uno de los desvanes de la iglesia. Desde allí salió aturdido al claustro principal, donde se topó con un centinela. A su vista, se quedó el que huía como de mármol; mas un

resplandorcillo que de su pasada estrella le quedara quiso que la guarda que le reconoció fuese buen hombre y mal soldado, y así dejándole libre el paso, le dijo:

—Vaya con Dios vuecelencia por este claustro adelante; el santo y seña es «Bruselas».

Siguió el huido llorando de agradecimiento hasta dar en el dormitorio de novicios, quienes procuraron ocultarle en un camaranchón de la biblioteca, detrás de un cuadro grande; pero así como primero había tropezado con un alma buena, dio después con otra perversa arrinconada en el corpacho de un lego llamado Juan Rodríguez, que le delató a Don Antonio de Toledo.

En aquella misma noche, que era la del 22 de diciembre de 1677, y tal como fue hallado a medio vestir, se emprendió el viaje hasta Las Rozas, adonde Don Juan de Austria («el Pequeño»), que ya le había sucedido en el ministerio, envió orden de que, sin entrarle en Madrid, se le llevase a la fortaleza de Consuegra...

***

Triste fin por el favor de una Reina tuvo el ambicioso y galante Valenzuela. Después de muchas humillaciones, fue despojado de todos sus bienes, que eran cuantiosos, y desterrado a Filipinas, donde feneció en la mayor miseria...

EL INGENIO

Un soneto de Cervantes

Aquellas suntuosas honras fúnebres que por el hijo del César intentó celebrar el Cabildo sevillano en 1598 han pasado a la posteridad por aquel magnífico soneto de Cervantes, que comienza:

¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza!

Mas, a pesar de la maravillosa joya poética, son poco conocidas las especiales de por qué no se llevó a cabo aquel postrero homenaje al fundador del Monasterio de San Lorenzo en El Escorial.

Siempre fue Sevilla espléndida y magnífica en las fiestas así religiosas como profanas. Su preponderancia de gran metrópoli, que en nuestros siglos dorados le hizo ser tan codiciada como la corte, pues siempre tuvo su vida propia y desembarazada de toda tutoría, la obligaban a parecer grande en todo. Así, cuando de esta vida hizo jornada para la otra de la que se tienen tan confusas noticias el señor Rey Don Felipe II de Austria, se dispuso la gran Sevilla a honrar la memoria de Su Majestad en forma que como ejemplo quedara sobre cuantas habrían de celebrarse en el reino.

Los Cabildos eclesiástico y secular entendían siempre en los gastos de estas ceremonias, y en la presente formaron juicio como en ninguna de hacerlo como poderosos señores a quienes no duelen prendas.

Acordado por el Consejo levantar el túmulo en la Iglesia Mayor, se nombraron las distintas Comisiones que habían de entender en la suntuosa solemnidad.

Juan de Oviedo, maestro mayor de la ciudad, fue quien hizo la traza del túmulo.

En los primeros días del mes de octubre se levantó la complicada armazón, de lienzo y madera, bajo la bóveda que hay entre el coro y el altar principal.

Se componía el soberbio catafalco de tres cuerpos: el primero, de orden dórico, formado por dieciséis pilastras y columnas. En las entrepilastras había nichos con altares. Sobre la cornisa se admiraban dieciséis estatuas alegóricas.

El segundo cuerpo era de orden jónico; lo formaban ocho columnas estriadas; en su centro, sobre un gran basamento, asentaba la urna funeraria, cubierta por un rico paño de brocado, y sobre unos magníficos almohadones, en la parte que correspondía a la cabecera, estaban puestos los atributos regios, la espada desnuda, las manoplas y la celada. En la parte que correspondía a los pies destacaba la figura de un león oprimiendo entre sus garras el asta del pendón castellano. En los cuatro ángulos de este cuerpo había otras tantas pirámides, símbolos de las cuatro esposas que tuvo el difunto Monarca.

La parte tercera y última de tan complicada y frágil fábrica era de orden corintio, y delante de las columnas había estatuas de insignes magnates de la corte celestial, destacándose en el centro la de San Lorenzo, de quince pies de altura, labrada por Martínez Montañés.

Remataba el monumento en una cúpula que sustentaba un globo, sobre el que triunfaba el Ave Fénix, que con las plumas de su hermoso penacho parecía tocar la altísima bóveda del templo. Prolijo sería seguir describiendo minuciosamente todas las particularidades del inmenso catafalco tal y conforme constan en el interesante documento que tengo ante mí; de suerte que será bien caminar sin más dilaciones hacia la causa que determinó el que tan portentosa fábrica quedase desairada en los comienzos de la fúnebre ceremonia.

El 24 de noviembre, víspera de la solemnidad, se cantó vigilia, a la que asistieron todas las Órdenes religiosas, el clero, reunido con la Universidad de beneficiados; el Tribunal de la

Inquisición, el Ayuntamiento y la Audiencia, tomando asiento en *bancos rasos* por tratarse de funerales regios.

Al día siguiente se celebraron misas desde el amanecer en todas las capillas de la Catedral, y a la hora señalada comenzaron las exequias.

El regente de la Audiencia, o por dar más autoridad a su cargo o por vanidad propia, no quiso avenirse con que su banco fuese raso, y mandó que se cubriera con un paño negro.

Nadie se paró a pensar en este agravio a la etiqueta, y si alguien más suspicaz no se atrevió a corregirle, cuando pasó el Santo Oficio, alentado con ser indebidamente la suprema autoridad, no guardó la misma prudencia, y suspendiendo escandalosamente la misa, con gran asombro de toda la concurrencia, conminó al inadvertido magistrado para que, bajo pena de excomunión, quitase el paño.

El regente, que sin duda estaba muy poseído del alto papel que representaba, se negó abiertamente al mandato del inquisidor, quien le excomulgó en el acto con todos los anatemas que guarda la Iglesia para estos casos.

En consultas, admoniciones y repulsas transcurrió el resto de la mañana y parte de la tarde, sin que el alma del Rey pudiese salir del Purgatorio por la necia polémica en que se habían enzarzado sus testarudos vasallos.

Por fin, a las cuatro de la tarde, y merced a los buenos oficios de Don Francisco de Guzmán, marqués de la Algaba, se consiguió que el terrible Tribunal levantara la excomunión al testarudo regente, remitiéndose el caso al Consejo de Su Majestad, y así quedaron suspendidas las honras del Monarca difunto, hasta que se supiera la sentencia del pleito.

Haciendo sabrosos comentarios del absurdo incidente, se fueron retirando las autoridades y el pueblo a la paz o a la guerra de sus hogares.

Como el túmulo quedó puesto en espera de la *función* funeraria, que no llegó a celebrarse, todos los pueblos del contorno de Sevilla afluyeron en la Catedral para admirar el historiado catafalco, que al cabo de los días fue deshecho y vendido como madera vieja.

Menos mal que de tanta solemnidad y tanto aparato malogrado floreció aquel soberbio soneto, que es certísimo monumento en honra de quien lo compuso...

El Fénix de los Ingenios

I

LA SEÑORA GERARDA

Por lo que parece, ya van muy adelantadas las devotas ansias del galán Don Lope al aquel de apartarse del bullicio del mundo y retirarse con Dios, siendo ministro de su Iglesia.

Desde los primeros días de este desalmado y frío mes de marzo, que más tiene resabios de invierno que pujos de primavera, se encuentra su merced en la imperial ciudad y parece que anduvo lo más fatigoso del camino de su pretensión.

Ya está ordenado de Epístola; no tardará mucho en ordenarse de Evangelio, pues como tan gran señor es que, por su ingenio asombroso, anda en todas las lenguas como habladuría, tiene a monseñor el Nuncio de su parte.

El último grado vendrá presto, y piensa que para el día del «Corpus» podrá cantar la primera misa en su oratorio de la calle de Francos.

Cierto que, si en los estrados del Parnaso no luciera como luce, con luz propia, si solo a su condición de pecador se remitiese, no lo alcanzara con tanta prisa.

Si ahora le viesen sus amigos y devotos de la corte, a fe que tanto le extrañarían que dudasen de que fuera el mismo.

Todo afeitado lleva el rostro, pues aquellos altos bigotes, que comenzaban a ser hebrillas de plata, les dio muerte una navaja barbera por sentencia cruel del arzobispo cardenal. Y ya fue muy decidido empeño en tomar iglesia para que a tanto sacrificio se doblegara su merced.

El embozo lleva subido hasta casi los párpados para que no se le advierta la poda. Parece que esto lo tiene por la mayor afrenta que puede sufrir un hombre, y no se atreve a volver tan rapado a Madrid.

En tanto que llega el trance final, que de caballero de capa y espada le trastrueque en ministro del Señor (no sé si me atreva a decirlo), el Fénix no deja de ser hombre.

No quiere esto decir que ande, como antes solía, tras de basquiñas y zagalejos, ni que, al doblar de una calle, se busque una pendencia, ni que repase a cada momento en las ermitas del beato «Jorge» el miniado breviario de Juan Bolay; pero a fin de no dar pábulo a murmuraciones (que él estima en mucho la opinión), se concreta no más que a un solo esparcimiento.

Se aposenta en casa de la señora Gerarda.

Por este villano nombrecillo de ama de gobierno pocos habrá que la reconozcan.

Pues sepan que ella es la más linda pieza que come hecha gracia de Dios la rubia semilla de los toledanos campos.

¿Habrá quien no haga buena y deleitosa memoria de Jerónima de Burgos, lindísima representanta en los más famosos corrales de Castilla, tan franca con su conciencia, tan devota con sus gustos, tan honesta... con los pobres y tan poco apretada con los ricos?

Pues esta es la señora Gerarda...

¡Valga Dios que está hermosa con alma, y no parece sino que tiene contrato, como el vino, para ser mejor cuantos más años sume!

Se ríe de Lope y le dispara a cada paso aquello de «el diablo harto de carne...».

Acá asentó con un maridillo hecho a la medida, que más tiene de colgadero que de cómico, y, como todo se lo pasa, y él goza de entera libertad para hacer lo suyo, que no es nada honorable, le da de su mujer tan poco cuidado como de las aguas del Tajo.

La tal, que se ve de nuevo con aquel que tanto hizo por ella, y a quien ella, o por buen mozo o por amparador, quiso unas libras más que a otros, está como muchacho con zapatos de primera puesta.

Cierto martelillo que le achacaban con un canónigo, y tal cual hora perdida a punta de noche sobre la poltrona de un escribano, les ha dado plumada desde que está aquí este hombre.

¡Válgala Dios por «dama boba», y cuán bien los engaña a todos!

Mas cierto que, con ser débil fábrica, tan dada a desmoronarse, piqueta de oro hay que no ha podido hacerle mella. Ahí está su excelencia el duque de Sessa, que da, pero no hinca.

Se arruina el prócer a presentes, que ella recibe; pero sin extender el recibo que le ruegan.

Acaso es Don Lope quien le inspira, por pagarle así el que ella le inspirara años antes, aquella magistral y engañadora bobilla de Finea.

... Aunque su merced, que tan tardío camina para reverencia, diga y jure al Duque, su protector, que mientras se acerca el feliz día en que pueda decirse su capellán, el quehacer que lleva no es otro que ir de la casa a la iglesia, tener más tarde dos horas obligadas de ejercicios devotos, y por la noche departir con algún amigo (después del rosario y de la cena), en lo que llega la sosegada hora de remitir a la paz de las sábanas los picores del sueño, no lo crean en esta manera, que todo es para mayor disimulo.

No hay para él más amistad ni hora más bien empleada que aquella en que la señora Gerarda le dice, teniéndola tan junto como un escapulario.

—Dime, tú, Lopillo: ¿a qué viene esto de cantar misa, si no vales para el caso? Escríbeme otra comedia como la de aquella divina «boba», y vuelvo a las tablas, y tú tras mí, como entonces. ¡Valladolid! ¡Medina del Campo! ¡Segovia...! ¿Te acuerdas?

Y Lope, mirándola socarronamente, responde:

—¡Demonio, no me tientes! Deja que suba mi calvario; Cristo me espera con los brazos abiertos...

... Y besa una cruz de oro que la señora Gerarda lleva puesta a los pechos.

II

TACITURNO VA FREY FÉLIX

Poca es la distancia que media entre las calles de Francos e Infante; mas como la noche es tan húmeda y glacial, que hasta la médula de los huesos parece que quieren meterse el frío y el agua, Frey Félix se emboza muy bien en las amplitudes de su manteo cual si a cruzar fuese la villa toda, que no solas dos estrechas y mezquinas calles.

Encasquetada lleva la canal de tal forma, que entre ella y el embozo no hay manera de verle la cara.

El brazo izquierdo lo aprieta fuertemente contra el pecho, y más que sujetar con él la amplia y segoviana tela, se diría que abraza algo... Un razonable bulto que se acusa hacia lo alto del pecho dibuja el complicado lazo y los recios gavilanes de una espada.

Tan necesaria como dicen que es la fe para salvarse es esta férrea matrona para andar por las calles matritenses apenas el sol entorna los ojos y dice: hasta mañana.

Esta que aun ahora acompaña al Fénix en su estado eclesiástico, es antigua y fiel amiga suya, y mucho tiempo antes la llevó ceñida gallardamente cuando en martelos y pendencias anduvo su merced por los arrabales de Sevilla, por las encuestadas rúas de Toledo y por las nada limpias riberas del Esgueva, y aun parece que debió de acompañarle a la famosa expedición que en las galeras del Rey hizo a las islas Terceras.

No hay más luz en toda la vía que hace Frey Félix de su casa a aquella otra de la dicha calle del Infante que el farolillo de un piadoso retablo junto al mentidero de los cómicos.

Aunque a cierta distancia pasa de él, desentraña la diestra de las profundidades del manteo y la alza hasta el sombrero con mucha religiosidad y respeto profundo.

Llega al cabo a la casa, hace sonar el aldabón quedamente, y a poco, sin que voz alguna demande razón de quién pueda ser, por la cruz de una reja que hay en lo alto del postigo pestañea el débil reflejo de un candil.

Rechina en la cerradura una llave premiosa, y una mozona fuerte y rolliza, que por su aspecto y el rudo arrastrar de jotas y efes se acusa como fruto de la Sagra, aparece en el dintel, y le saluda diciendo:

—Buenas noches, padre.

—Buenas las tengas, hija —responde este.

Y tras cerrar de nuevo la puerta, cosa que a su reverencia le extraña mucho el no ser más que con llave, echa escaleras arriba, y mientras sube le acomete una tosecilla estudiada.

Le sigue presto la moza para alumbrarle. Cuando le llega casi a la par, le pregunta Frey Félix:

—O me ha parecido mal, o no echaste la cadena.

—No, señor —replica aquella maliciosamente.

—¿Y por qué? —torna a preguntar aquel.

A lo que con más refinada malicia responde la moza.

—Porque está el amo en casa, que llegó esta tarde.

***

La estudiada tos, que no era otra cosa que una amorosa tranquilla, se ahogó en la garganta de Frey Félix.

La nerviosa diestra se alzó hasta una de las guías del plateado bigote y tal la trató como si fuese su más enconado enemigo o ella tuviera culpa de que estuviera allí el amo de la casa...

—Pase acá, padre —dice de adentro una voz ruda y recia—, que bien sabe Dios que una de las cosas que más me placen al venir a la corte es su reverencia.

Y Lope, que a este tiempo ya ha embocado en el aposento, con hipócritas muestras de afabilidad, tiende la mano a un hombre de edad madura y zafias maneras que se ha adelantado a recibirle.

—Pues, ¿cómo vino sin avisar? ¡Qué! ¿Ya se finaron los mercados por Castilla? —indaga el clérigo.

Y el otro, tomando asiento, no sin antes haber ofrecido a este el lugar de preferencia, que es un amplio sillón frailero, responde que:

—Ya los negocios, por lo crudo de la estación, van algo caídos, y toda Castilla y parte baja de la Extremadura está invadida por cochina gente de la vista baja. Mas no piense, padre, que caliente mucho el sitio, que para la Pascua de Navidad ya tengo que haber pasado el puerto de Pajares, al aquel de cierta requisa de ganado en la parte de Asturias y pueblos colindantes de Santander. ¡Marta! ―grita luego, como si la persona cuya presencia demandaba estuviese de allí a dos leguas―. Sal, que aquí está el padrino.

―Pues qué, ¿pensáis que no lo advirtiera? ―responde la llamada, que de la pieza contigua sale abotonándose el corpiño―; sino que estaba durmiendo a la niña. ¡Buenas noches, padrino!

―Dios te guarde, hija, y recibe para bien que ya tienes marido ―contesta Frey Félix al saludo, en tono tan finamente suspicaz que es celoso reproche―; sin duda que tales contentos tienen tan gran intensidad que no dan lugar de prevenir a los amigos.

―No, padre; si ella no lo sabía, que no quise enviarle propio alguno de mi llegada. ¡Bendito sea el señor, pues piensa que, de haberlo sabido, ella habría de dejar de enterarle a vuesamerced!

―Me espantara yo ―replica Lope―; aunque a fe que había mujer para eso y otro tanto.

―No le hagáis caso, marido, que hoy es de los días que a mi capellán le toca misa de «Réquiem» —responde también picajosa Doña Marta.

Y por un buen espacio continúa la charla, que no es otra cosa que un duelo de embozados reproches, manidas vulgaridades y traidoras satirillas entre Lope de Vega, Doña Marta de Nevares y Santoyo y su marido Roque Hernández.

— Piense su merced —dice el rústico— qué día hemos de perderle en el Soto antes de tornarme a mis cosas, que quiero que echemos una cana al aire.

—Mal tiempo habéis escogido, amigo Roque —responde el Félix—, que mañana quiere el duque que le acompañe a sus posesiones del Andalucía, y he de estar fuera de Madrid más tiempo del que yo quisiera.

—¿Y vais? —dice Doña Marta—. ¿Y hasta ahora no tuvisteis noticia de esta marcha? ¡Válgame Dios, qué secreto de penitencia!

—¿Secreto? Como el de la llegada de vuestro marido; hasta el punto y hora que él entraba en la corte, sin duda que no supe yo que habría de alongarme de ella.

Y otro buen espacio transcurre sin que nada se hable.

Roque Hernández cabecea algunos jirones de sueño.

Al fin, se alza el Fénix del asiento y dice con voz que quiere hacer entera y no puede, porque la amarga ironía y el rencor mal contenido se la quiebran.

—Ustedes querrán recogerse, que las ausencias largas requieren soledad y sosiego. Digo, pues, amigo Roque, que hasta otra vez, puesto que me voy mañana al amanecer, y que no os vendáis tan caro, pues parece que vuestra mujer os echa mucho de menos…

Y la voz sonora de Doña Marta grita un poco airada, sin curar de disimulo delante de su marido:

—Pues toma la luz y baja a acompañar al padrino, que si la ahijada ha de sacara su impertinencia, plegue a Dios que le dé un tabardillo pintado…

—Siempre a la greña. Pero, ¿cuándo les he de hallar una vez siquiera amigos como Dios manda? —exclama mansurronamente el buen Roque; y besa la mano de su *compadre*, quien sale precedido por la moza Inés.

***

Con ansia recibe la ruda caricia del viento, que le abofetea en pleno rostro así como pisa la calle.

Tal sale, que ni aun responde a la despedida de Inés, y al romper a andar se ve bruscamente detenido, porque el vuelo del manteo se le queda pillado entre la puerta. Ha de pedir que abran de nuevo, y ni aun así da las gracias.

Se diría que los guijos de la calle se quejan de la crueldad con que les tratan las plantas de Frey Félix.

Ordena a la mente, con toda la fuerza de su férrea voluntad, que se inunde en triviales pensamientos, en graves meditaciones teológicas; aquella carta que había de escribirle al de Sessa, como anzuelo de una fácil conquista; aquella escena... para fin de la segunda jornada de la comedia que trae entre manos... ¿A qué asunto hará el soneto que tiene que leer la tarde siguiente en la Academia *Mantuana*...?

Mas todo se estrella en pensar que Doña Marta y su marido se quedan solos, y... ¡vive Dios! que la vida diera por pasarles a ambos abrazados con aquel acero, que aprieta contra su corazón hasta incrustársele en la carne los hierros de las guardas.

Poco antes de llegar a su casa, le salen al encuentro unos malandrines, que pretenden hacerle pasar mal rato.

A la luz de la pujante luna brillan las espadas, y uno de los malnacidos dice: «¡Jesús me valga!», y cae en tierra.

III

MARCIA LEONARDA

Ciertamente que valen de muy poco los buenos propósitos y ejemplares proyectos del hombre mientras se cierne sobre la Humanidad pecadora y quebradiza un espíritu burlón que se encargue de tejer y destejer a su capricho las cosas y sucesos de este bajo mundo.

Ved que cada día tenemos un ejemplo al alcance de la mano.

¿No acontece mucho el sembrar en una parte escondida y con mucha fe simiente de rosales, y cuando viene el tiempo en que florezcan tal y como nuestra ilusión quería, salga, para burla y enfado nuestro, algún cardo hostil sin aroma ni color?

Pues miren que de esta manera acontece con la mayor parte de los proyectos que el hombre forma para su vida futura, y de muy poco vale que él tenga determinado ir por este o por el otro camino, si el ángel de su guarda no se muestra propicio a llevarle de la mano.

¿Quién pudiera dar acerca de esto más razón que este venerable capellán Frey Lope Félix de Vega, que en el Parnaso español tiene, con tanta justicia, títulos de majestad?

Por recogerse en lo posible de la vida pasada y hacer pública renunciación de sus anteriores devaneos, se remitió a iglesia y vistió los sagrados hábitos; pero el mismo Dios, queriendo probarle si estaba o no bastante hecho para renunciar a las divinas humanidades del mundo, le puso frente a una mujer.

Y para que la prueba fuese más espinosa, y la mortificación del nuevo clérigo más intensa, permitió que esta mujer fuera casada; que, sin duda, pensó Nuestro Señor: «Si triunfa la virtud sobre la carne, suba el héroe a los cielos después de haber vencido todas las dificultades, y si baja al infierno, que no le falte requisito alguno»; porque Dios, a imitación de aquel Don Juan de Robres, amigo de todos, tan traído y llevado, hizo los delincuentes, pero antes le dio licencia al diablo para hacer los delitos.

Más de dos años llevaba el insigne capellán cumpliendo los votos jurados, cuando una bella tarde del otoño de 1616 le puso Dios delante, como prueba, la arrogantísima figura de Doña Marta de Nevares y Santoyo, y en su querer cayó el padre como atolondrado mancebo.

Y cayó bien segura de no levantarse más en todos los días de su vida, por obra y gracia del tiro certero disparado con el prodigioso arcabuz de un soneto, arma la más precisa de cuantas manejaba la maravillosa y pronta inspiración de Frey Félix.

Decía de esta manera, y pienso yo que quedase para Doña Marta como oración, que rezara cada noche al tiempo de meterse cristianamente entre sábanas:

Amor con tan honesto pensamiento
arde en mi pecho, y con tan dulce pena,
que haciendo grave honor a la cadena,
para cantar me sirve de instrumento.
No al fuego humano, al celestial atento,
en alabanza de «Amarilis» suena;
con esta voz que el curso al agua enfrena,
mueve la selva y enamora el viento.
La luz primera del primero día,
luego que el sol nació, toda la encierra
círculo ardiente de su lumbre pura;
y así también cuando tu sol nacía,
todas las hermosuras de la tierra
remitieron su luz a tu hermosura.

—Seáis bienvenido, amor —dicen que dijo la mal casadilla, abriendo a su merced el zaguán y los aposentos de sus alcázares—, que no pensé que nunca quisierais teneros en mí. Me dieron marido cuando era muy niña; pero cariño pensaron que era cosilla de poco, y nadie lo atendió con la urgencia que se debe.

El maridillo miraba a Lope por confesor, y soplaba enfáticamente, pues se comparaba con el Rey y con los magnates de grandes casas en tener director y curador de la conciencia; mas un día, que

parece que vio tan claro que más se holgara de ser ciego, se murió pensando que esta era la forma de quedar con más decoro.

Y de aquí manaron ya como torrente despeñado los amores de Lope y Doña Marta.

«Marcia Leonarda», cuando no «Amarilis», tenía él por costumbre de llamarla en su correspondencia con el duque de Sessa, quien parece que era el sostenedor de estos amores, pues su paternidad le aprovechaba en su vida para todo.

Y corrieron los años mansamente, sin que Inquisición ni dignidades eclesiásticas interpusieran su autoridad en el hogar del Fénix.

Era un querer que al cabo de los años, y cuando había más de dos que el nuevo clérigo observaba firme y ejemplarmente los votos jurados al cantar misa, retoñaba en arbusto que solo por amor y para amor daba flores de ingenio.

Y el padre de almas tornó a ser padre de humanas criaturas, y con la aquiescencia solapada de eclesiásticas y civiles dignidades, tejió su último nido.

Un lindo capullo de mujer (que, andando los años, fue pasto y carne de mancebía) nació de aquel postrero amor, y fue ventura y consuelo de la madre extraviada y encanto del enamoradizo clérigo.

Pero llegó un día en que le pareció a Dios que había consentido bastante, sin dejar sentir la mano de su justicia, y quitó la luz de los bellos ojos de la enamorada, y con aquella luz se llevó la alegría del hogar.

La melancolía que dan las tinieblas vino a degenerar sobre la infeliz en la pérdida de juicio, y así, por largo tiempo, vivió matando la alegría y el consuelo en los corazones que eran suyos.

Al fin, una plácida noche, que se entiende que era del mes de agosto de 1633, llamó a su oíslo y le dijo que le escuchara, que tenía que hablarle muy despacio y con mucha urgencia.

No poco se maravilló su reverencia de la cordura y equilibrio con que salían las razones de su enamorada, y así la dejó hablar, sin poner él de su parte respuesta ni comentario alguno, por no perder una sola letra.

—¿Se fueron ya Baltasar Elisio y Juan de la Piña? ¡Pobres! ¡Cuánto les debéis, pues muchas de estas horas amargas que pasáis por mí, gracias a ellos vos supieron menos crudas! Dios se lo pague, tanto como vos se lo estimáis y yo se lo agradezco. Ahora dejadme hablaros por vez postrera, pues que Dios, como a luz moribunda, me permite este resplandor último, que es despertarme el juicio que por tanto tiempo estuvo dormido. Por amor vuestro, me apartó hacia la cuneta de la honra, siendo hasta que os hallé muy bien casada, si no por la vida que me diere mi marido, por la fidelidad que supe guardarle; mas llegasteis vos, y toda la fábrica de mi entereza y mi virtud cayó en vuestra gloria. De esta caída me levanté con un ángel, que es esta hija, que os dejo, y que por el Dios a quien servís y con las últimas lágrimas que habré de llorar en esta vida, os pido, ¡Lope mío!, que no dejéis en el abandono que usasteis para los hijos que tuvisteis de otros amores esta que os di. Mirad que sea ella como puerto de refugio a vuestras pasiones y vuestras angustias; y pedid a Dios en el amor de nuestra hija que a vos y a mí no nos tome en cuenta tantas cosas... Pero ¿qué es esto? La luz torna a mis ojos. Os veo. Las cosas se reflejan en mi retina como antes. ¡Ay, mi Dios, que ello es la vida...!

Lope, fuera de sí por el contento que este inesperado bien le produjera, ni a hablar acertaba; de rodillas, a los pies de su «Amarilis», pendiente tenía el ánima de aquel milagro; mas poco duró, porque Doña Marta proseguía:

—No os hagáis ilusiones, ni más contéis conmigo en la Tierra, que esto ha sido el estertor de la llama que se aviva para morir. ¡Adiós! ¡Cuando haya escapado del mundo, traed a Antoñica, que me ponga en los ojos el broche de sus besos...!

Y para siempre se extinguió aquella vida, que fue la última y más recia estrofa del erótico poema del capellán Frey Lope Félix...

IV

LA TERTULIA DEL FÉNIX

Todas las tardes, al tiempo que ya el *bermejazo platero de las cumbres* comienza a guiñar los ojos atormentados por la dulce incomodidad del sueño, aparece por la Puerta de Guadalajara un clérigo alto y enjuto, ya de alguna edad, pero todavía de buena presencia.

Más tipo tiene de caballero seglar que de ministro del Señor, y si no fuera por la furibunda canal con que se toca, le tendrían por algún grave consejero de Estado, y cuando esto no por algún taciturno prócer de la Magistratura.

Dobla por la calle de los Milaneses y se mete en la de Santiago. Hacia el promedio de ella, hay una lonja del ingenio (librería quise decir). Vale por arráez de ella un buen hombre, que goza justa fama de discreto y aun de ilustrado a pesar de ser librero; pero más que la tienda, que está muy surtida de papeles y libros famosos, así de Ciencia como de Historia, Literatura y devoción, le da prestigio al mercader tener por hijo a un licenciado que pasa por buen poeta entre muchos insignes.

El clérigo, alto y con trazas de prócer, se acerca a la puerta de la tienda, y antes de subir el escaloncillo que es frontera de la calle, dice procurando aderezar con una forzada sonrisa la intensa melancolía de su rostro:

—¿Dan posada a un peregrino?

El maeso sale a recibirle y le responde en el mismo tono:

—Si trae un poco de ingenio para pagar el hospedaje (y de que lo traiga tengo duda), pase adelante, y cuando tal no sea posible, le daremos limosna por amor de Dios, como cristianos que somos...

Y por cabo de la amistosa burla, entra su reverencia.

Ya le esperan, como cosa de costumbre, además del dicho mercader, dos o tres hidalgos, que, con muestras de mucho contentamiento, le ofrecen lugar privilegiado. Lo acepta y, apenas si cobrara un poco de sosiego, porque viene con algo de fatiga, comienza la charla, que siempre es agradable.

—¿Dónde anda el bueno de Juan Pérez, descanso de mis musas y discreto glosador de mi vida y pesadumbres?

—Calle su reverencia —respóndele el librero—, que hoy está del todo dejado de la mano de Dios. Cada día anda más fuera de sentido. Ahora dice que Vélez de Guevara y Quevedo pagan gente en los corrales para que le silben las comedias, y que tiene que pedir amparo al Conde-Duque para que castigue tan grave sinrazón. Vuestra reverencia, señor Don Lope, es el único que logra tenerle a raya; para él no hay más autoridad ni más ingenio en toda la corte, ni aun en toda España.

Y Lope, pues no es otro quien con tales muestras de cariño y respeto es reverenciado, dice al afligido padre con bondadosa sonrisa:

—Déjele a mi cargo, que en manos de quien le sabe tañer está el pandero. Juan y yo hemos de hacer aún, si Dios es servido, muy buenas comedias...

Una tapada de muy gentil garbo entra en la tienda y pregunta si tienen la *Nueva guía de pecadores*; le responde el mancebo que sí, y le saca un librico en octavo, que ella examina mirando de hito en hito hacia la calle, donde hay un lindo que pasa y repasa por delante de la puerta.

Devuelve el libro al mozo diciendo que el que ella necesita no es de aquel autor, sino del Padre Ladislao; dice el mozo que no lo hay ni aun tiene noticia de tal libro. Pide que le perdonen la molestia, y dando las buenas tardes, se va.

A tiempo de volverse se alzó un poco el velo, y todos pueden advertir que el rostro lo tiene lindo, aunque muy amigo de la pintura.

Lope dice socarronamente que ya la conoce, porque es parroquiana suya en el confesonario, y que el libro que pedía él se lo ha recomendado, aunque no le dijo de *pecadores*, sino de *pecadoras*.

Todos ríen la agudeza.

Don Juan de Negrete, médico de Palacio, pregunta a su reverencia cómo le va del corrimiento de los ojos; responde este que como Dios quiere, y no quiere bien. Le aconseja aquel que use antiparras, y le replica Lope que las antiparras van contra la estética del rostro y que solo las usan los presumidos, las dueñas, Don Francisco de Quevedo, Don Antonio de Solís y el Cardenal Niño de Guevara, y más les hacen parecer búhos que personas.

Por un buen espacio prosigue la charla hasta que entra el Licenciado Juan Pérez de Montalván, hijo del librero. Los andares y ademanes son algo impropios de su santo ministerio.

Los *amigos* le reciben con algunos disimulados puntos de burla; Lope con mucha amistad, y el padre con mucha pesadumbre.

Se oyen en esto las oraciones en San Miguel, se alzan todos de sus asientos y las rezan con ejemplar devoción, llevando el rezo Frey Félix, y, en cuanto acaban, dice:

—Queden con Dios vuesasmercedes —y tomando del brazo al distraído licenciado—. Ahora; amigo Juanico, guiadme a casa, ya que pasamos la tarde en paz y en gracia de Dios, y allí, después de la penitencia que haréis conmigo, veremos de dar cauce a esa comedia, que, como demos esta noche con el final, yo os fío que también mañana, en paz y en gracia de Dios, nos ponemos a escribirla.

El mancebo de la tienda toma un farolillo de aceite, y echando delante de ellos se encaminan los tres hacia la calle Mayor, para dar de allí a poco en la de Francos, que es donde asienta la humilde morada del Fénix de los Ingenios...

V

AGUA PASADA...

Media mañana de un día claro del abril va por filo.

La primavera ha dado en hacer su oficio de manera tan galana, que más parece estío.

Frey Lope Félix cuida de su huerta con el amor y gusto que pone siempre en las flores, porque dice que son besos de la tierra.

Como el más experto hortelano cumple su menester; siega los macizos, que son muy notables, y atiende sabiamente a las plantas que están enfermas.

El vergel es pequeño, pero en él florecen los claveles, las rosas, los geranios y los tulipanes tan lozanamente, que todo el terreno parece un solo ramillete.

No se piense que desde la placidez del lecho ha bajado el poeta a ser jardinero; se levantó con el alba, hizo sus devociones, almorzó luego y trabajó hasta poco antes.

Cuando más entretenido está su reverencia, que no hay cosa del mundo de la que se acuerde, ni aun los duelos y quebrantos, entra su hija Feliciana, seguida de un lacayo.

—Padre —le dice—, acá están a buscar a su merced.

Muy reverente le besa el mozo la diestra, después de saludarle, y le da razón de que su amo, el Duque, ha enviado por él con la carroza; y Lope, que siempre mira como órdenes los ruegos de su excelencia, pide a su hija la teja y el manteo y se va tras el lacayo.

En la puerta está la carroza, que más parece sala andante que cajón sobre ruedas; mucho es que quepa en la calle, y tiene que ir muy despacio (con enfado de las poderosas mulas) por no tocar en las paredes...

***

Una vez recogido del Consejo el señor Don Luis Fernández de Córdoba, Duque de Sessa, baja el pesado armatoste por la puerta de la Vega a las riberas del río, que es muy grato y saludable paseo en las mañanas del abril florido.

El *Manzanares* sigue su curso con la humildad de siempre. El aura es deleitosa y tan agradable, que se mete en los pulmones como aluvión de vida.

Ingenio y prócer van muy amigablemente; este, burlándose de haberle distraído en sus menesteres para sacarle a pasear.

—Mas no piense el buen Lope que todo sea gentileza ni propósito de divertirle el pensamiento, de continuo empleado en dar joyas a nuestro Parnaso, sino que me lo ha ordenado de esta suerte un poco de egoísmo —le dice el prócer.

El Fénix le responde cortés que no para otra cosa que para servirle le tiene Dios en el mundo; así, que hable su excelencia, pues lo que tarde en decir para qué cosa le necesita es el tiempo que él tardará en dejarle satisfecho.

Le agradece el duque la rendida solicitud y le dice luego:

—Pues sabed, amigo, que aquella dama cuyo nombre callo me tiene el alma sin sosiego y los sentidos sin gobierno de mi voluntad. Yo no hago más que festejarla y apretar el cerco cada día con más fuerza; pero ella más firme se está que un castillo roquero. No la rinden dádivas ni le ablandan promesas ni le conmueven trovas amorosas, que muchas rimas le tengo compuestas.

—Y muy lindas son las que yo conozco —dice el poeta.

—Dejad ahora la alabanza de ellas, pues no son sino muy desdichadas, cuando no por ellas, por ser mías, que no hacen mella ninguna, y por esto he pensado en vos —responde su excelencia.

—¿En mí? —dice admirado el Fénix; a que replica el magnate.

—Pues ¿qué tiene de extraño? ¿En batallas semejantes no habéis sido mi aliado otras veces? Oíd: quisiera yo que me escribieseis una carta, con tan fuertes y sentidas razones como aquellas que antaño escribisteis a Doña Elena de Ossorio, luego a Doña María de Luxán y Doña Isabel de Urbina, y más tarde a *Marcia Leonarda*, pues yo sé bien que, si lo hacéis, ¿qué tiene que hacer mi adorada ingrata sino rendirse como se rindieron aquellas?

—Me pesa, señor don Luis —responde Lope humilde y melancólico—, que la fuerza de vuestra pasión os haya obligado a remover en el fondo de mi pecho recuerdos que ya están fenecidos. Pudisteis haberme pedido lo que quisierais, sin recurrir a tan poderosos fiadores para mí. Por primera vez, en todos los días que hace que os sirvo, no puedo, señor, obedeceros; de una parte son quienes me lo impiden cruentas llagas abiertas en el corazón; de otra, mandatos de la conciencia. Además que cartas como aquellas no podría ya escribirlas aunque no me lo ordenase ningún escrúpulo...

El de Sessa no respondió nada, sin duda, entre afectado y dolido.

En aquel instante cruzaban por la mente del poeta insigne los capítulos más intensos de su azarosa vida.

Al cabo de otro poco habló:

—Y ¿a qué es, señor, andar buscando ya más flechas de Cupido? ¿No nos estará mejor el recogernos, vuecelencia, en el sosiego de su casa y amores de sus hijos, y yo en la paz de mi huerto? Aquellos años pasaron, y bien pasados sean, aun llevando como llevan pedazos de nuestras vidas y cachos de nuestras almas; además, señor, que el confesor me tiene prohibido este género literario; solamente (y ello por mucho favor) me consiente tal cual comedia, los autos sacramentales y las rimas sacras. En desagravio de esta desobediencia, yo os doy aquí palabra de escribiros un breviario en que leáis cada día los desengaños del mundo. Si vuecelencia piensa que no es bien que se meta a misionero quien tan pecador fue, escriba de su mano esa carta, que entendimiento y corazón tiene de sobra.

A lo que respondió el Conde con aquella misma melancolía de Frey Félix:

—Me parece, amigo, que tenéis mucha razón. Quédese la carta sin escribir; han pasado ya muchos años por nosotros, y no les está bien a las canas emplearse en cosas de mozos. *Agua pasada no muele molino...*

Mandó al cochero que diese la vuelta, y el coche comenzó a subir pesadamente por la cuesta de la Vega...

VI

CÓMO TRABAJABA EL FÉNIX

Por aquellos años de 1633 andaba la corte muy pobre de divertimientos públicos. A cada paso llovían prematicas y ordenanzas contra las comedias, y cuando se representaban, pasada la Pascua de Resurrección, solían ser tan maltratadas por el público, al que solo las de Lope parecían bien, que los *autores* no se determinaban a hacer asiento en Madrid.

Los corrales de Burguillos, Cristóbal de la Puente, el Príncipe y la Cruz se veían sin alma.

Madrid sin comedias perdía mucho de su encanto, porque las representaciones de ellas era casi entretenimiento obligado. Se desperdigaban los representantes por la Península, y Madrid sin ellos estaba triste y de mal color.

En el Mentidero de representantes[5] solo se veían famélicos grupos de cómicos sin contrata, con los rostros llenos de lamparones y las personas cubiertas de harapos. En verdad que no parecían sino veteranos de Flandes o pordioseros de la vecina iglesia de San Antonio, que alongaban su demarcación.

Un *autor*[6] que gozaba de mucho prestigio entre los demás, era famoso en las tragedias heroicas y sabía poner en los autos aquella solemnidad que es necesaria para el buen logro de la piadosa farsa, consiguió aquel año licencia del Concejo para hacer en el *Príncipe* la Octava del Corpus.

Mas apenas logrado el permiso estuvo muy al cabo de volverse atrás, porque se halló con que no tenía obras que representar, que ningún poeta de fama se había dado prisa a cortar las flores de su ingenio.

En tal apuro se fue a ver al *Fénix*, el cual estaba también por el entonces muy mano sobre mano.

—Solo vuesa merced podrá salvarme —le decía Olmedo.

—Mire —le replicaba Lope— que a la hora presente no tengo nada pensado, ni quería preocuparme de ello hasta que pasara el estío; haga ahora lo que tenga, que para entonces yo le prometo algo que valga la pena.

Pero con tales razones y súplicas insistió el cómico, que al cabo venció los escrúpulos de Lope, que le dijo:

—Si de mí depende la tranquilidad de su merced, quede sosegado desde ahora. Con Montalbán tengo pensado algo de una comedia que deseábamos hacer despacio; le hablaré esta misma tarde y veremos lo que puede hacerse.

Olmedo vio, como dicen, el cielo abierto, y a punto estuvo de abrazar al maestro insigne de *La Dama boba*; mas no se atrevió por el mucho respeto que le tenía.

—Pues ¿cuándo le parece a vuesa merced que vuelva por esta calle de Francos, que es la calle más florida de toda la vega del Parnaso?

—¿Qué día es hoy? —le preguntó Lope.

Y habiéndole respondido que miércoles, le dijo que volviese el domingo, después de misa mayor.

Aquella misma tarde fue Lope a la librería de Montalbán, y vio al licenciado Juan Pérez, hijo del librero; le habló de lo que había prometido, y añadió que tenía pensado que la comedia en cuestión fuese aquella que ambos tenían proyectada de *La Venerable Orden tercera de San Francisco*.

—Y ello —añadió Lope— tiene que hacerse de aquí al sábado.

—¡Maestro! —exclamó Montalbán lleno de asombro.

—No hagáis aspavientos —le atajó su merced—; eso se hace sin sentir. Sobre lo que tenemos hablado, yo escribiré la primera jornada, vos la segunda, y la tercera nos la partiremos como buenos hermanos. El viernes os espero en casa para que leamos lo hecho...

Y el viernes, a punta de noche, entraba Juan Pérez de Montalbán por el angosto portalillo de la casa de su maestro. Bajo el manteo traía una gavetilla que era estuche del trabajo terminado.

---

[5] Asentado al comienzo de la calle del León, en su entronque con la del Prado.

[6] Alonso de Olmedo.

La tarde era lluviosa y fría, impropia de la estación florida...

Se leyó lo hecho, y Lope quedó muy satisfecho de la musa de su buen discípulo, ingenio y hombre digno de mejor suerte.

Se pusieron luego a hablar de la jornada última, para partirse el trabajo, y se hizo hora desusada. Además, el tiempo continuaba de mala guisa. Atento a ello, dijo el maestro:

—Hijo Juan, creo lo más acertado que os quedéis a hacer penitencia conmigo, y después de ella nos pondremos al trabajo; de esta suerte, como la comedia va ya muy vencida, nos consultaremos mejor cualquier duda que se ofrezca.

Aceptó Montalbán, y tan pronto como cenaron se encerraron cada uno en su aposento.

La lluvia en la calle continuaba pertinaz, y de vez en cuando, por la fuerza de la ventisca, azotaba en las vidrieras...

La mañana, según es uso en la desigual temperatura de Madrid, amaneció espléndida, como uso de fines de mayo.

Lope se hallaba en el jardín empeñado en dar vida a un rosal, que se le moría de la crueldad de la noche.

A cosa de las diez apareció el doctor Juan Pérez. Traía el rostro pálido y macilento, los ojos hinchados, como de quien está falto de sueño y sobrado de fatiga.

Lope le saludó jovial.

—¿Qué hay? ¿Está eso?

—Falta pulirlo y aclarar algunas cosas; pero por hoy no puedo más —respondió Montalbán.

—Qué para poco sois —añadió el Fénix en tono de burla—. Os habréis dormido...

—Bien sabe Dios —replicó Juan Pérez— que en cuanto cenamos, y eran más de las once, me acosté hasta la una. Me levanté cuando oí tocar las horas en las *Trinitarias*, y hasta ahora mismo estuve con la pluma en la mano. Y vuesa merced, ¿qué hizo?

—También yo me acosté —respondió Frey Félix—, porque este corrimiento de los ojos hace muchos días que me tiene fuera de mí; me levanté a las cinco con tan buena disposición, que a las ocho ya estuviese la jornada si no tuviera necesidad de cotejarla con vuestra parte para hacer la *soldadura*; pero ello es cosa de cuatro o seis versos a lo sumo; almorcé luego un torrezno, contesté después una carta del Duque de Sessa, escribí a mi hija Marcela y a un pariente, hombre de buen humor, que asiste en Italia, le hilvané ochenta tercetos, que os quiero leer para que veáis cómo le sigo la vena. Ahora me entretenía en regar esto, que es cosa que me place casi tanto como el hacer comedias.

Y, caminando Lope delante del maravillado Don Juan, entraron los dos a repasar lo hecho. Lope rezongaba:

—Me pesa de haberle hecho perder un día a ese hombre; pudo venir hoy en lugar de mañana a llevarse la comedia...

La mañana del domingo, después de misa mayor, entraba Olmedo en el jardincillo de Lope; ya este le esperaba regando sus flores, y como le vio aparecer, le dijo, sacando el manuscrito de la faltriquera de la sotana:

—He aquí vuestra comedia; abrid con ella el corral, y plegue a Dios que sea llave de oro, si no es que el *respetable* tiene el capricho de deshacer en una hora lo que Montalbán y yo hemos hecho en tres noches.

El Conde maldiciente y enamorado

I

MAL FIN DE UNA COMEDIA

Retazos de unas Memorias inéditas.

Apenas Febo ha visto llegado el tiempo natural de su regencia y ya quiere gobernar con todo el rigor que tiene por costumbre desde su entrada del agosto.

Madrid arde, y aun apenas si se comenzó a ensayar el verano.

¡Vive Dios y qué bien supo darnos el pego la temperatura, que no parecía sino hermana gemela del hermano diciembre! Tanto, que queriendo la Reina Doña Isabel festejar el santo de su augusto esposo (que, por la gracia de Dios Nuestro Señor, es a los ocho días del mes de abril) con una comedia de circunstancias, compuesta para el caso por el ático ingenio de Don Juan de Tassis Peralta, Conde de Villamediana, hubo que desistir de ella por la crudeza del tiempo, pues la dicha pieza alegórica tenía que representarse en el Buen Retiro.

Pero ahora parece que Dios ha concedido licencia para todo, y echada la Corte para el real sitio de Aranjuez, se comenzaron los preparativos para tan notable festejo.

La comedia (por lo que yo sé) es de gran apariencia, y parece que ha de ser la mejor presentada de cuantas van hasta el día, pues ella ha de hacerse con un artificio nuevo, construido exprofeso por el ingeniero capitán Julio Fontana, superintendente de las fortificaciones de Nápoles durante el tiempo que por aquellas tierras hubo de andar el Conde.

La Reina está muy consentida en que este festival llegue a celebrarse con todas las grandezas y ceremonias acostumbradas en las cosas de Palacio, y ella misma lo dispone y dirige como el más experto y examinado autor de comedias.

No habrán de representarla comediantes de oficio, sino todas personas de la más rancia nobleza, y no entrará en ella más hombre que el bufón Miguelico Soplillo.

Doña Isabel tomará parte (aunque su papel no tiene palabra ni recitado alguno), representando a diosa de la Hermosura.

Tan gozosas están las damas y bien empaquetadas en su nuevo oficio, que parecen comediantas formales, según lo mal que hablan unas de otras y lo desdichadamente que se aprenden los papeles.

Don Juan, que ha encontrado esta ocasión para estar cerca de su peligroso querer, no sale de Palacio, y todo se le vuelve pasar el día ensayando la aparición de la «majestuosa» deidad.

Por cierto que con ello da pie para mil impertinencias, y todo ha de venir en declarar el fuego que, como hombre presuntuoso y pagado de su estampa, no sabe hacer sino dice, que es de los que piensan que no se disfrutan bien las aventuras sin la salsa picante del escándalo.

De esta comedia, *La gloria de Niquea*, suele decir que es la primera y la única que ha salido de su pluma; pero que acaso sea ella de entre todas sus obras la que le dé la inmortalidad.

Y una tarde, durante el ensayo, al tiempo de tomar la bella diestra de Doña Isabel para ayudarle a bajar de la carroza en que ha de presentarse, alguien ha oído decir a Su Majestad en tono de amoroso reproche:

—¡Que me lastimáis! ¡Por Dios, tened juicio; estas locuras vuestras han de darnos que sentir!

El tal dicho ha corrido por todo Aranjuez, pero en secreto.

Los caballeros tosen.

La Tabora rompe abanicos y escribe billetes, que rasga sin enviarlos a su destino.

El Rey juega y corrige escenas de unas comedias suyas que le están componiendo Villaizán y Hurtado de Mendoza.

El Conde-Duque se atusa el boscaje que luce por bigotes, y sonríe.

Vélez de Guevara y *El Diablo Cojuel*o planean una comedia histórica, en la que habrán de moverse todos estos personajes.

***

Llegó, al fin, la ansiada tarde del poético suceso; toda la Corte y todo Aranjuez andaban perdidos de emoción, que para otra cosa no se tenía vida, si no era para conllevar el júbilo.

Aun los negocios de Estado se suspenden hasta que pase la fiebre escénica...

***

Poco más eran de las cuatro de la tarde cuando en el jardín que dicen de la Isla se comenzó con toda solemnidad la comedia del Conde.

Bien iba y con sus primeros pasajes (aunque mal se entendían por la incivilidad del verso, culterano) se solazaba muy bien el escogido senado.

Las complicadas apariencias y enrevesados artificios (casi tanto como el lenguaje) eran cosa que tanto despertaba la admiración, como nunca vista, que a todos tenía con el alma en los ojos.

Ya había pisado las tablas Doña Francisca Tabora (gentil repudiada del cínico Don Juan), que, para más enconado tormento de sus celos, tomaba parte en la función simbolizando al mes de abril, y ya doña María de Guzmán, lindísima hija de los Condes de Olivares, en faz de Diana Cazadora, había recitado muy donosamente su parte, y la hermosa etiópica azafata de la Reina había cantado con su prodigiosa voz aquel romance que es el único pasaje lírico de toda la comedia:

Yo soy en opaco bulto
y en oscura confusión
con manto de estrellas, noche
negra imagen del temor...

cuando, al aparecer la Soberana sobre su carro triunfal, comenzó a arder toda la escena y no quedó cosa en pie.

Grandísima fue la confusión, y nadie miraba a más que a ponerse en salvo, sin curarse grandes ni chicos de acudir a los Soberanos.

Del Rey no parece que alguien se ocupara; de la Reina..., apenas iniciado el fuego, hubo quien la viera desaparecer en brazos del amoroso excelencia, que acudió a ponerla en sitio seguro, tanto que, hasta pasado muy gran espacio, no fue hallada, cuando ya se temía que hubiese perecido en el siniestro...

***

Cuando la confusión era más desordenada, se vio de lejos a un caballero con una dama en los brazos.

Todos pensamos que era Doña Isabel, más que porque acertáramos a verla el rostro por el traje de representar que llevaba ajironado, y en avalancha fuimos todos.

—¡Viva la Reina! —decían los que marchaban delante.

Y sobre todo el bullicio se oyó, punzante, como un epigrama de Baltasar de Alcázar, la voz aguda de Miguelico Soplillo, que decía:

—¡La salvó Villamediana...!

II

LAS OSADÍAS DEL CONDE

Bien iba de fiestas aquel año de 1622, y seguramente que quienes más tendrían que holgarse de tanto regocijo serían los bienaventurados que para ejemplaridad de sus vidas y altezas de sus virtudes se asientan a la diestra de Dios Padre.

Ignacio de Loyola, Francisco Xavier, Felipe Neri, Teresa de Jesús, y parece que más que todos, por ser nacido y criado en Madrid, aquel beato Isidro, mozo de labor en tierras de Iván de Vargas, andaban muy honrados, puesto que iba a dárseles, en definitiva, cédula de santidad.

Las fiestas de toros celebradas en la Plaza Mayor fueron de todo punto famosas, luciendo en ella los más diestros caballeros, como son Don Cristóbal de Gaviria y el alguacil de Corte Pedro Verger, aquel a quien Villamediana, con ocasión de ir suntuosamente enjoyecido en otra fiesta, zahirió con esta envenenada sátira:

Qué galano entra Verger
con cintillo de diamantes,
diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer.

***

Notable por todo extremo fue la fiesta, y mucho regocijó, tanto a hidalgos como a plebeyos, el arrojo de los caballeros.

Desde muy temprano hubieron de acudir Sus Majestades, que desde los amplios balcones de la *Panadería* presenciaban el lucido festejo.

Todos cuantos tomaban parte en la fiesta, al llegar bajo el balcón real, hacían el saludo que era de rigor, yendo luego a ocupar su puesto en la liza.

Llegó al fin Villamediana, tan galano y apuesto, que resumió en sí todas las simpatías de la gente. Hubo muy grande curiosidad por descifrar el jeroglífico de su emblema. Nadie le comprendía.

En el pecho, hacia la parte del corazón, traía bordados unos reales de plata. Sobre ellos iba escrita esta divisa:

Son mis amores.

Entre la gente de Palacio hubo muy empeñado interés en descifrar el verdadero sentido.

En el mismo balcón que ocupaban los Monarcas se abrió viva polémica entre Doña Antonia de Acuña, Doña María de Guzmán y el bufoncejo Miguelico Soplillo. Les escuchaba la Reina mal de su agrado, y la vida diera por que se quedasen mudos en aquel mismo punto y hora.

El Monarca solo estaba atento al bullicio de la Plaza. El Conde-Duque, que no quería nada bien al maldiciente Conde, porque también en él había hincado más de una vez los envenenados dardos de su sátira, puso a Su Majestad en cuidado de la polémica de las meninas y el bufón.

—¡Vive Roque!, que somos unos bolonios —decía este—. Pues si ello es tan claro como el sol que nos alumbra. ¿No son reales el emblema de Don Juan de Tassis?

—Sí —respondieron las damas.

—Y encima, como abrazándoles —prosiguió el enano—, ¿no lleva escrito *Son mis amores*? Pues más cristalino, ni el agua destilada: *Mis amores son reales*.

Y el muy bellaco lo decía silabeando las palabras, como muchacho que comienza a andar por el silabario.

La Reina quedó como muerta.

El Rey no fue dueño de sí, y atarazando al enano de suerte que todos temieron que fuese aquella su postrera hora, rugió más que dijo:

—Pues, ¡juro a Dios que yo se los haré cuartos...!

Tan bravamente se portó en la lidia el alcurniado y maldiciente poeta, que para él fueron los lauros de la plebe y la nobleza.

El Rey no hizo demostración alguna ni en favor ni en contra.

Uno de los rejonazos que asestó Su Excelencia fue tan bizarro, que el torillo cayó redondo, sin rastro alguno de vida.

Doña Isabel no fue quién para contener sus entusiasmos, y advirtiendo que por la brava hazaña se desarrugaba el ceño del Rey, exclamó: —¡Pica bien Villamediana!

A lo que respondió Don Felipe apartándose del balcón (con lo que se dio la fiesta por acabada):

—Pica bien, pero muy alto...

III

ASÍ MURIÓ EL CONDE

Aunque grande era la enemiga que Don Juan de Tassis tenía en Palacio, no deja ni un solo día a despachar como caballerizo, que también disfrutaba este empleo cerca de la Reina Doña Isabel;

pero ya su caída era inevitable, aunque, a decir verdad, nadie pensaba que fuese caída de muerte criminal y alevosa.

Muchos auguraban su desgracia, pero casi todos pensaban que fuese destierro como otras veces...

Aquella mañana del 21 de agosto de 1622 entró el Conde en Palacio a la hora que por costumbre tenía.

Aún era comidilla de todos la desdichada muerte de Don Fernando Pimentel, hijo del Conde de Benavente, a quien por cuestión de unos amores sacó de este valle de lágrimas su pariente Don Diego Enríquez, la noche del día 7, junto a la iglesia de San Pedro el Viejo.

También Don Juan echó su cuarto a espadas sobre el asunto, y tras de esto habló de todo cuanto por el entonces era cuestión palpitante: de los negocios de Flandes e Italia, del resello y contraste de la moneda, de la flota de Indias recién llegada a Cádiz, de la soberbia y favor del Conde-Duque, de la presunción del de Osuna, y de todo hizo tiras.

Pasó en esto Don Baltasar de Zúñiga, confesor del Rey y tío del privado, y llamándole a una parte, le dijo, no en voz tan queda que dejara de oírse:

—Téngase y mire lo que habla y cómo habla, que, porque le estimo, le advierto que tiene peligro de la vida.

La juiciosa y noble advertencia fue acogida por Villamediana con más enconada burla, que hirió muy gravemente la suspicacia del prócer religioso...

A última hora de la tarde volvió el Conde a Palacio.

Traía consigo inusitada cohorte de pajes y lacayos, aparato que en él no era costumbre, pues la mayoría de la compañía con que solía vérsele era algún allegado o deudo, o con el insigne racionero de la catedral de Córdoba, Don Luis de Góngora y Argote.

Un breve espacio estuvo en la Secretaría del Consejo de Castilla, y allí dejó unos pliegos que portaba.

Cuando salió era a tiempo que tornaban los Reyes. Se acercó para cumplimentarles, pero el Monarca cruzó ante él como si no le hubiese visto. La Reina inclinó levemente la cabeza al saludo y también pasó sin mirarle.

No fue ajeno el desvío a los ojos de los demás cortesanos, pero la arrogancia de Don Juan supo contenerles muy bien el gozo que pugnaba por saltarles al rostro.

Se acercó donde estaba Don Luis de Haro, gran amigo suyo, el cual dejaba su caballo en manos de un palafrenero y le habló con esta brevedad:

—¿Finasteis por hoy vuestro menester?

—Hasta mañana a las once, disponed de mí como de vuestra misma persona.

—Tenemos que hablar. Tengo el coche en la puerta; subamos a él y, mientras nos lleva hacia el Prado, pues la serenidad de la noche que comienza convida al paseo, charlaremos.

—¿Melancolías? ¡Ay, señor Don Juan!¿Por qué no olvidáis este asunto y os amarráis el corazón? Mirad que, porque como a hermano os quiero, os lo aconsejo...

—De esto y de otras cosas que en ello tienen su daño hablaremos en el coche. Este caserón se me cae encima, y pluguiera a Dios...

—Andad, Don Juan, que nos miran.

Subieron ambos al coche del Conde, y muy despaciosamente echó el coche hacia la calle Mayor.

Pasada la Platería, salió un hombre de entre la penumbra de los soportales y, haciendo una seña al cochero para que detuviese la marcha de las lucidas mulas, se acercó a la parte que ocupaba Su Excelencia y le rogó que se apeara, pues tenía que darle un recado importante, que, por ser secreto, no consentía testigos.

Sin recelo alguno se alzó del asiento el Conde; pero no había apenas puesto el pie en el estribo cuando aquel bellaco, sin darle tiempo para defenderse, sacó una ballestilla y con ella le asestó tal golpe en el pecho, que allí mismo vació la vida del noble y atrevido poeta.

Tan bestial fue la embestida que, arrebatándole el arma la manga y la carne del brazo hasta el hueso penetró, el pecho y el corazón, yendo a salir por la espalda.

A la voz triste que dio el Conde, atropellado del dolor, acudió Don Luis y, conociendo el mal suceso, pretendió echar tras el asesino, entendiendo que primero había de ser esta diligencia que el cuidado del moribundo; pero con tal prisa y azoramiento iba que, trabucándosele los pies con el cuerpo de Villamediana, dio sobre él.

Consiguió levantarse y apretó a la caza del criminal; mas todo fue inútil; las sombras de la noche, que ya había cerrado del todo, y dos embozados que le resguardaban hicieron inútil este cuidado.

Entretanto la vida de Tassis había quedado hecha regueros de sangre.

Le llevaron al zaguán de su casa, que estaba a muy pocos pasos de donde vino a encontrar tan lamentable y alevoso fin.

Del asesino nada se supo. Por fórmula solamente se abrió una indagatoria, pero ya con el premeditado fin de no hallar al traidor.

***

La historia íntima de aquel reinado conserva el nombre de Ignacio Méndez, guarda mayor de la Casa de Campo, del que malas lenguas decían que era el brazo izquierdo del Rey, porque parece que le vengaba los agravios secretos...

Nadie sabe si fueron o no ciertas las causas a que se atribuye la mala muerte del Conde, en lo que atañe al martelo con la Reina, pero tanto empeño tuvo él en darlo a entender que bien pudiera ser cierto.

Creen la mayoría que la venenosa pluma y el desaprensivo y franco decir fueron quienes le trajeron a este trágico acabamiento. Unos y otros se pusieron de acuerdo, pero, muy a pesar del interés que mostró la villa toda y de los epigramas, epitafios y elegías de los más notables ingenios, no prevaleció alguno, y solo queda asentado como artículo de fe para salvarse:

Que el matador fue Bellido
y el impulso soberano.

Las soledades de Don Francisco

Párrafos de cierta carta que un sobrino[7] de Don Francisco de Quevedo escribió desde la Torre de Juan Abad a un hidalgo de esta Corte.

«Las novedades de esta aldea apartada, semejante a un retiro del mundo, son el tío y las cosas suyas, que solo le acabaran con la muerte.

Se levanta con los primeros desperezos del día, y en este tiempo que ya finaliza el abril galano y están para comenzarse las flores de mayo, apenas se come unos torreznillos con huevos, se va por estos campos, y por las gentes que se emplean en la labor es su presencia tan bien acogida como las promesas ansiadas de Ceres.

Con todos tiene que hacer y todos tienen algo que preguntarle en cuanto se les alcanza, pues entienden (y mía fe que no van muy fuera de camino) que el tío es justamente un pozo de ciencia...

Quién, que tiene por clave de su vida la clemencia del cielo sobre la fecundidad de la Tierra, le pide que le alce una figura para saber el pronóstico del año y le haga un cálculo sobre si se dará mejor que la añada anterior la cosecha de avena.

Tal otro, que anda en pleitos sobre una heredad tan mezquina que en dos pasos que se den se ha recorrido y aun se ha pisado fuera de ella, le pide consejo porque le tiene receloso la parsimonia del letrado que entiende en el asunto.

Aquel otro, que tiene la salud comprada según lo poco que disfruta de ella, le pregunta qué será bueno para su alivio.

Don Francisco escucha a todos con el mismo gesto socarrón y bondadoso y a todos deja satisfechos con las respuestas.

Al que le pide pronóstico del tiempo, le responde que ello es cosa de estudio muy profundo, por lo que hasta de allí a un año no podrá responderle ciertamente.

Al que anda en pleitos sobre la legítima de sus míseras tierras, le dice que cuando mucho se incomode el que otros se las anden quitando sin su licencia, no tiene más que meterlas en una esportilla y esconderlas o pasarlas donde no haya peligro.

A otro que está sin gobierno de la salud, le recomienda que luego se ponga bien y verá cómo no le duele nada.

Le ríen las agudezas y tornan a su quehacer en el campo, que con tanta pertinacia reclama los sudores del hombre, y Don Francisco prosigue senda adelante hasta que mira esconderse detrás de aquellas lomas que sabéis las casas del pueblo y la veleta de la iglesia.

No hay lugar que tanto le distraiga de las miserias y cortesanas intrigas como este retiro de su Torre. Pienso que no la diera por los feudos de Osuna ni las villas y lugares de Lerma.

Dice que aquí se encuentra más lejos de los hombres y apartado de las mujeres, que son la cosa más despreciable y bellaca que tiene la Humanidad.

[7] Don Pedro de Aldrete y Carrillo.

Todo se vuelve hacer elogio de esta quietud, y no deja de manifestar, siempre que de ello tiene ocasión propicia, que muchas urgencias de necesarísima resolución tienen que reclamarle el bullicio de la corte para que deje la paz de la aldea.

Ayer, haciendo elogio de lo que llevo dicho, escribió a un su amigo este soneto, del cual (porque ya sabe vuesa merced que le quiero bien) soy gustoso en hacerle partícipe.

Dice de esta manera:

Retirado en la paz de estos desiertos
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.
Si no siempre atendidos, siempre abiertos,
o enmiendan o fecundan mis asuntos,
y en músicos callados contrapuntos,
al sueño de la vida hablan despiertos.
Las grandes almas que la muerte ausenta,
de injurias de los años vengadora,
libra, ¡oh, gran Don José!, docta la imprenta.
En fuga irrevocable huye la hora,
pero aquella el mejor cálculo cuenta
que la lección y gustos nos mejora...

Después de la siesta, cuando el sol va muy alto, es cosa de mucho contentamiento el seguirle hasta las eras acompañado de toda la chiquillería del lugar.

Se le han hecho tan amigos los muchachos, que vienen a esperarle a la misma puerta de la casa, y tardes hay, como no sean de mucho calor o tenga mucho que leer (pues es ocupación deleitosa de la que apenas se ve libre, como muy bien sabe vuesa merced), que adelanta la hora del paseo.

Les echa dinero a la rebatiña, y los muchachos se matan por coger los cuartos en el aire; el tío se para y se ríe con tantas ganas, que no parece sino que está leyendo las bellacadas de su *Buscón*; pero no entienda vuesa merced que en el fondo es vano afán de distraerse con la inocente codicia de los muchachos, sino caridad disfrazada de entretenimiento.

Aquí, como en todo pueblo pequeño, son muchas las necesidades y miserias de los braceros del campo; apenas si pueden atender a sus familias con la poquedad del salario que ganan, y por esto Don Francisco, cuando bien puede (que tampoco es todos los días, como fuera su deseo), se vale de este inocente pretexto de los niños para que lleven unos cuartos más a sus casas; por lo menos para la hogaza siempre suelen sacar...

Cuando se hace de noche, al toque de oraciones toma la vuelta, y a este tiempo le acompañan el Vicario y otro hidalgo que por aquí anda, que le dicen Don Gabriel de la Villa. Le despiden en la misma puerta, cuyo umbral ya no traspone hasta el día siguiente, en que al caer de la tarde se va a las eras rodeado de muchachos...

Cuando cena, que es al punto de las nueve, con mucha frugalidad, se recoge y se queda leyendo y escribiendo hasta más de la una de la noche.

No sé en qué trabajos políticos se emplea ahora, que mucho me temo que le han de dar que sentir, porque son una pura cantárida contra el Conde-Duque...».

La postrera sátira de Don Francisco

Así como terminó su injusta y crudelísima prisión en el Monasterio de San Marcos de la ciudad leonesa, se trasladó a la corte el señor Don Francisco.

No se piense que venía henchido de contento, con esa febril alegría que se entiende que ha de producir el recobrar la libertad perdida después de un largo y áspero cautiverio.

No tanto los años como los rigores de la prisión le traían melancólico y enfermo.

Su faz estaba demacrada y consumida como pudiera la de un anacoreta del yermo, el pelo era ya todo blanco, como plata hilada; los espejuelos que le auxiliaban los cansados ojos le acusaban más el sarmentoso contorno de la cara.

Se apeó de la posta en la Puerta de Guadalajara.

La vestimenta era asaz pobre y raída para ser envoltura de tan magnífico señor del Pensamiento. Traía en la diestra un hatillo de ropa y en la siniestra un pequeño envoltorio dado por los frailes, que durante los últimos meses de prisión, más que sus guardianes, fueron sus hermanos.

Espada no traía en la cinta, pero en el pecho triunfaba, aunque ya de mal color, la cruz de la Orden de Santiago...

***

Don Francisco de Oviedo fue el único amigo que acudió a recibirle, y cierto que le costó algún trabajo reconocerle al través de las huellas de la miseria y la pesadumbre.

Se abrazaron los dos camaradas muy entrañablemente, y enseguida se encaminaron a la casa de Oviedo. Este decía:

—No parece, en verdad, que venga vuesa merced del reino de la abundancia, pero ya dio en Madrid, que es lo importante, donde tiene todo lo suyo tal y como me lo dejó.

—Todos, cuando me prendieron —repuso Don Francisco—, luego me juzgaron por muerto, y así ya nadie se volvió a acordar de mí; solo en vuesa merced ha durado la fe de que podría vivir, y así hallo intacta la mísera hacienda que puse en su mano.

Le dijo Oviedo que fuese lo primero vestirse de limpio así como descansase, y acudir a dar las gracias al Conde-Duque, que le había dado la libertad.

Un gesto de repugnancia se dibujó en la noble faz del viejo poeta, el cual desvaneció Oviedo diciéndole que mejor estaba ponerse a bien con el tirano que no enfrente, pues ya sabía cómo, para desgracia de España, era dueño absoluto de la voluntad del Rey y amo de la nación, y así podía siempre que le viniese en gana hacerle sentir el duro peso de su tiranía.

Prometió Quevedo escribirle una carta mostrándose agradecido, porque no se encontraba con fuerza de voluntad ni resignación cristiana bastantes para humillarse en persona.

***

Lo escaso de su hacienda no le consentía asistir en la corte con la decencia que tenía por costumbre antes de su prisión, y así determinó retirarse definitivamente a sus soledades de la Torre de Juan Abad.

Con mucho pesar le despidió su fiel camarada, tanto, que al darle el abrazo de despedida le tembló la voz con hipos de lágrimas:

—Ya será bien —le dijo Quevedo— que sea este el postrero abrazo que nos demos, pues yo no volveré a la corte; esta tos y estas postemas que me laceran el pecho no me quieren dejar si no es con la vida. La Torre está muy lejos, y vuesa merced no podrá ir a ella, no por falta de voluntad sino por rigor de sus menesteres; de suerte, querido tocayo, que digámonos: «Hasta la otra vida...».

Y aquella misma tarde partió para la aldea...

***

Pensó que los aires sanos del campo y la quietud aldeana le darían algún alivio; pero lo mismo fue pisar la tierra amiga, que recrudecérsele los achaques. Vio cuán rápidamente se le acrecentaba el mal.

Como en la Torre, por ser pueblo pequeño, carecía de lo más preciso, y la enfermedad parecía traer muy notable prisa, determinó trasladarse a Villanueva de los Infantes; pero ya la muerte le había elegido por suyo, y desde que llegó se le arrebujó a los pies de la cama como fidelísimo lebrel.

Crueles por todo extremo eran los sufrimientos que tenía; se le habían recrudecido las llagas y postemas que le causaran la humedad de aquel inmundo calabozo de San Marcos de León, en el que estaba con el agua hasta los tobillos, y aquella tos bronca y pertinaz amenazaba rajarle el pecho cada vez que le acudía.

—¡Ay, Pedro! —decía a su sobrino—, esto se va, por mucho que lo queramos detener, y en verdad que ya es hora. Avisa al escribano para mañana, que no quiero marcharme de esta vida sin dejar primero mis cosas en orden.

Al día siguiente, que era el 24 de abril de 1645, dejó cumplida esta diligencia.

Su hacienda, que era bien corta, la dejó con el mayorazgo a su sobrino Don Pedro Aldrete y Carrillo, con calidad de que se llamase también Quevedo.

Dejó algunas mandas y nombró por testamentarios y ejecutores de su postrera voluntad al Duque de Medinaceli (su verdadero Mecenas), al Marqués de Villanueva del Río y Duque de Huesca, a Don Francisco de Oviedo y a Don Florencio de Vera y Chacón, religioso del orden de Santiago y vicario de Villanueva de los Infantes, el cual se halló presente.

Y aquí es donde viene la postrera sátira de Don Francisco.

Viendo el escribano que todo lo iba disponiendo conforme a su inmensa capacidad, le advirtió que se acordase de su entierro y honras y que dejase alguna cosa para los músicos que habrían de asistir.

Volvió Don Francisco la cabeza hacia el leguleyo y haciendo un picaresco mohín que parece que era en él muy habitual, respondió:

—Señor licenciado, la música, páguela quien la oyere, que yo no pienso estar para esas niñerías, ni perder el paso si me faltare el compás.

***

Se alongó trabajosamente su vida hasta el 8 de septiembre.

Durante sus postreros días, a imitación de San Agustín, pidió que solo los médicos entrasen en su aposento, para que no le ahuyentasen las devociones.

Tres días antes de morir le llevó el licenciado Juan López algunas cartas para que las firmara, y al poner muy trabajosamente la pluma sobre el papel, dijo que aquellas firmas serían las últimas.

El mismo día de su muerte preguntó al médico que le asistía cuánto le restaba por vivir; rehusaba decírselo el doctor porque conocía que era muy poco, le instó apretadamente el enfermo, y entonces respondió aquel que unos tres días.

A lo que replicó Don Francisco:

—Pues servíos disponer que ahora mismo me traigan la Santa Unción, porque no habré de tardar ni tres horas.

Y antes de cumplirse tal plazo se fue del mundo el más formidable satírico que tuvo el Parnaso hispano...

Las espuelas de Quevedo

Salió a correr unos toros cierto caballero infante, y salió tan de corrido, que pudo al salir entrarse.

FR. JOSÉ ESQUIVEL

Vierais aquellas magníficas espuelas de oro cincelado, y yo os fío que las miraseis más dignas de un rey que de un ingenio, por mucho que este le agasajare la fama.

Ellas le fueron regaladas a Don Francisco de Quevedo, allá, en Nápoles, por un poderoso caballero, cuando el gobierno del Duque de Osuna, y en tanta estima las tuvo siempre, no sé si por el valor de las piezas o por el recuerdo y amistad del que se las regalara, que nunca quiso traerlas puestas.

Si la gente de su casa las sacaba a cuento y le preguntaba por qué no las lucía en alguna fiesta, respondía:

—Dejadlas, que las reservo para el día de mi entierro; entonces no dejéis de ponérmelas, y habed cuenta con que si no lo hicierais, capaz soy de tornarme a buscarlas desde el borde de la huesa.

Era mucho hombre Don Francisco, y siempre tuvo en su rostro un mohín para la vida y en sus labios una frase donosa que poner ante los grandes problemas.

***

Y así como su merced cerró los ojos, después de la triste y usada ceremonia de lágrimas y alabanzas, se procedió a vestir el cuerpo con el hábito de Caballero de la Orden de Santiago, a la que pertenecía desde los años de su segunda mocedad. No quedaron olvidadas aquellas espuelas que tan en veneración tenía, y le fueron calzadas por las nerviosas manos de su dicho sobrino, el bachiller Don Pedro.

Tan intenso fue el dolor por esta muerte en todo Villanueva de los Infantes, donde el insigne maestro estaba retirado, que a buen seguro que en todas las casas se previnieron arroyos de lágrimas sobre hondos cauces de luto.

Eran muchos y grandes los beneficios que de él tenían tomados las gentes, no solamente de aquel lugar, sino de toda la comarca.

A otro día fue el entierro, con toda pompa y ceremonia. Enorme gentío de todos aquellos pueblos acudió a presenciarle, y según pasaba el féretro, se arremolinaban para verle por vez postrera.

Y hubo un hidalgo, de estos de gotera y figurón, que, al echar los pecadores ojos sobre la caja, solo tuvo una frase encomiástica, que no fue para el perdurable recuerdo del difunto.

—¡Famosas espuelas, por vida mía! —dijo.

En esto la fúnebre procesión llegaba al convento de Santo Domingo de Villanueva, en cuya capilla de los Bustos fue depositado, y perdido aunque otra cosa tenga creído el Ayuntamiento de la dicha villa, que es ciudad al tiempo de ahora.

***

Pocos días después había de celebrarse en Villanueva, con motivo de la feria, una fiesta de toros, que prometía ser famosa.

Aquel hidalgüelo era de los que en ella pensaban lucirse y tenía su obsesión constante en aquellas magníficas espuelas, que destruirían la tierra y la podredumbre.

… Y tanto pudo su tenacidad que, merced a unas doblas dadas a tiempo, ganó al sacristancillo del convento, y una noche profanaron ambos la paz de la tumba y quedaron por suyas las auríferas espuelas del Señor de la Torre de Juan Abad.

***

La fiesta fue lucida por todo extremo, y toda aquella misma muchedumbre (y aun más) que días antes se desaguaba en llanto por la pérdida del más florido ingenio del siglo, se rio y gozó como si fuesen pasados largos años desde su anterior pesadumbre.

Muy galán y lozano salió nuestro hombre cuando le fue llegado el momento de alancear su toro.

Tal no sé si se portaran en las cortesanas fiestas de la Plaza Mayor aquellos notables Don Juan Tassis Peralta, Don Cristóbal de Gaviria y el alguacil de Corte Pedro Verger.

Se le acercó el *compañero* de San Lucas, con quien tan felices se las prometía, y arremetiendo con caballo y compañero, al uno le dejó acabado y al otro a punto de poner el colofón de su vida y hechos, y pidiendo que le quitasen las espuelas, que era a quienes, como justo castigo a su pecado, atribuía la malandanza.

Quedó la gente enterada del caso, y toda dijo que era milagro y señal de que Don Francisco, así de como antes ganara en la tierra la palma de la inmortalidad, comenzaba a conseguirla también en el cielo.

Las antiparras verdes de Quevedo

Al maestro D. José Nakens, que fue causa y ocasión de este capítulo.

Aún existen en nuestro tiempo, amigo lector, aunque te parezca punto menos que imposible, las primitivas antiparras verdes que usó Don Francisco de Quevedo.

Las posee, con la veneración que es de suponer, un tan venerable patriarca de las Letras y apóstol de la Libertad como Don José Nakens.

Tan reverenciado objeto hace años que llegó a sus manos, impulsado no sé si por una ventolera o una ráfaga de miseria. Un pobre diablo, o un desventurado, conservaba de sus mayores un legado de papeles viejos y algunas prendas de familia, que ya en la edad presente eran totalmente inútiles para el uso; entre los papeles había una carta curiosa, escrita con gallardísima letra española, del mejor estilo de Torio, y adjuntas a ella, unas antiparras verdes, con guarnición de acero y resguardaderas de tafetán obscuro.

Sin duda que nuestro hombre, poco aficionado a revolver papeles, no había leído la carta, y nada amigo de cosas ancestrales, tenía arrinconadas las gafas, y aun fue mucho que no las arrojara, como cosa inútil; pero un día de poco quehacer o de mucho aburrimiento, se entretuvo en repasar el archivo de sus antepasados, y se halló con que aquel primor caligráfico era un documento literario de gran importancia, y aquellas antiparras, viejas y humildes, una verdadera reliquia: tras ellas habían mirado *El mundo por dentro* y *Las zahúrdas de Plutón* los ojos miopes de Quevedo.

Para el descubridor, espíritu adocenado o estómago hambriento, no tenía interés particular el hallazgo, y creyendo encontrar en él el anzuelo de un puñado de pesetas, no pensó en otra cosa que en darle salida, y se fue a buscar a Nakens, de quien sabía que, por ser amparador de toda miseria y gran devoto del señor de la Torre de Juan Abad, habría de trocar en plata los cristales de las antiparras y los párrafos de la epístola.

El viejo maestro satisfizo cumplidamente los deseos del indigno poseedor de la inestimable joya y, gracias a él, podemos gloriarnos de que quede algo tan personal, tan íntimo, del portentoso ingenio que flageló al Conde-Duque, inmortalizó su siglo e hizo reír y pensar al mundo...

Yo he tenido en mi mano estos cristales verdes y estos hierrecillos mohosos, y me ha tomado una emoción tan profunda como aquella que tiene que sentir el verdadero sacerdote, que ve en sus manos, hecho especie, el verdadero Cuerpo de Dios.

Mucho espacio estuve sin acertar a decir palabra, porque todo lo que yo pudiera hablar me parecía sacrilegio ante lo que habían reflejado aquellos cristales, valiendo como cernedor al cerebro de su primitivo dueño.

Toda la vida intensa de España en la primera mitad del siglo XVII había pasado ante aquel adminículo, y en la inteligencia suprema del divino lijado de los ojos se había reflejado con los mismos tonos tristes que el cristal tenía; luego, tornaba a la plaza del mundo, unas veces como jácara desenfadada, y otras como violentísimo discurso o atrevido memorial, que daba con el ingenio en las hórridas mazmorras de San Marcos de León.

El documento epistolar que sirve de guía al preciadísimo objeto dice bien claro que son las primitivas antiparras verdes que usó Don Francisco de Quevedo y Villegas[8]; de suerte que pueden

[8] Copia literal de la carta:

«Sr. D. Juán Solis de Valdarce.

ser las que usara en su mocedad, acaso las que le sirvieron en el estudio de Alcalá y las que llevó a Nápoles cuando acompañó, como secretario, al magnífico Don Pedro Téllez de Girón, Duque de Osuna...

Así es que ellas no saben nada de las tristezas y miserias de la prisión en San Marcos, cuando su merced tuvo la certidumbre de que en España no se puede decir la verdad, ni aun para salvar el reino. Estas antiparras verdes no han sentido la humedad de las lágrimas con que el gran satírico roció los últimos años de su vida, cuando, desde aquel hórrido calabozo, en que por sí mismo tuvo que cauterizarse las llagas que la humedad le producía, tuvo que escribir al rencoroso valido, a quien con tanto rigor flagelara antes, aquella carta de perdón que empieza:

«Señor: Un año y diez meses hace que se ejecutó mi prisión, a 7 de diciembre, víspera de la Concepción de Nuestra Señora, a las diez y media de la noche, y fui traído, en el rigor del invierno, sin capa y sin una camisa, de sesenta y un años, a este convento de San Marcos, de León, donde he estado todo el dicho tiempo con rigurosísima prisión, enfermo por tres heridas, que con los fríos y la vecindad de un río que tengo a la cabecera se me han cancerado, y por falta de cirujano, no con impiedad, me las han visto cauterizar por mis manos; tan pobre, que de limosna me han abrigado y entretenido la vida...».

Sería curioso averiguar cómo estas antiparras vinieron a dar en pariente tan lejano de Don Francisco como Don Pedro de Mendoza y Santibáñez; pero ni hay indicio siquiera (por lo menos yo no lo he hallado) de saber quién fuese este señor. Muy devoto era, sin duda, del gran poeta cuando en la cesión que hace a Don Juan Solís de Valdarce pone los históricos espejuelos en categoría de reliquia con el milagroso Cristo, tallado en marfil, que adquirió en su peregrinación a los Santos Lugares.

Bien estaba el hombre en lo cierto, que si la imagen del Crucificado, por lo que representa, es una reliquia digna de veneración, las dichas antiparras, por haber pertenecido a tan alto dueño como el que escribió las regocijadas páginas de *El gran Tacaño* y las sesudas consideraciones de *La vida de Marco Bruto* y los *Grandes anales de quince días*, bien pueden pasar como un trozo de gloria que se quedó en la tierra, cuando el insigne Don Francisco hizo jornada para la otra vida, a 8 días del mes de septiembre de 1645.

Pluguiera a Dios que hoy saliesen estos cristalinos verdes a la plaza del mundo con la autoridad que salieran en los pasados siglos; que tal cúmulo de cosas, cosazas y cosillas habrían de ver, que solamente por el reflejo que conserven de aquellos ojos, entiendo yo que pudieran dar nuevas llamaradas de ingenio, que habrían de ser como rayos de Júpiter contra logreros, políticos de industria y gobernantes de... su casa; pero carcomas de la nación.

»Madrid 10 de Julio de 1693.

»Mi muy amado amigo mío: Recordando nuestra antigua y estrecha amistad, dejo mandado entreguen a V.^{d} después de mi muerte el milagroso Crifto tallado en marfil que adquirí en mi peregrinación a los Santos Lugares y que conservo y venero en mi horatorio así como Tamvien quiero que le sean entregadas las primitivas antiparras verdes que usó mi allegado Don Franco de Quevedo y Villegas q.e g e. La salud mía la siento hace días muy quebrantada y no salgo de mi aposento desde San Juán Baptista y por si Dios es servido en llamarme a su seno mi hermana D.^{a} Teresa queda con el encargo de haceros entrega de las citadas reliquias en prueva de lo mucho que os debe y os quiere vuestro leal amigo y hermano en Crifto.

Don Pedro Mendoza y Santibañez».

Si al través de estos espejuelos han pasado aquellas recias estrofas del valiente memorial a Felipe IV, en que de manera tan recia se exponían al desaprensivo Monarca las pesadumbres del reino y el mal gobierno del Conde-Duque, no creo que hubiera ya cosa de que se espantaran, aunque tuvieran que cerner las luchas, las ambiciones, los cacicazgos y las hambres de hoy. La única mudanza que hemos sufrido es la del tiempo y las costumbres; pero por dentro no se ha hecho cambio en nada: somos aquellos mismos tiranos y aquella misma sufrida multitud, solo que ahora vestimos americana entallada, pantalón largo y gabardina...

Las derrotas de Don Juan

El *Corcovado* (que de esta manera llaman los ingenios de la corte a Ruiz de Alarcón, no tanto porque tiene la desgracia de serlo como por zaherirle) ha roto su compadrazgo con las nueve hermanas.

No ha estado la causa de este divorcio en que sus mercedes le fueran infieles, ni aun siquiera le hayan tratado con desvío; antes muy al contrario: con pocos que se precian de grandes poetas se condujeron tan bien.

El mal ha estado en la misma gentecilla del oficio, que no hay mortal tan enemigo de su prójimo cómo los hidalgos y magnates del ingenio.

Desde que arribó a la corte con su fárrago de comedias, le tomaron ojeriza, y cuantas dio en los corrales para solaz del pueblo y medro de su fama, fueron acogidas como en plazuela de abastos; quiero decir con regalo de verduras y hortalizas.

Así Dios me salve como es cierto que todas eran merecedoras de muy distinta fortuna.

Mas el anunciar en los corrales comedia nueva de Don Juan, era dar promesa de baraúnda y regocijo a los crueles mosqueteros. Sin duda que por solazarse con tamaña injusticia, se acrecentaba la venta en tales días.

El infeliz corcovado sufría la bellacada sorbiendo en silencio y con rabia las lágrimas de su amargura, porque tenía por cierto que el agravio venía desde muy alto.

En teniendo comedia de Lope en estudio o en juego, no había forma de que se lograra ninguna de Alarcón.

Otras veces no ha sido necesaria la enemiga de los camaradas; ha bastado con que la Reina quisiera holgarse con ver alborotada la cazuela.

Cuando más interesada estaba la gente con las peripecias de ingenio que se sucedían en el tablado, se echaba en el departamento de las mujeres una espuerta de ratones; levantaban estas tal gritería de susto y asco, que era hundirse el corral; y daba el naipe con tan disparatada fortuna, que casi siempre que a Su Majestad se le ocurría divertirse, se ponía comedia de don Juan Ruiz.

De esta inicua manera cayeron la primera vez que se representaron tan afiligranadas joyas, hechas con oro de Méjico, como *Las paredes oyen*, *Los pechos privilegiados*, *Ganar amigos*.

***

Hará más de cinco años que el *Corcovado* se desterró por completo de las lides literarias.

Finó ya en absoluto todo trato con las musas, y no se ven ya en las gavetas de su escritorio cuadernillos cosidos escritos en breves renglones y con nombres en los márgenes. Su lugar lo han ocupado voluminosos infolios, que son procesos y causas que ha de sustanciar en la Audiencia.

Los laureles de Apolo se han trocado por la espada y la balanza de la señora Themis.

Antes, solo las mañanas las empleaba en el ejercicio de su abogacía, dejando la tarde para visitar estrados y Academias, y las horas de la noche, desde el toque de ánimas hasta las fronteras del nuevo día, para cincelar aquellos prodigios que por la enemiga inconcebible de sus hermanos en oficio tenían luego fin tan desastrado.

Ahora, las mañanas las emplea en su relatoría; las tardes, en asistir a las vistas, y luego que se acabó el menester, tomando la compañía de Don Antonio de León Pinelo, su camarada y vecino, se van hacia la calle de la Magdalena, donde vive el capitán Reinoso, que es hombre muy de bien y divertido, además de ferviente devoto de las pasadas glorias del licenciado. Más de una vez, en aquellas cobardes zalagardas, pesaron mucho las razones de su fuerte brazo y los filos de su recia espada.

Fue hombre que toda su vida la tuvo puesta al servicio del Rey, y, por ende, militó en todos los sitios donde pesara la fuerza del poderío hispano. También anduvo por las Indias, y conocía palmo a palmo Nueva España. Por esto le placía mucho su amistad a Don Juan Ruiz.

Hablaba con él de la patria lejana, traían a colación la vida y milagros de gentes de allá, comentaban usos y costumbres y aun hacían comparación entre los indios de Méjico y los poetas de Felipe IV.

Una tarde le dijo el capitán:

—¿Sabe vuesa merced a quién me ha parecido ver esta tarde a la vuelta del Prado de San Jerónimo, que fui allí a entretener el tiempo? Pues a Doña Clara de Bobadilla, su prima. Trabajo me costó reconocerla, que el tiempo ha echado sobre ella todo el peso de su crueldad.

—Años hace que no la veo —dijo Don Juan melancólicamente.

Por un buen espacio quedó sin hablar.

Cruzó el campo de sus recuerdos la imagen de Doña Clara. Fue otra de sus derrotas.

Aquellas comedias de *Las paredes oyen* y *Todo es ventura* eran crónicas admirables donde dejó asentada su amargura.

Los últimos días del Corcovado

Fue oro de Méjico que vino a resplandecer en España con toda la potencia del sol indiano, y al cabo del tiempo murió oscuramente en la corte, sin laurel fúnebre de los poetas contemporáneos suyos y envidiosos de su gloria, ni duelo sincero de alguien, puesto que estaba solo en el mundo y no otras compañías tenía de continuo que sus penas y sus corcovas.

Yo, que siempre le tuve muy alta devoción por sus comedias prodigiosas y le fui muy aficionado porque para él la vida no tuvo camino llano, sino áspero y tortuoso, me place ahora consagrarle este recuerdo a manera de oración por su alma, que ha de estar en el cielo, porque el purgatorio ya lo pasó en la tierra.

Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, poeta insigne y abuelo de este teatro moderno, que quiere ser espejo fiel de la vida que pasa, tengo para mí que el único momento que tuvo de satisfacción fue aquel en que miró a la muerte al pie de su cama. La vida dejaba de perseguirle y mostrársele madrastra.

***

Como si fuera culpa propia y no de natura el ser corcovado, todos los vejámenes de los poetas y los desprecios del vulgo venían a tener por norte sus gibas.

Mirando, pues, que aquellas prodigiosas muestras de su ingenio en que solía poner el inmenso raudal de poesía que brotaba de su alma era tan mal recibido, determinó retirarse gloriosamente del campo de las Letras y pedirle una relatoría al Rey, donde acabara sus días ni envidioso ni envidiado, en servicio de la señora Justicia.

Corrían los años de 1625.

Así de como la majestad de Felipe IV puso al margen de la petición: «Hágase como se pide», y el licenciado tuvo su puesto en la Audiencia, ya no hubo para él más mundo que la covachuela, la sala del Consejo y su casa de la calle de las Urosas.

Por no acercarse un paso al barrio donde habitaban los poetas y los comediantes, ni a la parroquia de San Sebastián, iba a oír misa los días de precepto, teniendo la iglesia casi frontera, sino que acudía al Monasterio de Santo Tomás, tocando casi con la Audiencia, en el comienzo de la calle de Atocha.

Hizo voto firmísimo de no volver a emplear su ingenio en las musas, y de no tener amistad con gentes que en ellas brillaran.

En las tardes de sol, por el invierno, cuando finaba su quehacer en la Relatoría, paseaba un poco por la cercana plaza Mayor, acompañado por algún prócer de la curia, bien escribano de Su Majestad o notario de la villa.

Y en la charla no se mezclaban otros asuntos que los profesionales.

En su casa (vivía solo, cuidado por un viejo matrimonio y un paje) apenas entraban más personas ajenas que Don Antonio de León Pinelo, quien le acompañaba muchos ratos, recordándole excelencias y antigüedades de la patria lejana del olvidado ingenio y un capitán, Reinoso, hombre de buena traza, limpia historia y mejor voluntad.

Con estos dos hidalgos, que le eran leales, sí solía dolerse de aquellas heridas que le hicieran los ingenios despiadados de Don Luis de Góngora, Don Francisco de Quevedo, el Rdo. Fr. Gabriel

Téllez y Don Luis Vélez de Guevara, y dicen que muchas veces lloró, pero nunca más allá de aquellos dos camaradas, y en el retiro de su aposento dejó correr francamente su intensa amargura.

Estando solo a buen seguro puede tenerse que su pensar no era otro que aquellas dolidas añoranzas, pues la soledad es la mejor superficie para que se proyecten las inquietudes del pensamiento y las penas del corazón.

**

Desde 1637 venía la *Descarnada* reclamando con mucha autoridad el cuerpo de Don Juan Ruiz.

«Con tanta fuerza me llama —decía el mismo Don Juan—, que será fuerza acudir».

Muchos eran los días que había necesidad de quedarse en la cama, y allí tenían que llevarle a la firma los papeles de la Audiencia.

El año 38 aún tuvo momentos de mejoría, que le permitieron ir alguna tarde al Consejo; pero llegó el invierno, y se tendió ya en el lecho, de donde no había de volver a levantarse.

Durante lo recio del mal ni un solo día le faltó la grata compañía de los dos camaradas Pinelo y Reinoso.

El primero le acompañaba durante las siestas, y el otro, como más desocupado y de vecindad más cercana, puesto que tenía su aposento en la calle de la Magdalena, junto a la calle Real de Lavapiés, desde el caer de la tarde, y si no le hallaba con buen ánimo, también durante la noche.

Llegaron los primeros días de agosto, que fueron asfixiantes. Don Juan Ruiz conoció que tenía las horas contadas. Y una tarde que el otro licenciado y el capitán se encontraron a tiempo de entrar el uno y salir el otro, se lo hizo saber, y les rogó que previnieran lo necesario para darle el Señor.

Ya el 1 de agosto había otorgado su testamento ante el escribano Lucas de Royo.

Los dos días que transcurrieron desde que tomara los postreros Sacramentos hasta el cuatro, los pasó ocupado en disponer casos para el bien de su alma y último acomodo de su cuerpo.

Ni la sombra de un poeta inquietó esta final jornada de la vida del corcovado.

Amaneció el 4 de agosto de 1639, y con la primera luz de la aurora se nublaba la última de aquella poderosa inteligencia, que acaso fue la más pulida y completa que al Parnaso español dio aquella dorada centuria.

Fue de los muchos ingenios que redimió la muerte, y al cabo de los siglos colocó la opinión sana en el noble lugar que le correspondía.

Bien se podría haber grabado en la losa de su sepulcro:

«La grandeza de Dios Omnipotente le dio un talento privilegiado para triunfar en la vida, le quiso para sí luego de que concediera esta gracia, pero con la palma del martirio; le deformó al aquel de que fuese mofa y escarnio de los hombres, y así de que cayó en la soledad y en el olvido como si hubiese muerto, le llamó a su diestra porque ya no tenía injusticia que sufrir ni pena que llorar».

Una sobremesa de Baltasar del Alcázar

Ya su merced Don Baltasar está de tal suerte amarrado al mal de la gota, que de manera crudelísima le ataraza la carne, que no puede asentar los pies en el suelo; mas con todo y con eso, ni ha perdido el humor ni el gusto a la buena mesa.

Son las dos de la tarde de un ardiente día andaluz, a las postrimerías de mayo, gala y gozo de la vida. El *Marcial hispalense*, como de ordinario llaman a su merced los que gustan y saborean las mieles de su regocijado ingenio, reposa la comida, que fue abundante y sazonada, repantigado en un amplio sillón de vaqueta.

Su oronda y henchida humanidad rebosa por todo el cómodo asiento; la pierna derecha, que es donde el dolor acude con más saña, la tiene descansando sobre una silleta de tijera. A veces el alfilerazo del mal le hace demudar el gesto, tuerce la boca, cierra los ojos y lanza una imprecación; mas pasado que es el mal rato, su beatífica faz se adereza con la blanda sonrisa que de ordinario le da buen talante; no se diría sino que es un hombre enteramente feliz.

Entendiendo que su dolencia no tiene remedio, la lleva pacienzudamente, más que por otra cosa porque comprende que es lógica floración de una mocedad placentera, en la que la mayoría de los pecados capitales le llevaron en volandas.

No se le da nada de las prohibiciones de los médicos, y come de todo aquello que le apetece, aunque sabe que no le hace bien a la salud.

Cuando estos le dicen que se vaya a la mano en refrenar los gustos y caprichos que pueden redundar en notable perjuicio de su persona, se ríe de muy buena gana de su ciencia.

Les dice que ¿qué entienden los médicos, sino de hacer enfermos?, y sostiene aquella misma satírica teoría que años más tarde sostuvo tan gran señor del ingenio como Don Francisco de Quevedo de que nadie se muere del mal que le ataca, sino del médico que le asiste.

No faltó en su canonical mesa la venerable olla podrida, repleta de cuanto inventó la suculenta cocina española para recreo del paladar y satisfacción del estómago.

El pan blanco y bien tostado que a media mañana trajeron los panaderos de Alcalá muestra una enorme cueva que los gordezuelos dedos del poeta abrieron en la miga para remojarla en el dulce vinillo de aquella taza que tantas veces fue llena durante el copioso yantar.

La morcilla, ¡oh, gran señora
digna de veneración!

aún dejó algunas migajillas en aquel plato talavereño. Sabrosa está tan cargada de especias, que tras el bocado parecía irse el paladar. Ya protestaría luego la descomulgada gota; mas ¿qué importa, si al gusto le parece de perlas?

El salpicón de carnero y la ensalada cumplieron como buenos, y tan lindamente nadaron en el vinillo aloque como el pez en el agua.

Las manos cruzadas sobre el hidrópico buche y los ojos adormilados ayudan a la fértil imaginación y donosa musa de su merced a componer de memoria alguna jácara, epigrama, soneto o canción, porque se ha de tener en cuenta que el reverendo Don Baltasar no se toma la molestia

de confiar a la pluma los felices partos de su ingenio. El hombre lo hace para recreo suyo y satisfacción de los buenos amigos que le ayudan a llevar, con la más paciencia que Dios es servido, la pesada y espinosa carga de sus alifafes.

Ya cuando ellos lleguen y caten aquellas cosas las trasladarán al papel, y después de tomarlas para sí harán gracia de ellas a los curiosos aficionados de que tiene legión su merced en toda Sevilla.

A la hora en que el esquiloncillo de la Santa Catedral convida a los señores Canónigos a una reposada siesta, arrullados por la monotonía del rezo, van entrando en la casa del poeta los amigos que de ordinario le animan la sobremesa.

Son estos el pintor Francisco Pacheco, el famoso poeta Juan de la Cueva, Lázaro Díaz, Francisco Sarmiento y Juan Antonio de Alcázar, sobrino de su merced.

Esta docta academia no siempre se reúne en pleno; pero ningún día deja de asistir alguno de los claros ingenios que la forman. Es una academia regocijada, como si dijéramos, factoría del buen humor y almojarifazgo del buen gusto.

En ella no se pierde el tiempo con tejer y destejer la política del Estado, dando arbitrios y rentas para apuntalar al mal gobierno de Felipe III.

Allí tienen poco o ningún eco las noticias que llegan de los mentideros de la corte, como ellas no sean de orden literario o artístico; se sabe si Lope ha estrenado comedia nueva; si Góngora ha desquiciado una vez más la República de las Letras con su nuevo estilo, que más adelante habría de dar cosecha, como *Las Soledades* y el *Polifemo*.

Cuando sale a luz algún libro que vale la pena de ser conocido por la docta reunión, allí aparece con el regocijo de todos; unas veces son las *Rimas a lo divino y humano*, de un clérigo poeta, como Don Juan de Salinas, o las desaprensivas y regocijadas narraciones de *La Zarabanda* y *Antón Pintado*, debidas a un ingenio anónimo.

Todo pasa por el portazgo de aquellos alegres varones, habiendo para todo una sentencia y una sátira, que muchas veces se holgara de no oírla el interesado.

Don Baltasar, que siempre espera a su tertulia ansioso de charla y de comunicar con ella las mieles de su privilegiado ingenio, les suele decir:

—Miren vuesas mercedes lo que hoy me entretuve en hacer durante el poco espacio que la gota no quiso acordarse de mí. —Y con mucho gracejo recita los sazonados donaires que se aderezaron en su claro entendimiento. Unas veces son aquellos epigramillas de Violante y Guardiola en que la mostaza anda revuelta con el buen gusto, de suerte que no se sabe si la poesía es jácara o madrigal; otras, aquellos comezones por referir un cuentecillo tan jocoso, que la propia risa no le consiente darle sabor, y así desperdicia magistralmente ocho versos y a veces más para prometer contarle cuando se le acabe la risa, que no le deja hilvanar las palabras.

Una de estas tardes pasadas le martirizó el descomulgado achaque de la gota, tan sin compasión, que por más de tres horas le tuvo, como dicen, con el grito en el cielo; pero así como la angustia fue pasada, dio tan presto al olvido el mal rato, que se puso a cavilar unas coplas en que compara al amor con la enfermedad que le consume.

Cuando llegaron los amigos y les comunicó los versos en que había florecido su dolor, cada uno tomó su papel y pluma, y desde las cámaras del ingenio de Don Baltasar se dispusieron a echarlas a volar por toda la ciudad de Sevilla, y según iban saliendo las estrofas había veces que los amanuenses no eran quiénes a contener la risa, aunque, a la verdad, mirando el triste estado de quien dice estas galanuras, más se presta a sutiles melancolías...

Como han sido muchos juntos a trasladar esta composición, por esto entiendo que anda suelta sin grandes mudanzas, no como ocurre en otras que dicta según llegan sus camaradas. Díganlo, si no, esa prodigiosa *Cena*, que no tiene par entre las poesías jocosas de los ingenios más insignes del Parnaso español.

Llegó primero Pacheco y se la dio recién salida, poniendo la ciudad de Jaén como lugar de acción; cuando los otros devotos llegaron, repitió su merced lo hecho, mas ya (como sacada de los desvanes de la memoria, que por ser cosa femenina es fiel pocas veces) trocada en muchas partes, comenzando en el primer verso, que dice:

En Ronda, donde resido...

Pero ¡vive Dios!, y para gloria del poeta, que si las dos transcripciones tienen diferencias notables, ambas son lindas, y ellas por sí solas tienen que llevarle en volandas a la más empinada cumbre de la inmortalidad cuando muera; suceso que, pluguiendo a Dios y entristeciendo a cuantos le queremos bien, no ha de tardarse mucho, que el señor Don Baltasar está muy destruido por la cruelísima gota; tanto es así, que ya durante las sobremesas y las veladas de su enfermedad compone más poesías religiosas que amatorias y regocijadas...

Un descalabro y un triunfo

A cosa de las tres se comienza todas las tardes la comedia en el Corral del Príncipe, y los días en que trabajan María Calderón y Juan Rana desde mucho antes de la dicha hora se llena la calle de gente y se apelotona en las puertas, hasta arremeter con los celadores y alguaciles.

La comedianta es de gentilísimo garbo y bonitísima cara; ambas perfecciones superan con mucho a su arte de representar, y así el auditorio le rinde pleitesía con los ojos primero que con el corazón.

El actor es el más autorizado y fino gracioso de cuantos hay en España, tanto, que los mejores ingenios de la corte componen para él loas y entremeses.

No hace mucho que llegó María, seguida por la esclava negra que la sirve, y apenas dio en su aposento, como mosca al olor de la miel, entra el poeta y tocayo suyo en apellido Don Pedro Calderón.

Anda que bebe los vientos por la comedianta, y a ella no le parece mal el cortejo, y aun se dice que le quiere muy de veras; pero hay otros dos galanes por medio, a los que no se atreve a desalentar, no tanto por la altura de su rango, sino porque ambos son fuertes escalones para ascender en la fatigosa escala de la vida. Aun el poeta, con ser pobre, piensa que le es necesario, porque tiene mucho ingenio y ya goza de consideración entre los del oficio. La fama de sus comedias puede arrastrar tras sí la gloria de los comediantes que las representen.

Los otros dos no son menos de que el señor Rey Felipe IV y su mayordomo el Duque de Medina de las Torres.

***

Aquella tarde entró el poeta en el aposento de la comedianta, y saludando apenas, se dejó caer en una silla.

María comenzaba a peinarse para vestirse luego. Se hacía aquella tarde por vez primera la comedia, del mismo Don Pedro, *La dama duende*.

—¿Qué, ya comenzaron los nervios a desclavijarse? —le dice la Calderona, mientras se lava las manos, y sacudiéndolas luego mimosamente en el rostro del poeta.

—Plegue a Dios que fuesen los nervios, y plegue aún más que fuese por la comedia, que así se me da de ella esta tarde como del Sofi de Constantinopla.

—Pues, ¿por qué otra causa puede ser? ¡Ay, amigo!, que me parece que el mal de la celosía no os deja vivir —replicaba la cómica.

—Me dirás entonces qué tenía que hacer el de las Torres en tu posada poco antes de que vinieses al Corral —rugía el poeta.

La dama se reía muy descaradamente, terminando con decir:

—¿No sabéis vos, celosillo sin causa, que por razón de mi menester he de mirarme bien con todos, y más con quien puede tener en su mano el subirme a las nubes del triunfo, o arrojarme en el abismo de la nadería?

—Yo no sé entender —atajaba el celoso— más de que te quiero con todo el fuego de mi alma, y no puedo mirar indiferente que nadie te roa los chapines en son de cortejo. Mira, pues, como dicen, a herrar o quitar el banco, que no soy hombre que gasto finezas con dama de muchos

galanes... ¡Cuerpo de Dios! ¡Y quién me dijera que trayendo yo de continuo el honor y la hidalguía en los puntos de la pluma, habría de embocar con mujer que a tantos parece bien!

Y tornaba el hombre a desesperarse y comerse los puños.

En tanto se acercaba el momento de la representación y se advertía el movimiento y bullicio de la gente.

Comediantes y mozos de tramoya (que alguna había, aunque no mucha, por el buen logro de la nueva farsa) andaban de un lado para otro, y sus voces anunciaban que la representación estaba a punto de comenzarse.

En la puerta del aposento de la Calderona sonaron dos golpes, que por el eco metálico parecían dados con la guarnición de la espada. Antes de que la comedianta pidiera razón de quién llamaba, ni diera licencia para entrar, se alzó el picaporte y apareció en el dintel la corpulenta figura del Conde-Duque de Olivares.

Calderón se alzó de su asiento, la cómica salió al encuentro del prócer, y este dijo por vía de saludo:

—Dios os guarde, María, y a vos, mi señor Don Pedro, os dé esta tarde los lauros que merecéis y yo os deseo.

—Mas, ¿qué de bueno trae el señor Don Gaspar? —preguntó la moza.

—La comedia nueva —respondió aquel—. Y por cierto que me huelgo de hallar al poeta que la compuso, porque quiero hablar con él a propósito de otra que se ha de hacer en el Buen Retiro. ¿Me hará, pues, Don Pedro la merced de acompañarme un poco aquí fuera?

Por respeto, más que por voluntad, asintió Don Pedro y salió al pasillo. Olivares le cedió el paso y dio lugar a que echara delante algunos pasos; se tornó entonces, y dijo a la cómica:

—Esperad a Su Majestad.

Muy bien oyó Don Pedro el aviso, mas tuvo que sufrirlo como si no lo oyera, por venir de quien venía, y siguió andando a la par del Conde-Duque sin saber lo que le hablaba.

Se hizo la comedia y, desde luego, cayó en imperios de la inmortalidad; pero su autor no gustó las mieles del triunfo, porque al mismo tiempo se le marchitaba cruelmente en el corazón la flor del cariño.

La misa de Don Pedro

I

Apenas reposara un poco la cena y dijera gracias a Dios por la merced que otorga con el pan de cada día y las borrajas de cada noche, que componen muy bien el cuerpo, se retiraba mi señor Don Pedro Calderón de la Barca a la soledad de su estancia, y una vez puesto en ella, ya en nada pertenecía a las miserias de este mundo, sino a la bella y culta república de las Nueve Hermanas, en las empinadas cumbres de Helicona.

Antes cumplía muy bien con sus menesteres piadosos leyendo el breviario, sin que durante este cuidado se acordase para nada del teatro y sus complicadas invenciones.

Después de que pusiera en orden las ideas, agrupándolas ampliamente alrededor de la comedia que traía a medio tejer en los privilegiados telares de su ingenio, tomaba la pluma entre los marfileños dedos de la diestra mano y proseguía su labor de cada noche.

Dicen que para no distraer la vista, y con ella la imaginación, del trabajo en que se empleaba, tenía el aposento desnudo de todo adorno, y aun en la mesa, que le valía por antesala de su gloria, no había más lugar que el preciso para colocar el pliego que escribiera y acomodarse él con no mucha holgura.

Como ya su merced contaba muchos años (que más de quince hacía que pasara del medio siglo), aunque la mente la tenía muy lozana, tardaba mucho en cincelar los maravillosos versos, porque los meditaba y los pulía notablemente.

Así como un pasaje quedaba redondeado a su gusto y manera, lo leía en voz alta y grave, regodeándose y placiéndose mucho en su lectura.

Y como entiendo yo que aun las mismas paredes de la estancia habrían de tomar gusto y satisfacción cuando entre ellas se perdiera el eco de rimas tan maravillosas como las de *El alcalde de Zalamea*, que también se llama por título *El garrote más bien dado*, o aquel bellísimo soneto a unas flores que se dice en *El príncipe constante*:

«Estas que fueron pompa y alegría
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana
durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana.
¡Tanto se aprende en término de un día!
A florecer las rosas madrugaron
y para envejecerse florecieron;
cuna y sepulcro en botón hallaron.
¡Tales los hombres sus fortunas vieron!
¡En un día nacieron y expiraron,
que, pasados los siglos, horas fueron!».

Ya cuando el día comenzaba a entrar en la villa, tornando las espesas tinieblas en pálido azul que alegra el cielo y da vida a la tierra, dejaba la pluma el licenciado Don Pedro, y despabilando por

vez postrera la cansada mecha del velón, buscaba, rendido y satisfecho, el grato camino de la alcoba.

Pausadamente comenzaba a desnudarse, y, en tanto, decía sus devociones, combinándolas impensadamente con el recuerdo de la última escena que compusiera.

Muchas veces le acaecía que en este repaso mental advertía algún mal tropiezo, y, tomando de nuevo el velón en la temblona diestra, acudía a subsanarlo.

Así, cuando ya por entero entraba en el reino blando de las sábanas blancas, era día claro por toda la corte de las Españas, donde asentaba su trono, para inquietud de los españoles y regodeo de favoritos, la embrujada majestad de Don Carlos II de Austria…

II

Como esta labor intensa en la noche hasta más allá de las fronteras del nuevo día le tenía rendido y sin gobierno de su persona durante la mañana, tuvo que pedir merced al párroco de Santa María de que le trasladase a la una la misa que decía a las nueve. Y su reverencia, que era muy aficionado a los versos de Don Pedro y sabía hacerse cargo, no tuvo en ello inconveniente y accedió muy gustoso en lo que se le rogaba.

Aunque el devoto menester de Don Pedro era el postrero, solía tener más devotos (sobre todo los días que no eran de precepto) que todos los otros.

Acostumbraban a oírle la mayoría de los ingenios de la corte y muchas damas de la nobleza.

Uno de los que más se querellaban del poeta clérigo era el sacristán de la parroquia, hombre viejo, impertinente, zafio, romo y malhumorado.

No había cosa que tanto le incomodara como esperarle, pues además de que la hora se le hacía insufrible, por ser la postrera de su obligación, como su merced tenía muy alto concepto de la conciencia, oficiaba con mucha mesura, por hacer más solemne la ceremonia del incruento sacrificio.

Y dicen que cuando, ya pasadas las doce, guardaba el recado del ministro que oficiaba a tal hora y prevenía el de Don Pedro, todo era denuestos y por vidas, y no hacía más que mirar el reloj, que estaba sobre la misma puerta de la sacristía.

—Un cuarto de hora falta para ser la una, y aún no ha venido el viejo —decía, mientras con muy poco respeto comenzaba a prevenir el recado—. ¡Como pasa la noche haciendo coplas y romances, ha de estarse la mañana en la cama muy patitendido! ¡A fe que si yo fuera el señor Obispo, ya le daría coplitas, ya...!

III

Sonando en el reloj del Alcázar los tres cuartos para la una salía mi señor Don Pedro de su casa, y, Platerías abajo, se encaminaba a cumplir su diario menester en la parroquia.

Era cosa de mucha edificación y simpatía, así por parte de los grandes como de la gente plebeya y menestral, el ver con cuánto respeto y profunda pleitesía le hacían paso.

El viejecico insigne correspondía con mucha humildad a la deferencia de la gente, dando a los muchachos a besar la diestra y quitando el sombrero a los mayores, y aun muchos daban tras él por tener la honra de oírle la misa...

Y desde que entraba en la sacristía, ya casi desierta, pues no había más que el malhumorado sacristán y algún monacillo, comenzaba a producir muy otra emoción de la que en la calle producía.

Con malas maneras le recibía aquel bárbaro rodrigón de los santos, y aun se permitía alguna descomedida reticencia.

Una de aquellas mañanas parece que a tanto llegó el enojo por lo tardío de la hora, que acertó a recordar a Don Pedro, que fue soldado en tiempos y cuando le buscaban tenía, como decirse suele, su alma en su *almario*, porque, mirándole de hito en hito muy entero, parece que le dijo:

—Hermano, cuando yo fui soldado en los ejércitos del Rey, era más humilde y comedido que vos con mis superiores, y nunca mi atreví a tratarles por igual, ni ellos me lo hubieran consentido; curad vos de que a mí no se me olvide un día que llevo ropas talares, pues, ¡vive el cielo!, que se os acabe la insolencia.

Mas presto vino en acuerdo de que era ministro del Señor y cesó en el enojo. Y fue a tiempo en que, ya más manso el maleducado, sacaba las vestiduras; pero, confuso por la no acostumbrada réplica, enganchó una puntilla del alba, y la rasgó toda, y el buen licenciado, por consolarle y quitarse a sí mismo la pesadumbre del enfado, le dijo en tono muy festivo y gentil:

—Ved aquí cuán trascordado os pone la cólera, que confundís las horas; me reprendéis porque vengo tarde, y aún vengo al romper el alba...